



VISIONES ECUATORIALES

ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN
ECUATORIANA CONTEMPORÁNEA

UBIDIA - PÁEZ - WILD
NARANJO - RODRÍGUEZ
LONDOÑO - MIÑO
RIBADENEIRA - ALMEIDA
MAENZA - CEDEÑO
MILLOJARA - COELLO
ALMENDÁRIZ - CABEZAS
REALPE - VILLAMIZAR



Ómicron
BOOKS



Libros
Duendes

VISIONES ECUATORIALES

**ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN
ECUATORIANA CONTEMPORÁNEA**

VISIONES ECUATORIALES

ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN
ECUATORIANA CONTEMPORÁNEA

© Varias autoras/es
© Ómicron Books y Libros Duendes, de la edición digital.

ISBN de la edición digital:
978-9942-38-752-3
Cámara Ecuatoriana del Libro
2020

Coedición de Ómicron Books y Libros Duendes

Corrección a cargo de Cristián Londoño Proaño
Maquetación y diseño a cargo de Diego Maenza

www.teoriaomicron.com
www.librosduendes.com



**Libros
Duendes**

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de autoría.

ÍNDICE

Abdón Ubidia

Un amor virtual.....7

Santiago Páez

Neblina.....17

Leonardo Wild

La información es real.....30

Fernando Naranjo

Curriculum.....45

Solange Rodríguez Pappé

Una luz inolvidable.....60

Cristián Londoño Proaño

La misión Dzair.....79

Jorge Miño

Estampida.....86

Marcela Ribadeneira

Perros de Chernóbil.....99

María Alejandra Almeida Albuja

Adalid..... 106

Diego Maenza

Los robhumanos..... 111

Richard Cedeño Menéndez

Sueños de silicio..... 116

Joe Millojara

Voyager 1 126

Carlos Coello García

Lo extraño que cayó del cielo 145

Roberto Almendáriz Rueda

El último..... 152

Gabriela Cabezas Borja

Índigo..... 156

Jeanette Realpe Castillo

Apolión 2.0 171

Ricardo Villamizar Rodríguez

Carga onírica..... 182

ABDÓN UBIDIA

(QUITO, 1944)

Premio Nacional Eugenio Espejo 2012 por su obra literaria y cuatro veces merecedor del *Premio Nacional de narrativa*: dos veces *José Mejía* y dos el *Joaquín Gallegos Lara*. Autor de *Ciudad de invierno* (1979), obra con más más de 20 ediciones; *Sueño de lobos* (1986), declarada *El mejor libro del año*; *La Madriguera* (2004), seleccionada al premio *Rómulo Gallegos*; *Callada como la muerte* (2012); ha escrito también cuentos fantásticos como *Divertinventos* (1989), *El Palacio de los espejos* (1996) y *La Escala humana* (2008) y libros de ensayos como *El Cuento popular ecuatoriano* (1977), *La poesía popular ecuatoriana* (1982), *Referentes* (2000); *Lectores, credo y confesiones* (2006), *Celebración de los libros* (2007), *La Aventura Amorosa* (2011) y obras de teatro como *Adiós Siglo XX*. Quizá sea el autor más editado y traducido de su generación, con traducciones al inglés, alemán, portugués, ruso, italiano, griego. Sus últimos libros son: *Una ciudad dos miradas*, en coautoría con Ruby Larrea (Editorial Kvierníko-las); *La hoguera huyente* (Editorial El Conejo); *La Enmienda* (Eskeletra Editorial), y *Elogio del pensamiento doble* (Cactus Pink).

UN AMOR VIRTUAL

Hubo una época en que, poco a poco, los seres de la realidad virtual salieron de sus computadoras, pantallas y gafas con las cuales podíamos mirarlos y pasaron a vivir entre nosotros.

En principio, esa convivencia nos trastornó. Y puede decirse que esos seres, idénticos a nosotros, tan humanos como nosotros, solo que virtuales, fueron causa de una revolución en nuestras costumbres. Al comienzo fue el pánico generalizado. De pronto, un buen señor que doblaba una esquina veía venirle encima a un fornido atleta que amenazaba aplastarlo en su veloz carrera. Pero el atleta atravesaba su cuerpo y seguía de largo, quien sabe si tan sorprendido como el apacible transeúnte. O una señora cualquiera que se inclinaba a acariciar a un niño que lloraba en su coche, descubría que su mano pasaba de largo a través del niño y el mismo coche. De pronto, una jovencita trataba, en vano, de tomar un bolso abandonado en una acera. O una multitud insistía inútilmente en subir los graderíos de un estadio inmaterial.

Estas situaciones elementales nos permiten ilustrar lo que fuera una lista interminable de millones de casos más complejos y dramáticos.

Ocurría que ellos (que también podían vernos y oírnos, pero no tocarnos), exigían, al par que nosotros, los mismos derechos y se quejaban de los mismos abusos. Decían que "tocaban" su realidad, la sentían tan contundente como sentimos la nuestra. Así, nos

quedamos sin argumentos para demostrarles que ellos eran los seres virtuales y nosotros no.

En vano apelábamos a los datos históricos y a los sabios testimonios de científicos y filósofos. Ellos también tenían los suyos y, eran equivalentes. (Por si fuese poco, no faltaban quienes, en el lado de acá, sostenían que la realidad virtual siempre estuvo presente en nuestra larga historia y citaban, a más de los sueños, las sombras de la caverna de Platón, las mitologías de los espejos, las tradiciones de fantasmas y aparecidos; de extraterrestres; una novela titulada "La invención de Morel", reseñada por un tal Bioy, y hasta una película, clásica del cine plano, hecha por un genio ya olvidado de nombre W. Allen; aunque ninguno de estos ejemplos era tan claro como el que vemos en cualquier persona que se enamora y encuentra en el ser amado bellezas que a lo mejor no existen como le pasó a Don Quijote que hizo de la burda Aldonza la incomparable Dulcinea).

—Nosotros los inventamos a ustedes —les decíamos.

—Fue al revés —replicaban ellos.

—Eso no importa y únicamente demuestra que la imaginación humana solo puede copiarse a sí misma. Quién fue primero no interesa —comentaban los agnósticos de cada lado.

Entonces, como suele pasar, al menos nuestra sociedad se dividió en bandos irreconciliables. Unos abogaron por acuerdos "interdimensionales" —como se los llamó— que permitieran que ellos y nosotros aceptásemos los espacios y construcciones ya existentes como definitivos. Es decir que, por un lado, ellos construyeran, sobre nuestras edificaciones, las suyas, pero superponiéndolas con tal fidelidad a medidas y detalle, que tanto unos y otros las viésemos y sintiésemos de la misma manera "real": verdadera para ambos pueblos. En los descampados, nosotros estaríamos obligados a seguir sus novísimos "diseños" tridimensionales y a escala natural. Lo cual resultaría, en la práctica, nada difícil, pues, desde hace siglos, nuestros proyectos no pueden prescindir de las

computadoras ni, desde luego, de la realidad virtual que generamos en ellas.

Dichos acuerdos, se ampliarían (nadie decía cómo) a la hechura de vehículos, herramientas, adornos, pinturas, libros, etc., de forma tal que el futuro de un pueblo terminara convirtiéndose —decían los pensadores—, en gran medida, en el pasado del otro.

El otro bando, en cambio, abogaba por una “solución definitiva”; una guerra virtual que nadie sabía cómo emprenderla; aunque, como suele ocurrir y sin calcular riesgos ni costos, muchos tecnócratas y expertos improvisados aseguraban de antemano un éxito rápido y total en la eliminación del “nuevo enemigo”, como dieron en llamarlo.

La verdad fue que, mientras los dos bandos discutían, las gentes reales y las virtuales empezaron a acomodarse a la nueva situación con prácticas hasta respetuosas, con excepciones, por cierto. Por ejemplo, si un espacio estaba tomado por un ser real o virtual, ningún ser de la "otra" naturaleza lo ocupaba al mismo tiempo.

Así las cosas, vamos a referir una de las tantas historias de amor, típicas del nuevo mundo así compartido.

Él era una adolescente hosco, tímido y vanidoso a un tiempo, muy seguro de que había nacido en el lado equivocado; a ratos solitario como un lobo; otras, locuaz y hasta impertinente. Apasionado lector y orgulloso de serlo, un poco díscolo con los amigos y profesores (cuando no los admiraba), iba por las calles de la ciudad, desde hacía un año, hambriento de amor. Su corazón buscaba una muchacha única.

Ella era pequeña y ágil, los ojos vivaces, la nariz diminuta y respingada, las líneas de la quijada y el cuello armoniosas y suaves, el pelo recogido atrás, y toda esa delicadeza interrumpida por el llamado sensual de una boca grande y carnosa. Iba también, en esa mañana de verano, por las calles de la ciudad, con ganas de conocer a un muchacho único.

Se encontraron un lunes de julio en la Reserva forestal, en un bosquecillo de álamos enanos. Él redujo su paso y terminó sentán-

dose en la hierba. Era su lugar de siempre. Activó su hoja de lectura, escogió un muy antiguo libro y se dispuso a leer. Ella también se detuvo, alzó la vista al cielo, entretenida en la tenue luna llena que flotaba en el cielo azul, de espaldas a un sol desafortunado que empezaba a buscar su cenit. Miró, al parecer distraída, al muchacho lector y también se acomodó en la hierba. Encendió su grabadora de recuerdos y empezó a repasar su curso de *Canciones olvidadas*. Pero ni él leía nada, ni ella entendía bien los vagos recuerdos que, estimulados por su aparato, acudían a su mente.

Él, luego de un detenido examen visual, pensó que ella no era la muchacha que buscaba y ella pensó igual de él. “Es flaca y pecosa”, se dijo. “Es gordo y grande”, reflexionó la muchacha. Una hora después, ella se levantó, cruzó los brazos sobre el pecho y se alejó cabizbaja, no sin antes echar una última mirada al jovencito que enrojeció por la rabia de que esa locuela lo sorprendiera también mirándola. Y ambos pensaron, cada cual por su lado, que era una pena que ese paraje verde y fresco del parque, al que nadie concurría en los días ordinarios, hubiese sido profanado por una presencia intrusa y anodina; nada que ver con el amor de sus amores con el que cada uno soñaba por su cuenta en los lugares solitarios y bellos del verano.

En la mañana del martes, sin embargo, los dos se acomodaron en mismo lugar y se cruzaron las mismas miradas hostiles de la víspera.

En un momento, él le dijo, con el pensamiento, algo muy parecido a lo que ella estaba pensando en ese momento: “¿Por qué invades mi espacio? No eres la persona que busco. Me incomoda tu presencia. Jamás seremos amigos. Yo he venido, desde hace años, cada vez que necesito un poco de soledad, a este sitio. Anda-te, busca otro lugar. No quiero verte nunca más”.

Pero el miércoles las cosas tampoco cambiaron. Juntos, en esa cita no acordada, ni ella conseguía estudiar bien, ni él lograba concentrarse en sus lecturas. Era un capricho mutuo. No iban a ceder su territorio tan fácilmente al otro. La dignidad ante todo.

El jueves, la chica no vino. Y el muchacho no se puso contento. Por el contrario, se inquietó. Durante tres horas (nunca se quedaba tanto) estuvo mirando a uno y a otro lado, caminando en círculos en ese claro del parque, ahora suyo por entero, pero de pronto vació como nunca antes lo había sentido.

El viernes, él resolvió no ir a la Reserva forestal. Le disgustaban las ansiedades inútiles e injustificadas y, aún más, las confusiones del corazón. Pero, ya bien entrada la mañana, se animó a merodear por sus dominios y allí la encontró sentada nada menos que en su lugar, en el mismo lugar que él ocupaba siempre.

Y, en esta vez, el disgusto se transformó en odio. Sin embargo, por detrás de ese odio, en verdad mutuo, ambos, muy agitados y sin admitirlo bien, entendieron que un clamor de reproches ambiguos se agolpaba en ese aire silencioso que los unía y separaba, cargado de muchas palabras todavía no dichas. Unos reclamos que ya poco tenían que ver con la disputa de ese espacio que creyeron exclusivo de cada cual, sino con otra cosa y otros motivos, apenas entrevistos, que ni lograban entender.

Ella le dijo entonces:

—Si crees que este lugar es tuyo, estás equivocado. Vendré aquí cuantas veces quiera.

Un poco desconcertado, él atinó a responderle:

—No es mi lugar, pero aquí he venido siempre y nunca te he visto.

—Lo mismo te digo yo. Aquí vengo todos los días de vacaciones y nunca te he visto tampoco.

Entonces los dos comprendieron. Intentaron tocarse las manos pero no. Ambos se atravesaron en el aire como sombras.

—Eres un ser virtual —exclamó él.

—Tú eres el virtual —dijo ella.

Callaron. Era inútil insistir en una discusión que no tenía salida. Desde el inopinado día en que asomaron los seres de la realidad virtual, ese tipo de diálogos empezaba a volverse cada vez más frecuente.

Muy emocionado, él se recostó en la hierba, cerca de la muchacha, como si temiera tocarla.

—Qué pena. Pudimos ser unos "reales" enemigos —dijo.

—Sí, es una lástima. Yo practico las antiguas artes de autodefensa— repuso ella.

Más allá de las bromas forzadas, los dos querían morir de la tristeza que sentían. Empezaban a hacer los eternos descubrimientos personales acerca de las extrañezas del corazón. Allí de nada valían las advertencias ni los consejos. Y menos aún las lecciones de los viejos profesores que enseñaban a los niños y adolescentes una materia interminable y difícil de entender: “El arte de amar”. ¿Cómo había sido posible que antes no pensarán que podían pertenecer a dimensiones distintas? ¿Cómo así, el supuesto odio se había transformado, de pronto, en nostalgia? ¿Cómo era que en apenas cinco días de conocerse mal ya empezaran a atraerse tanto? Porque esa sí era una “realidad real”.

—No eres tan flaca ni tan pecosa como al principio pensé —suspiró él.

—Ni tú eres tan gordo ni tan grande como al principio me pareciste —murmuró ella.

—Bueno, pues, podemos ser amigos.

—No es lo mismo.

—¿Por qué? Los amigos no necesitan tocarse ni estar juntos para ser amigos.

El aprovechó la ocasión para decir una de sus frases de efecto; esas que a veces, hasta las escribía en cualquier lado:

—Todos los amigos pertenecen a la realidad virtual —dijo.

—Entonces eres doblemente amigo —le embromó ella.

—Pero si la virtual eres tú.

—¡Tú!

—¡Tú!

Terminaron riéndose como un par de locos, acostados boca arriba en la hierba tierna, mientras miraban las pocas nubes que viajaban en el cielo azul.

—¿Sabes? Las nubes son muy reales para los dos.

—Como el cielo, las estrellas, la luna, las montañas, todo lo que está lejos.

—Y algunas cosas cercanas como el suelo, algunos animales, algunas plantas, digo yo.

—Pero otras no. Como la lluvia que solo puede mojarnos a uno de los dos, según sea el caso.

—¿Por qué será? —preguntó ella.

Él adoptó su mejor aire filosófico.

—Porque hay cosas que no se pueden entender —sentenció—.

La única asignatura que apruebo sin dificultades es la de *Problemas insolubles*: ¿Qué está más allá del espacio? ¿Por qué vivimos? ¿Qué es el infinito? ¿Qué es la nada? Esas cosas.

A partir de ese día, empezaron los juegos y las conversaciones interminables. Superponían sus cuerpos y fingían ser monstruos o esas mascotas extrañas inventadas por los genetistas. En las noches de luna vestían túnicas blancas y con gritos tremolantes espantaban a las pocas gentes que aún temían a los fantasmas. O jugaban a los novios antiguos y, con un alarde de mimos, paseaban por las calles de brazo y pasito corto, como si los dos fuesen o muy reales o muy virtuales, que daba igual. O, por turnos, atravesando paredes, se metían en las "otras casas" y se contaban lo que habían visto allá adentro.

Pero lo mejor eran las conversaciones que duraban días enteros. Al poco tiempo agotaron sus secretos. Sabían del otro más que nadie en el mundo.

—Somos almas gemelas —declaró él.

—Es lo único real que tenemos —añadió ella.

—Aunque a veces hasta puedo olerte.

—Y yo creo sentir tu calor.

Así, muy juntos, a pesar de los reparos de sus respectivos padres, pasaron los meses del verano.

Con las primeras lluvias de octubre, cundió la noticia de que —tal y como asomaran tiempo atrás— estaban desapareciendo los

seres de la realidad virtual. Primero se esfumó el estadio. Luego casi todos sus vehículos, luego las edificaciones superpuestas; por fin, algunos personajes que ya comenzaban a ser muy conocidos en el pueblo.

—Nuestros universos se están separando —dijo ella—.

—Trataremos de comunicarnos por medio de una computadora —suspiró él, desesperado.

—O en algún sitio de hologramas —sollozó ella.

Los dos sabían que aún en el caso de que lo logaran, no sería lo mismo. El fantasma de la separación iniciaba ya en sus jóvenes corazones su danza de muerte, su rito fúnebre, su lúgubre canción.

—Un día escribiré un relato acerca de lo nuestro, aunque le cambiaré muchas cosas para que solo tú lo entiendas bien, leyéndolo en alguna pantalla del lugar en donde estés —prometió el muchacho.

Hubo un silencio.

—Antes de que nos separemos, podremos tocarnos. Esa será la señal.

—Eso he oído. Dicen que ocurre así.

En una tarde muy lluviosa, la muchacha llegó a la casita abandonada en donde se habían citado para officiar una vez más una de las tantas ceremonias de la despedida. Tenía la carita más triste del mundo y temblaba como una de las hojas que el viento arrancaba de los sauces y las dejaba caer en la oscura tierra.

—¡Estás mojada! ¡La lluvia te ha mojado como a mí! —exclamó el muchacho que también se puso a temblar.

Alargó una mano vacilante y la tocó.

Entonces se acariciaron y besaron durante horas. Se tocaron hasta lastimarse. Olieron sus olores, probaron sus sudores, juntaron sus cuerpos y supieron para siempre que nunca el amor es más real que cuando tiene que acabarse.

Al otro día, los padres del muchacho no le preguntaron nada cuando lo vieron llegar más hosco y solo que nunca.

Ahora que tantos años han pasado y que ese muchacho ya se ha transformado en el hombre más bien tranquilo que escribe esta historia de amor, una de las tantas que después la vida le deparara; ahora que usted, amigo lector, ha podido recuperarla desde el espacio virtual que la literatura nos proporciona siempre, leyéndola primero en las páginas de una hermosa revista y, luego, en la pantalla de su computadora, acaso ya comparta con el autor la idea de que todos los hechos del pasado (o del futuro) se vuelven virtuales en el recuerdo (o en la imaginación); aunque haya otras “realidades virtuales”, al menos en lo que al amor respecta, que nos parecen más ciertas, más concretas y verdaderas, que muchas de las "realidades reales" que hemos creído vivir.

SANTIAGO PÁEZ

(QUITO, 1958)

Novelista y ensayista. Ha trabajado la narrativa de intriga, policial y de ciencia ficción. Magíster y Doctor en Literatura, es también licenciado en ciencias jurídicas. Se ha desempeñado como catedrático universitario de Lenguaje, Antropología y Comunicación e Investigador Social. Ha publicado veinte libros de narrativa, novelas y cuentos. Consta en varias antologías nacionales y extranjeras. Sus últimas novelas publicadas son: *Los murmurantes* (Cactus Pink, 2020), *Moradas provisionales* (Cactus Pink, 2018), *Retratos de Dios* (Santillana, 2016), *Antiguas ceremonias* (Paradiso, 2015). Es digna de mención, en el conjunto de su obra la tetralogía *Crónicas del Breve Reino* (3ra. Ed. Cactus Pink, 2017). Son cuatro novelas —publicadas en un solo volumen—, que abarcan 150 años de historia ecuatoriana, desde 1911 hasta 2040.

NEBLINA

De niebla que un hoyo negro,
engualdrapado de espantos
—¡martillo del eco, viento!—
cuévano de claridades,
sombra, te está construyendo.

Dámaso Alonso, Oscura Noticia, 1944.

El Triángulo de Cayambe es una intersección en la que se cruza la Panamericana norte con la vía Tabacundo-Cajas. Está ubicado en una elevación, por lo que se puede ver, desde allí, la carretera principal que se aleja por la planicie hacia el enorme nevado Cayambe, brillante bajo el sol, y la ruta secundaria, que va hacia el Cajas, introduciéndose en uno de los ramales bajos de la cordillera.

En el margen de las dos calzadas de asfalto se ha construido una docena de casas y galpones dedicados a los negocios que se nutren de las carreteras: vulcanizadoras para las llantas desinfladas, un par de mecánicas herrumbrosas, varias tiendas que venden sobre todo bebidas y alimentos empaquetados, dos fondas ahumadas, una cantina y una pensión sórdida. Las paredes de esas construcciones estuvieron en algún momento pintadas de rojo, de azul o de verde, pero el humo de los motores que transitan ante ellas las ha teñido de un gris aceitoso que mancha a quien las toca.

El espacio del Triángulo está dominado por la presencia de una gasolinera enorme y moderna cuyos aparatos brillan metálicos y galvanizados unos, y multicolores otros: bombas de gasolina, ana-

queles que sostienen bidones llenos de aceites y marquesinas que anuncian los distintos productos que se venden en el almacén, situado al fondo del lugar, junto a los baños y el depósito de combustible.

El contraste que hay entre el gris aceitoso de los muros de las construcciones que bordean el asfalto y los destellos modernísimos de la gasolinera es notorio en el día. Por la noche, el Triángulo sufre el destino de todas las estaciones de carretera: Parece que una fuerza lo seccionara del mundo para mantenerlo suspendido en la clausura de un universo negro, distante del universo conocido que transitamos todos los días. En esa oscuridad, la luz de neón de la gasolinera es la reina absoluta. Lo que ella no cubre con su resplandor azul y helado se convierte en parte maligna de las tinieblas. Ese destino tétrico lo tienen, junto a la carretera, las cunetas y los matorrales y, tras las paredes, los salones de las fondas y la cantina. Esos espacios interiores, alumbrados por unas lámparas de luz amarillenta, condensan entre sus muros todo el polvo de los caminos, todo el smog de las autopistas y toda la desolación de los viajes nocturnos.

Ya avanzada la noche, desde el exterior nublado entra, a la cantina del Triángulo, un hombre que viste un abrigo negro, grueso y largo que le llega hasta los tobillos; lleva puesto un sombrero alón de fieltro, del mismo color del abrigo, y gafas azules que, en la penumbra del salón, se ven fuera de lugar, siniestras. Su silueta, de alguna manera, incomoda a los clientes de la cantina que beben aguardiente y comen fritada, mientras escuchan una cumbia en la rocola. La música suena boba y alegre, incongruente con las sombras, la mugre y la pobreza del lugar. Quizá lo que molesta a los bebedores sea la palidez del recién llegado, esa blancura enferma que no logra ocultar bajo el ala del sombrero. A pesar de que algunos de los comensales están ya borrachos, ninguno se atreve a in-cordiar al viajero, un aura peligrosa y oscura parece envolverlo, por eso nadie se le acerca. El desconocido ocupa una mesa en un rin-

cón, pide algo de comer y, luego de extraer de un bolsillo interno de su sobretodo un cuaderno ajado y un lápiz, empieza a escribir.

Antes tuve otra vida. Ya casi no la recuerdo, ni me importa. Las memorias de mi existencia pasada son como las que guardo de la playa: Momentos de calor, momentos de placer, momentos alejados de la noche y la neblina. Ahora sólo vivo por la niebla. Viajo tras de la niebla o, debería decir, tras del portador de la niebla.

Debo registrar mi memoria mientras aún esté en mis cabales, porque sé con certeza que, en un plazo indeterminado pero corto, perderé la razón. A veces, al mirar mis manos, veo emanar de mis uñas una sombra, algo como un atisbo de la niebla; es una alucinación, pero es también el augurio de la demencia que me espera. Nadie puede iniciar y seguir en una empresa como la mía sin sufrir las consecuencias del esfuerzo que implica. Y esas consecuencias son, primero, la locura y luego, afortunadamente, la muerte.

En verdad no sé cómo empezó todo. No sé si el horror que persigo tuvo su origen en los tambos de los chasquis, que recorrían los caminos del Incario, o si vino con los europeos. A veces me entretengo en pensar en esas nimiedades: Imagino una choza andina de barro y paja construida en una cjea de montaña, junto al Camino del Inca y, en su interior, la bruma y su resplandor insoponible... Quizá fue allá en Europa, en ese pequeño y atroz continente, que se originó el fenómeno: En alguna posta de esas que, durante el Renacimiento, les servían a los conductores de las diligencias y a sus viajeros para cambiar de caballos y descansar en jergones asolados por los piojos. Quizá el ente que sigo tuvo su origen aún antes, en los caminos que cruzaban el imperio romano desde el atlántico hasta Persia, desde Britannia hasta lo que hoy es Argel.

Sé con certeza que no soy el único perseguidor. Alguna vez, mi camino se ha cruzado con el de otros viajeros que, como yo, tienen el gesto huido y una chispa de terror en la mirada. No me equivoco, los perseguidores sabemos ver en otros las huellas del esfuerzo devastador que desplegamos. Viajamos ligeros de equipaje, no conversamos con nadie, nos hospedamos en las pensiones de mala muerte de la carretera y buscamos el rincón más sombreado de las cantinas en las que nos detenemos para reponer nuestras fuerzas. Y bebemos agua. Mucha agua. El alcohol nos mataría con su calor: Ya bastante nos atormenta

la fiebre, con la proximidad de esos seres que seguimos; ya bastante se nos agita el corazón cuando sentimos su cercanía.

¿Llevarán los otros perseguidores los mismos pertrechos que yo? ¿Las mismas armas? ¿Los mismos resguardos? Visto un largo sobretodo negro, grueso, que me protege del frío de las carreteras; llevo un par de gafas oscuras, que uso todo el tiempo, de día o de noche; traigo al cinto, bajo mi abrigo, una bayoneta, con la empuñadura de plata. Sé muy bien por qué la llevo: Sería inútil para enfrentar al resplandor y a la bruma pero, llegado el momento, sabré usarla para neutralizar el horror de la niebla. Tengo conmigo, además, esta libreta en la que escribo mi historia para recordarla, si llego a sobrevivir a esta búsqueda.

Son ya cinco los años que vivo recorriendo las carreteras de este país. A veces he llegado hasta Tumbes o Piura en el Perú, hasta Pasto o la tierra de los Ingas del Sibundoy, en Colombia. Poco he salido del Ecuador, sobre todo he transitado por sus carreteras: Por las vías de la sierra, llenas de curvas y bordeadas por precipicios; por las pistas rectilíneas de la costa, flanqueadas por las plantaciones de banano o palma africana; por las rutas empedradas de los páramos o por las mangas lodosas del trópico, abogadas por la selva y su enramado.

Camino por esas vías buscando siempre las cantinas, las fondas en donde se reúnen los viajeros frecuentes, esos que hacen su vida transitando de un pueblo a otro, de una ciudad a un puerto. Camioneros, viajantes de comercio, vendedores ambulantes de baratijas, policías de carreteras, contrabandistas y traficantes de sustancias legales y prohibidas y hasta arrieros (aún quedan arrieros, en las vías más apartadas de los Andes). Entre ellos busco al resplandor y a aquel o aquella que portándolo en su interior lo dispara contra el mundo.

La mujer se detiene en el vano de la puerta de la cantina, en el límite de la luz y la oscuridad. Parece incapaz de dar el siguiente paso que la introducirá en el salón; se ve aterrada, como si estuviera en equilibrio al borde de un abismo y no en la entrada a un local lleno de gente. Venciéndose, adelanta el cuerpo y la luz sucia la ilumina entera. Debe tener como treinta años, viste jeans, una camiseta azul, decorada con la imagen de un ángel, y se cubre con una chaqueta de cuero forrada de piel. Lleva la cabeza descubierta,

por eso su cabellera impresiona: Es tan rubia, tan clara que atrapa la luz y se ve como una aureola. Su rostro, en el marco del resplandor débil de su pelo, es pequeño, afilado y casi fantasmal por pálido. Tiene los ojos grandes y grises. Dos arrugas le amargan las comisuras de la boca y las mejillas se le hundén bajo los pómulos y, sin embargo, persiste en ella el rastro de una belleza infantil deteriorada por el sufrimiento, perdida. Su figura muestra una tensión enorme, parece que una descarga de corriente eléctrica la inmovilizara. A pesar del temor que expresa su semblante y de la rigidez de sus miembros, avanza hacia la esquina lóbrega en la que se ha acomodado el hombre del sombrero negro y las gafas azules. Se detiene frente a él en silencio, mirándolo con tanta intensidad que los demás clientes del establecimiento empiezan a callar sus conversaciones y a observar a la pareja. La porción de aire que separa al hombre de la mujer podría, en cualquier momento, estallar como un cristal sometido a una temperatura extrema.

—Me llamo Albano —dice el viajero luego de un rato largo, y pregunta: —¿Quién eres?

—Yo soy Gualda —le responde la mujer, sentándose a su lado.

En la sombra del rincón, sus rostros son dos manchas pálidas y gemelas rodeadas por una aureola nebulosa.

Sigo con mi escritura, este trabajo de redacción se me ha vuelto imprescindible. No puedo comprender lo que hoy me ha sucedido. Otro buscador se me ha acercado mientras cenaba en una picantería del Triángulo de Cayambe. Se trata de una mujer rubia, ya no tan joven, exhausta, que me ha pedido ayuda. Debí ignorarla, fingir que no sabía que ella era, como yo, uno de los perseguidores de la niebla. Debí responderle con una broma soez y hacer el amago de agarrarle las nalgas, quizá así se hubiera ido, dejándome en paz. No pude. Su cansancio es tan parecido al mío que no fui capaz de dejarla a su suerte y le pedí que se sentara junto a mí. Comió ávida el cuenco de sopa que la mesera le puso delante y luego, apartando el plato vacío, inclinó la cabeza sobre la mesa y se durmió.

Ahora duerme de nuevo a mi lado. Su humedad ha sido tan dulce y perturbadora como yo esperaba y temía que fuera. Nunca debí dejar que esto pasara. Después de hacer el amor, y aún aterida y cansada, la mujer me ha preguntado por la primera vez en que yo vi la niebla y el posterior resplandor. No he querido contestarle porque, en todos estos años, he pensado poco en ese momento. Si en vez de dar con la niebla y su portador, hubiera sufrido un accidente, una mutilación o la mayor de las violencias, su recuerdo no me hubiera sido tan espantoso e intolerable. Gualda debe sentir lo mismo, porque cuando, para huir de mi memoria, le he preguntado cómo fue la primera vez que ella encontró al resplandor, ha quedado muda, absorta, y luego, con avidez, ha recommenzado las caricias. Hemos hecho el amor otra vez, y la dulzura del acto en algo nos ha protegido del horror que nos arrastra.

Luego de despertar me he levantado de la cama para mirarme en el espejo que cuelga junto a la puerta de la habitación y he mirado en él la alucinación que me aterroriza todas las mañanas: He visto como, de entre mis cabellos, ascienden unos tenues hilos de niebla. He cerrado los ojos con fuerza y, al abrirlos de nuevo, la alucinación ha desaparecido; la locura me sitia, me copa, me asedia. Para no pensar en ella, me he apartado del espejo rápidamente.

El día ha amanecido cálido y con el cielo despejado. Por la ventana del cuarto de la pensión he visto brillar el sol más allá de los tendederos de ropa lavada, de los techos de las casas próximas y de las montañas. No sé, con certeza, en cuantas pensiones o posadas he dormido en estos años, a lo largo de los caminos. Han sido muchas, todas igual de sucias y miserables.

Gualda ha despertado unos minutos más tarde que yo y, aún desnuda, se ha juntado a mí para ver desde atrás de los cristales. Ninguno de los dos ha sentido de nuevo deseo, nos hemos visto los cuerpos con indiferencia, como deben verse mutuamente los combatientes, evaluando las cicatrices de los miembros ajenos, el cansancio de otros músculos y de otros huesos que han padecido parecidas exigencias a las que han sufrido los propios huesos y los propios músculos.

Después de vestirnos hemos salido de la pensión y recorrido en silencio la carretera mirando las casas humildes en las que funcionan esos negocios propios de los bordes de las vías. He sentido, en la luz de la mañana, el momentáneo alivio que me da el saber que ni la niebla ni sus portadores aparecen en el día. Mi acompañante, sin embargo, me ha parecido tan tensa como anoche, quizá

más, y es extraña su inquietud, pues supongo que ella conoce tan bien como yo las costumbres de esos entes que perseguimos.

Luego del desayuno, Gualda y yo hemos caminado hasta la ciudad de Cayambe. Han pasado años desde la última vez en que entré a una población para pasear por ella. Siempre he atravesado los pueblos y las ciudades ansioso por salir de sus calles y sus barrios hacia la carretera, hacia ese territorio lineal de mi persecución, de mi cacería.

Cayambe es una ciudad pequeña y tiene un parque central, alejado de la Panamericana, que esta adornado con senderos, parterres y árboles viejos. Hay bancas para sentarse y, en uno de sus costados, se levanta una iglesia que tiene una alta fachada blanca y un campanario pintado del mismo color. Gualda, casi alegre, me ha dicho que no recordaba que hubiera lugares así: Sitios para el descanso, para la inmovilidad y la quietud. A decir verdad, yo tampoco he pensado en parques ni en plazas ni en jardines en los últimos años. Nos hemos acomodado en una de las bancas del parque, de cara a la iglesia, y permanecido allí quietos y en silencio, solos a pesar de estar juntos, desamparados.

El resto del día lo hemos dedicado a pasear por la pequeña ciudad, a recorrer el mercado, repleto de gente atareada, de productos coloridos y de especias olorosas, y las calles del barrio comercial, llenas de compradores fascinados por los electrodomésticos de las vitrinas y los trajes de las perchas. Hemos almorzado en la calle, de pie, tratando de disfrutar del sol y del sabor de esa comida de paseantes. Hemos empleado el final de la tarde en mirar cómo los niños y los jóvenes, salidos de los colegios y de las escuelas, se han tomado las aceras y el parque llenándolos con sus voces agudas y con sus gestos bruscos. En un momento terrible, he imaginado a esos niños envueltos en la luz del resplandor. Gualda debe haber pensado en algo parecido, pues nos hemos aproximado el uno al otro con miedo.

Cuando el día ha terminado, en el ocaso, Gualda y yo nos hemos mirado desolados, sabiendo que nuestro día ha sido una pantomima triste de la vida normal, de la vida de los que no han visto ni la neblina y ni su resplandor. Luego de nuestro paseo, hemos regresado a las afueras de la ciudad, al Triángulo de Cayambe y, fatalmente, hemos entrado, para cenar, al mismo salón en el que nos conocimos la noche anterior. Allí le he contado mi historia a Gualda, mientras comíamos sin notar el sabor de los alimentos.

Ahora que he hecho memoria para contarle mi relato a Gualda, puedo escribir y registrar el origen de mi situación, de esta existencia que, actualmente, soporto:

Tenía yo veinticinco años y trabajaba como periodista. No estoy muy seguro, pero creo que fue así. Recuerdo haberme graduado en la universidad y tengo una memoria borrosa de un oficina grande, llena de escritorios en la que resonaba el golpeteo de las teclas de las máquinas de escribir.

Quizá cubría una noticia en la carretera, quizá regresaba de unas vacaciones en la playa, no lo sé. Se había hecho de noche y el bus en que viajaba se detuvo en una pensión de carretera, en un pueblo del subtrópico, de esos que no tienen nombre y que ofrecen alojamientos y comida junto a las vías. Creo que estábamos por llegar a Puerto Quito. El chofer nos informó de un derrumbe que cerraba la carretera más adelante y todos los pasajeros no resignamos a pasar la noche en ese lugar.

Entré, eso lo recuerdo muy bien, a una fonda para cenar antes de irme a la cama y, mientras comía, sucedió: Una persona, en ese momento no supe si era hombre o mujer, entró al salón. Era un sitio pequeño y estaba atestado, tenía las ventanas cerradas y las paredes sucias. Dos o tres decenas de hombres y mujeres comían fritada y bebían aguardiente en el lugar; algunos, los ya borrachos, hablaban en voz bastante alta, reían y soltaban palabrotas joviales. Los comensales eran gente humilde, inofensiva.

El recién llegado se escurrió hacia una esquina del salón y desde allí, escondido en la sombra, empezó a mirar con insistencia hacia uno de los grupos de bebedores. Sus ojos se veían brillar en lo oscuro. Los ocupantes de la mesa que observaba sintieron esa mirada y, borrachos como estaban se molestaron. Uno le gritó algún insulto al mirón, otro más violento, le lanzó, sin acertarle, un vaso a la cabeza. Esa mirada brillante los enfureció al punto de que se levantaron para ir contra el sujeto que se escondía en el rincón más oscuro de la fonda.

Entonces pude ver mejor al hombre que ocasionaba el escándalo pero, aunque lo vi un par de minutos no pude saber con precisión cómo era: Su figura pálida y borrosa parecía hecha de bruma. Y fue, justamente, bruma, lo que le empezó a surtir de abajo de las uñas, del interior de la cabellera negra. Esa niebla tomó todo el salón en unos largos segundos en los que nadie pudo hacer

nada por huir. Cuando estábamos envueltos en la niebla, vimos con horror que esa materia gris y gaseosa se incendiaba provocando un resplandor que nos dejó ciegos a todos. Unos segundos más tarde recuperamos la visión. Ese fue el instante más atroz de todo el evento. Fue tan espantoso... y sólo fue un instante.

Me cuesta recordar el horror, y sin embargo, cada anochecer rememoro las caras de los clientes de la fonda iluminadas por la ruindad que cada uno de ellos veía en sus acompañantes. Cada rostro se convirtió en espejo de los que tenía cerca y todos pudieron verse, tan repugnantes como eran, en los ojos de sus compañeros. Todos se supieron tan viles que desearon matar y morir allí mismo, sobre esas mesas sucias, para no tener que vivir con lo que habían averiguado en ese momento de resplandor.

Luego la luz volvió a ser la misma, la que provenía de las pobres lámparas de la fonda. El sujeto extraño que había provocado el evento espantoso, la niebla y el resplandor, no aparecía por ningún lado; los comensales, como aturdidos, volvieron a masticar sus alimentos o a beber de sus copas de aguardiente. Solamente yo, y no sé por qué, retuve en la memoria todo el horror. Yo y los dos que habían agredido al portador de la niebla: Ambos aparecieron, al día siguiente, con los abdomenes rajados y las entrañas regadas por el suelo. Ambos tenían un cuchillo en las manos: se habían abierto, ellos mismos, los vientres suicidándose lenta y dolorosamente.

No pude abandonar, tras ese incidente que sólo yo recordaba, el mísero pueblo de tránsito en el que lo había vivido. Pasé allí dos o tres semanas. Cuando me di cuenta de que algo me obligaba a buscar al ser que había generado el horror de aquella noche, me empleé como ayudante del chofer de un bus interprovincial y empecé así mi viajes, mi persecución, mi vida como la vivo ahora. En estos años de cacería, nunca he vuelto a cruzar mi camino con el de un portador de la neblina.

Gualda me ha escuchado como si le relataran su propia historia. Cuando he quedado en silencio, ha dirigido su mirada hacia mí y me ha contado, casi con pena, ese resto del horror, que yo no conocía.

El hombre y la mujer han terminado su cena y la mesera ha retirado los platos en que comieron; ahora, ante ellos, brillan tenues

dos grandes vasos de agua sobre el tablero de la mesa. Luego del relato de Albano, han quedado en silencio. La mujer toma su vaso y bebe un grueso trago del líquido cristalino y frío, luego afirma:

—Tú no sabes lo que soy, los que somos.

Galda no puede ver los ojos de su acompañante, ocultos tras las gafas azules, sin embargo, intuye la desolación con la que miran, cuando él la contradice exaltado:

—¡Ojalá no supiera lo que soy! ¡Ojalá nunca hubiera visto a esos seres, a esos que llevan la niebla! ¡Si no supiera que existen, no los perseguiría por todas las carreteras, por todas las noches!

La mujer parece dispuesta a decir algo, pero no lo hace y queda callada. El silencio dura varios minutos, hasta que Albano, molesto, lo rompe preguntando:

—¿Y Tú? ¿Tú sí sabes lo que somos?

—Crees que somos sólo perseguidores —dice la mujer—, que vamos tras de los que llevan la niebla.

—Sí.

—Y, ¿para qué?

Albano, disgustado, bebe de su vaso antes de responder:

—Supongo que es para detenerlos, para evitar que maten gente con su niebla y con su resplandor. Para eso recorremos los caminos.

—Por siempre.

—Así parece.

La mujer casi sonrío al afirmar:

—Entonces, somos una especie de mártires.

Albano, sin responderle, se abre el abrigo y le muestra su bayoneta. Luego dice:

—Al próximo portador de neblina que se me cruce en el camino, lo mato antes de que... antes de que haga lo suyo.

—¿Has visto a otro de esos que llevan la neblina?

—No.

Galda, en silencio, empieza a llorar y se condeule de su acompañante diciéndole:

—Ciego. Estas ciego como todos nosotros al principio.

—¿Nosotros? ¿Nosotros los perseguidores?

La mujer, secándose las lágrimas con las manos, le contesta en voz baja; hay tal intensidad en sus palabras que parece gritar:

—¡No existen los perseguidores! ¿No entiendes? Somos nosotros.

—¡No! ¡No entiendo!

—No sé si es por contagio. Quizá somos una especie distinta, distinta de los humanos, y hemos olvidado nuestro origen. No sé.

—¿Nosotros? ¿Quiénes?

—Cuando uno de los nuestros ve a otro producir la neblina y el resplandor, se contagia y empieza a recorrer los caminos hasta que acumula suficiente energía oscura en su interior como para generar la niebla y, luego, el destello. Después... ya sabes lo que pasa después.

—¡Absurdo! ¡Lo que dices es absurdo!

—Albano, ¿nunca has visto un asomo de niebla en tus uñas, en las raíces de tu pelo?

—Yo... yo...

Albano es incapaz de aceptar lo que le dice Gualda y, sin embargo, sabe que es cierto. En lo más profundo de su mente, sabe que es así. Se da cuenta de que lo ha sabido siempre y siempre se lo ha ocultado, mintiéndose con su historia de la cacería, del bien que se proponía hacer al apuñalar al siguiente portador de la bruma con el que se encontrara. Devastado, se recuesta en el espaldar de su silla y cierra los ojos, mientras averigua:

—¿Y para qué me has buscado? ¿Vienes a matarme? ¿Quieres que te mate?

—Quizá —le responde la mujer, que ha dejado de llorar—, quizá.

Desde esa noche Gualda y yo viajamos juntos. Ocupamos en los buses asientos cercanos, nunca compartimos la misma banca para así vigilarnos mutuamente. No comemos en la misma mesa, pero siempre lo hacemos en el mis-

mo restaurante. Tampoco dormimos juntos, usamos camas próximas. Hemos aprendido los ritmos del otro: La cadencia de sus alientos, los gruñidos de angustia que emite durante el sueño, sus abogots y su fiebre... Nos escuchamos en la oscuridad de la noche y así, de ser necesario, sabríamos si a otro lo posee la niebla. Los primeros meses de nuestra convivencia solíamos conversar un poco. Con el paso del tiempo hemos llegado a conocernos tanto que ya no nos hace falta hablar. Oír la respiración de Gualda me basta, y sé que ella me percibe con igual atención. A veces, rara vez, hacemos el amor. Con más frecuencia, nos abrazamos exhaustos, sintiendo cada uno de nosotros el horror que el otro esconde: La oscuridad y el terrible resplandor.

LEONARDO WILD

(STANFORD, 1966)

Autor profesional con 11 libros y 200 artículos publicados, así como 50 guiones producidos. Escribir ha sido su pasión desde los doce años. Ha viajado por 40 países, navegado a través del Atlántico y el Pacífico; fue capitán de un yate a la edad de 24 años (en Nueva Zelanda), y en 1989 sobrevivió al huracán Harry, de categoría 4, mientras viajaba de Australia a las Islas Solomón. Cruzó tres veces los Andes a pie hacia la selva amazónica con indígenas Saraguros, participó en expediciones de reconocimiento de oro en las selvas tropicales de Ecuador, recorrió Sudamérica en bicicleta, construyó casas de madera, asesoró al Banco Central de Ecuador sobre diseño de moneda; éstas y muchas otras experiencias se van tejiendo invariablemente en sus escritos. Es miembro del ITW (*International Thriller Writers*) y en 1994 fue cofundador del Club CF del Ecuador.

LA INFORMACIÓN ES REAL

Jack Nicks corrió por el abarrotado corredor del aeropuerto. Movi6 los labios leyendo los nombres de las aerolíneas sobre los mostradores. En su mano derecha sujetaba una maleta de cuero negro, en su izquierda una cubierta de libro gastada.

Parte del mensaje en la cubierta arrancada decía:

VUELA *INFORMATION AIRLINES* PARA SALIR DE CHIGACO. LUEGO UNA DE LAS OTRAS EMPRESAS EN LA LISTA.

NOS ENCONTRAREMOS EN *NANDI INTERNATIONAL* DE FIJI LA PR6XIMA SEMANA.

SUERTE,
B.J.

Una semana de eso y 6ste era el pen6ltimo vuelo. Viajar, tomar aviones, saltar de aeropuerto en aeropuerto. No lo localizarían si seguía las instrucciones al pie de la letra. En la era de la información, viajar sin línea de crédito significa viajar como un fantasma.

Soy un fantasma.

El problema principal era que casi ninguna aerolínea aceptaba efectivo. *Cash* contante y sonante. El efectivo ya casi era ilegal. No por ley, sino por hábito. Por miedo. Por sospecha.

Desde la Pandemia del 2020.

Usar efectivo era como colocarse un holograma alrededor del cuello que gritaba:

"¡Estoy haciendo negocios ilegales!"

Jack Nicks dedujo que *Information Airlines* debía ser una pequeña aerolínea de origen oscuro que aceptaba efectivo y no requería del Microchip C19.

¿Una aerolínea poco fiable, acaso, o cuál es su movida?

No importa, con que me saque de aquí en su primer vuelo, no importa a dónde.

Parte del juego era ser impredecible.

Caminó mientras leía moviendo los labios:

AMERICAN AIR,
UNITED,
COSMOPOL,
NORTH PAC,
POLAR AIR. . .

Entre los mostradores de cada aerolínea, admiraba al azar su yo distorsionado en los pilares reflejados. Su retorcido reflejo mostraba a un hombre de mediana edad con ojos que apretaban una nariz en un largo hocico. Sus ojos se veían sombríos, hundidos. Sus orejas parecían estiradas hacia atrás por la curvatura de los pilares. Su cabeza parecía la de un pájaro.

De alguna manera le gustó la distorsión, especialmente porque sus labios parecían succionados por la rabia reprimida. Nadie le haría preguntas, no se atrevían al verlo así. La gente miraba hacia otro lado.

Eso es lo que quería. "No me mires".

INFORMATION AIRLINES

Se detuvo. Un hombre estaba de pie frente al mostrador siendo atendido, hombros caídos, traje gris arrugado, un cigarro marrón colgando de sus labios emitiendo un humo que olía a estiércol quemado.

Jack Nicks hizo una mueca. Sobre el mostrador vio un flujo de hologramas con destellos multicolores que anunciaban las ventajas indiscutibles de *Information Airlines*.

"... Viaja informado a cualquier lugar de América e incluso Europa. La información que damos es real. Sin estafas, sin trucos. Información en tiempo

real para cualquier empresario, comerciante, o político. Trabaja mientras vuelas. Vuela con nosotros. ¡Acceso constante a la Memoria Global garantizado!”

Debajo del anuncio en 3D, junto a una terminal automatizada, vio a una mujer de no más de treinta años, morena, de rostro sencillo, quien miraba al hombre del cigarro apestoso mientras sacaba su boleto del Automat. Con la misma mano agarró torpemente su identificación de la rendija, y caminó con la mirada fija en su boleto.

Jack vio que la mirada de la mujer seguía al anciano mientras se alejaba por el pasillo lleno de gente, como si esperara verlo caer fulminado en cualquier momento por una trombosis.

Ocurría a menudo. Viejos desplomándose por un trombo cerebral en pleno día, sin advertencia, remanentes silenciosos de la gran pandemia.

La asistente giró su mirada y enfocó sus ojos negros en Jack.

—¿Podemos ayudarlo? —Su sonrisa era un destello de realidad en una era de falsificaciones, y su pregunta indicaba que ella no era solo un individuo haciendo su trabajo, sino la empresa entera, *Information Airlines* a tu servicio.

A Jack le gustó de inmediato la sencillez de su peinado carente de esa basura psicodélica que solían utilizar los asistentes para atraer la atención de clientes, o dejarlos embobados mientras eran atendidos.

—Un boleto —dijo Jack, dudando por un segundo. Casi sonrío en reacción a la sonrisa de la mujer. Se cortó a tiempo y siseó en voz baja, inclinándose hacia ella:

—Pagaré en efectivo.

Ella no parpadeó, ni pareció sorprendida.

—¿Destino? —Entendió que Jack no iba a utilizar el automat.

—Su primer vuelo —dijo.

—Necesito que me dé su destino.

—El destino no es importante. Su primer vuelo que salga de Chicago es lo que quiero.

Ella enarcó sus cejas y luego miró su monitor.

—Y si no hay puesto en económica, en clase de negocios —dijo Jack—, pero que sea el primer vuelo. Es fácil lo que le pido, ¿no?

Ella lo miró con un ligero entrecerrar de ojos. Parecía dispuesta a preguntar algo, pero luego hizo un mohín, asintió, y volvió a enfocar la vista en su pantalla.

—¿Nombre? El apellido primero, por favor.

—Hope, Reinaldo Hope.

—J.O.P.E?

—H.O.P.E.

—Ah. Entiendo. ¿Ida y vuelta o solo ida?

—Ida.

—Tendrá que apurarse, el próximo vuelo sale en treinta minutos —dijo.

Jack asintió.

—¿Equipaje?

—Solo de mano.

—¿Ventana o pasillo?

—Ventana o pasillo no importa. No quiero perder el vuelo.

—¿Primera clase? Aunque tenemos asientos en económica, tal vez ... —Ella le sonrió de nuevo, y su sonrisa fue tan perfectamente natural, que Jack no tuvo más remedio que aceptar la indirecta.

—Primera clase. Pero rápido. ¡No quiero perder el vuelo!

—¿Puedo ver el equipaje de mano?

Le mostró el maletín negro, y luego se lo apretó contra su pecho.

Nervioso, miró a su alrededor por si alguien se había fijado en él.

Nadie lo miraba. Al menos no abiertamente.

—¿No quiere enviar su equipaje debajo en carga para más comodidad? —le preguntó. Los ojos negros de la asistente estaban escaneando la pantalla, y vio que tan solo seguía un libretto de atención al cliente.

Como Jack no respondió, ella levantó la vista.

—No gracias —dijo Jack—. Por favor apúrese.

—Serán mil cincuenta G.B. créditos, señor Hope. Efectivo, dijo, ¿verdad?

Jack asintió con la cabeza. Soltó la maleta con una mano, y produjo el efectivo de su bolsillo derecho.

—Mil cien —dijo—. Puede quedarse con el cambio.

—Gracias—. La asistente tomó el fajo de dinero, empezó a contar, asintió con la cabeza, y dejó el fajo detrás del mostrador. — Su identificación, por favor. En la ranura.

Él insertó la identificación de Reinaldo Hope en la ranura junto del monitor, no del automat.

Cinco segundos después, ella pidió que lo retirara y la tarjeta plástica salió con un gruñido mecánico.

Si ella sabía que era un documento falso, nunca lo demostró. Al parecer, no les importaba quiénes eran o qué eran sus pasajeros.

Todo lo que quieren es dinero.

Dinero real.

—Su boleto. Gracias por escoger *Infomation Airlines*, donde la información es real.

Jack lo tomó, y le sonrió con alivio. B.J. supo muy bien a dónde enviarlo para que no tuviera problemas o le hicieran preguntas. En la era de la información, el dinero físico era aún más cotizado que el digital.

Por el anonimato.

—Mejor apresúrese —le instó la asistente—. Solo le quedan ocho minutos cincuenta y tres segundos para que cierren el vuelo. Sale de la Terminal Y, Puerta Cero.

Jack acababa de girar cuando se detuvo.

—¿Puerta ... Cero?

—La primera a la derecha. Dese prisa ¡y que tenga un buen vuelo! Ah, y en caso tenga dudas o preguntas, señor Hope, recuerde que siempre cuando viaja con *Infomation Airlines*, la información es real, y a su alcance inmediato.

Jack guardó el boleto y la identificación en su bolsillo, y se dio la vuelta.

Puerta Cero.

Nadie en la fila.

Jack mostró su boleto al asistente de la puerta, un hombre en sus treintas parado junto al filtro de doble puerta de policarbonato pulido. El tipo ni siquiera alzó la vista para mirarlo, pues al parecer solo le interesaba la identificación y el boleto.

Sonó un pitido, y se prendió una luz verde.

La doble puerta transparente lo dejó pasar.

Jack se apresuró por el pasillo, un pasadizo que olía a humo de estiércol quemado.

Cuando abordó el avión, una azafata con una minifalda azul ceñida le mostró su asiento.

Nadie en primera clase.

Bien. Nadie que recuerde mi rostro.

Se sentó, dejó la maleta en su regazo, y miró por la ventana. El olor a estiércol continuaba siendo intenso. Jack sintió un picazón dentro de su nariz. ¿Acaso permitían fumar a bordo?

Para cuando llegaran a su destino hasta su ropa apestaría a humo de cigarro.

Pero aparentemente el avión contaba con buenos sistemas, porque tan pronto como cerraron las puertas, el olor del cigarro apestoso desapareció como por arte de magia.

El avión despegó a tiempo, ni un segundo tarde. Pero solo después de que estuvieron en el aire, Jack pudo dejar caer los hombros y relajar su mano, la cual continuaba aferrando la maleta. El ruido gris de la aeronave otorgó al brillante plan de B.J. un aura de real inmediatez. ¡Estaba sucediendo! Fiji en un día o dos. Vivirían en el Pacífico Sur como reyes, todo gracias a la genialidad de su

viejo amigo. ¿A quién se le hubiera ocurrido en robar dinero en efectivo de un banco?

Solo a B.J. "¡Iremos a un lugar donde el efectivo es poder, Jack, y compraremos cosas y nunca volveremos a trabajar en nuestras vidas! Conseguiremos bellas mujeres, una para cada uno, y viviremos felices para siempre, como en los cuentos de hadas."

Todavía no puedo gritar victoria.

Todavía le quedaba un aeropuerto más, o dos.

Nada ocurrirá.

B.J. le había entregado algunas identificaciones falsas con sus respectivas tarjetas de crédito, suficientes para sacarlo de América del Norte. En Buenos Aires, en *Transpolar Air*, utilizó efectivo, para llegar a Santiago de Chile. Su último salto sería con una tarjeta de crédito falsa para llegar a Fiji. Después de eso, le había dicho B.J., tomarían un bote. A dónde, Jack aún no lo sabía; B.J. había querido mantenerlo en secreto, lo cual por el momento no importaba.

Jack colocó la maleta debajo de su asiento después de acariciarla suavemente, con orgullo. ¡Cincuenta millones! ¡Y un mes antes no había podido permitirse un buen vino!

Ahora, con esto, viviré mi mayor sueño.

Apoyando la cabeza en la ventana ovalada, miró hacia fuera, hacia abajo.

—Adiós Chicago —murmuró—. Adiós por siempre.

Abajo caía la noche. Las sombras alargadas como si fueran gomas elásticas. Casas, edificios de hormigón, todo desaparecería muy pronto para dar paso al paraíso, a Fiji, bajo un sol ardiente y aire que no recubriría sus pulmones de hollín.

Abh, el paraíso.

El hambre lo despertó. Ni siquiera supo cuándo cayó dormido. La maleta todavía estaba debajo de su asiento. La maleta. Con los cincuenta millones en efectivo. Dinero real, contante y sonante, no esa mierda digital que si alguien cometía una transgresión, lo con-

gelaban hasta saber cuánto debía pagar. Y cada cosa que uno compraba quedaba registrada, desde el color de los calzoncillos hasta el tipo de pasta dental.

Tuvo ganas de abrir el maletín para tocar el dinero, para oler lo que pronto se convertiría en realidad. Se contuvo. Más bien buscó un botón, algo para llamar la atención de una azafata. Pero ni siquiera vio con qué prender la luz sobre su cabeza. ¿Y si le entraban ganas de leer un libro? No es que tuviera uno, pero era como si los libros hubiesen desaparecido del mundo como el dinero físico con olor a libertad y anonimato.

Esperó al menos diez minutos pero ninguna azafata vino a comprobar si necesitaba algo. Entonces decidió usar sus privilegios de primera clase. Chasqueó sus dedos.

—¿Hay alguien que atienda aquí?

Como por arte de magia, apareció una azafata. Era una rubia de ojos implantados de color carbón. Vestía un uniforme azul, modelo era espacial, tan ceñido que parecía una segunda piel. Impresionante y perturbadora, esta mujer, en el sentido sexual de la palabra "perturbar".

—¿Como puedo ayudarte? —preguntó. Jack no pudo controlar sus hormonas. No pudo más que observar aquellos pechos subiendo y bajando mientras respiraba.

La azafata se inclinó con una sonrisa de dientes color blanco marfil pulido, y el acercarse hizo que su perfume envolviera a Jack.

—Tengo hambre —musitó Jack en voz quebrada porque se le había secado la boca—. ¿Te importaría traerme algo de comer? ¿Qué hay en el menú?

—Lo siento, señor Hope, pero no servimos comida en este vuelo. Sin embargo ...

Jack la miró fijamente, luego giró su cabeza hacia un lado como si no hubiese escuchado bien.

—¿No sirven comida? ¿Qué quiere decir con que no sirven comida en este vuelo? Compré un boleto en clase ejecutiva.

—No en este vuelo.

—¿Qué tipo de aerolínea es ésta? —De pronto se le ocurrió que tal vez no servían comida porque era un vuelo muy corto. Iba a preguntarle si ésta era la razón, pero la azafata dijo:

—Lo siento, señor Hope. Ojalá pudiera ser de ayuda. Pero debería haber preguntado qué tipo de servicio deseaba antes de comprar su boleto.

—¡Servicio! ¡Esto es primera clase o clase ejecutiva o como lo llamen! ¿Por qué diablos cree que pagué...? ¿Para una mejor vista?

Respiró hondo y contuvo el aire en sus pulmones. No debía llamar la atención. No quería que se acordaran de él.

—Tal vez ... —La azafata le sonrió tímidamente—. Recuerde que está volando *Information Airlines*.

Ah, carajo, ¿y ahora le iba a venir con una propaganda?

—Tal vez podría intentar mirar nuestro menú y ver qué le hubiese gustado comer.

—¿Menú? —Jack parpadeó—. ¿Comer?

—Sí —dijo— permítame que le muestre.

La azafata tocó el botón de encendido de la pantalla que se encontraba empotrada en el respaldo del asiento frente a Jack, y esta se encendió, mostrando una réplica de la Gioconda de Da Vinci en holograma 3D. Más real de lo que el propio Leonardo podría haber creado.

Frente a la Gioconda apareció flotando un signo de interrogación.

—El menú, por favor —dijo la azafata, y en la pantalla aparecieron una serie de platos en holograma tan real que a Jack se le hizo agua la boca.

—No quiero ver comida —gruñó Jack, dándose cuenta de lo que estaba pasando—. ¿De qué sirve tener un menú cuando no puedo comer?

—Señor Hope, cuando usted viaja con nuestra aerolínea, la información *es* real. Puede considerar la comida que ve como real, y disfrutarla.

No pudo dar crédito a lo que acababa de escuchar. ¿Qué estúpideces estaba hablando la muy ... la muy...?

—Haga la prueba —dijo la azafata con seriedad—. Igual ya pagó usted por el servicio.

Los implantes de color carbón hacían que sus ojos parecieran de mosca mutante. La azafata le sonrió.

—¿Algo más, señor Hope?

—No gracias.

Ella se enderezó y fue por el pasillo hacia la parte de atrás del avión.

Jack sacudió la cabeza sintiendo rabia.

¡Qué mundo tan falsificado!

Miró por la ventana para distraerse, pero afuera estaba totalmente oscuro. Todo negro. Absolutamente negro. Como si no existiese un exterior.

Tal vez las nubes escondían el firmamento que Jack sabía estaba allí.

—Debí haberle preguntado cuánto dura este vuelo —se dijo, pero ya la azafata había desaparecido detrás de la cortina que daba a clase económica.

Tiempo después, Jack se despertó. Afuera todavía estaba oscuro pero le pareció que había dormido horas.

Debe ser cerca del amanecer.

Forzó la vista pero no vio nada. Ningún gris en el horizonte. Todo negro.

Si existen agujeros negros, pensó, deben tener este aspecto.

Dejó que sus ojos descansaran en la oscuridad hasta que comenzó a impacientarse.

¿Cuánto tiempo más? ¿Acaso estamos cruzando por el polo norte y volando hacia Asia?

El precio le había parecía bastante elevado, pero como estuvo pagando en efectivo para mantener el anonimato, y su boleto fue

de primera clase, no se cuestionó. Ahora se dio cuenta que tal vez, después de todo, el vuelo era una ganga.

Comida o no comida.

Entonces notó que no escuchaba zumbido alguno, ni vibración. El avión parecía estar quieto, como clavado a un tablero negro hecho de nada más que oscuridad. Echó un vistazo a su reloj y frunció las cejas. ¿Acaso se había dañado?

Los dígitos marcaban las 00:00 horas.

Tocó el cristal con su dedo. El reloj estaba encendido, porque enseguida se prendió la luz de fondo, pero la hora seguía en las 00:00 horas. Volvió a mirar por la ventana hacia fuera, pero no había nada allí, y dentro del avión no había sonido ni sensación de movimiento alguno.

¿Acaso estoy soñando?

Cerró los ojos tratando de relajarse, de despertar de su sueño. Pero no sentía como si estuviese durmiendo.

Volvió a abrir los ojos y miró por la ventana pero esta estaba completamente negra. Era como si la hubiesen pintado de negro.

Tal vez la habían opacado. Jack supo que existía esa tecnología. Como un cristal líquido que convierte al vidrio en algo completamente opaco.

¿Para proteger a los pasajeros de la luz exterior? ¿Para permitir que duerman?

Entonces, ¿por qué no apagar la luz interior? Esta era lechosa, como si proviniera del aire mismo.

Se relajó, y tuvo que sonreír ante su propio miedo.

Tonto, la tecnología todavía te asusta.

Por eso decidió salir del mundo institucionalizado para ir a vivir en Fiji.

Donde lo real es realmente real.

Esperó diez minutos, o lo que pensó que fueron diez minutos, con una sonrisa en el rostro al recordar cuál era su destino final.

Islas de aguas tan calientes donde no te das cuenta cuándo tu pie entra en el agua.

Caliente como la orina.

Al pensar en ello, sintió que debía orinar. ¡Urgentemente!

Se desabrochó el cinturón para salir de su asiento, se puso de pie y se estiró, luego caminó hacia la división entre primera clase y clase económica donde parte de la división eran compartimentos de baños a ambos lados del pasillo. Pero al llegar vio que la puerta no era una puerta. Parecía pintada.

¿Qué diablos es esto?

Separó las cortinas pensando que tal vez las puertas estaban del lado de clase económica. Al hacerlo, encontró a la azafata rubia sentada en su cómodo asiento mirando hacia la oscuridad de la ventana con una mirada perdida.

Tocó su hombro.

Ella se movió sin sobresalto y sus implantes color carbón lo miraron.

—¿Sí? ¿Necesita algo, señor Hope?

—El baño —dijo—. No tiene puerta.

Señaló la puerta falsa a su derecha, y la letras "WC" escritas en ella a la altura de los ojos.

—Este es el baño, ¿verdad? ¿O acaso estoy equivocado?

—Es el baño —dijo ella.

—¿Seguro?

—Pues ahí lo dice. WC. *Water Closet*. No me pregunte por qué decidieron llamarlo así, pero es el baño.

—¿Cómo lo abro?

—¿Abrirlo?

—Sí. Necesito... ir a baño.

—¿Para qué?

—¡Para usarlo, pues!

—Oh, ¿para usarlo? —Ella apuntó al botón—. ¿Ve ese botón?

Encima del botón decía:

«Para usar el baño, presione este botón».

—Ah, perdón —dijo Jack. No se había percatado del botón. No estaba acostumbrado a este tipo de sistemas. Todo digital.

Presionó el botón con su índice, y se encendió una luz roja encima del botón que no había estado ahí.

Pero la puerta se mantuvo cerrada.

Jack volvió a presionar, con igual resultado. La luz se prendió pero la puerta no se abrió.

Miró a la azafata.

—No se abre —dijo.

—Perdón por la confusión —dijo la azafata—. Para nosotros todo es tan normal. Cuando vuela *Information Airlines*, la información es real.

Jack no supo qué decir. ¿Hablaba en serio? ¿Le estaba tomando el pelo?

—Cuando presiona el botón —dijo la azafata— está usando el baño.

Jack jadeó de la ira. Cerró la boca con un chasquido y estuvo a punto de insultar a la azafata. A duras penas logró contenerse.

Volvió a presionar el botón un par de veces, con fuerza, brutalmente, frustrado. Pero al mismo tiempo notó algo raro. Cada vez que presionaba, su deseo de orinar disminuía.

Cuando vuelas Information Airlines, la información es real.

¿Literalmente?

Sí. Esto lo dejó anonadado. O sea... ¿qué tipo de magia estaban utilizando?

Bueno, cualquiera que fuera, había tenido ya suficiente.

Se dio la vuelta y le gruñó a la azafata:

—¿Cuánto tiempo para que aterricemos?

Sus ojos se clavaron en los de ella.

—¿Me muestra su boleto? —pidió.

—¿Perdón?

—¿Su boleto? —dijo la azafata.

—¿Y por qué necesita mi boleto para saber cuándo llegamos?

—¿Lo tiene?

Jack sacó el boleto del bolsillo de su chaqueta y se lo dio. ¿Para qué carajo quería ver su boleto?

—Tiene tarifa de ida no más —dijo la azafata.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Trató de controlar su ira. ¿Con qué estupidez iba a salirle ahora?— ¿Qué está tratando de decirme?

—Veo que no especificó su destino cuando compró el boleto. —Ella lo miró y le extendió otra vez su boleto—. Sin destino, no puedo darle una hora de llegada.

Él le arrancó el boleto de entre los dedos. En el billete estaba escrito:

«Puerto de salida: Chicago Midway.»

«Puerto de llegada: N/A»

La hora de salida decía «1800», pero en el cuadro de hora de llegada solo había una palabra: «NINGUNO».

—¿Qué clase de broma es esta? —Él la miró—. ¿Que...?

—¿Broma? No es una broma, señor Hope. *Information Airlines* es una aerolínea muy seria. No hacemos bromas.

—Un avión no puede simplemente despegar e irse... ¡a ninguna parte!

—Mire por la ventana, señor Hope. Nada ahí afuera. Este es su destino, según lo especificado.

—¿Acaso me está...?

Pero ella le interrumpió:

—Su boleto es información, y cuando viaja con *Information Airlines*, la información *es* real, señor Hope.

FERNANDO NARANJO

(GUAYAQUIL, 1954)

Narrador, arquitecto e ilustrador. En 1979 obtuvo mención de Honor en el *Concurso Nacional "José de la Cuadra"*. Consta en la antología: 40 cuentos ecuatorianos (Guayaquil, 1997). Entre sus obras se encuentran el libro de cuentos *La era del asombro (1995)*, y *Cuídate con los coriolis de agosto (2006)*. Es también autor de la novela *Los custodios de la piedra (2018)*. Con respecto a su trabajo, la escritora Gilda Holst comenta: *"Como buen arquitecto que también es, Naranjo sabe de proyecciones y perspectivas. Asombra el porvenir con el presente y lo ilumina con imaginación, ingenio y humor. Efectos de extrañamiento, nominaciones certeras, propuestas inquietantes y buen manejo de la intriga"*.

CURRICULUM

El sujeto cruzó delante de la recepción seguido por la hermosa y distinguida holo—imagen de su secretaria—repcionista que insistía en recitar el orden de las citas de la mañana. La mujer transmitía sin recato, sin importarle que la otra mujer, en la espera, escuchara todo su repertorio de memos y llamadas.

—Creo que debe atender a esa chica de Fobos, señor —transmitió Gertrude Stein—. La pobre tiene que haberse gastado todos sus ahorros para venir personalmente a Clavius a hablar con usted. Yo no postergaría más el asunto y le daría el puesto que solicita.

—Gracias Gertrudis. Tomaré en cuenta sus recomendaciones.

—Le recuerdo que *Terraform* cuenta con dicho nombramiento para esta semana. Ha sido un poco difícil para ellos aceptar que nadie, en más de tres años, se haya interesado por la plaza de Agrimensor-Jefe una vez conocido los detalles... Así que están ilusionados con la posibilidad de llenar esa vacante.

—Gracias Gertrudis. Es usted muy eficiente y persuasiva. Me gustaría saber, por ejemplo, quién habrá esparcido el chisme de que teníamos esa candidata. Tal vez sea usted la persona indicada para convencer a *Terraform* de que nos espere un par de años más. Después de todo, terraformar todo un planeta no es cosa de dos siglos o tres.

La Stein suspiró y elevó sus inmensos ojos azules al tumbado, segura de que detrás de la monserga, su jefe estaba dispuesto a hablar con... Consultó su agenda... Ursula X. Terreros, de la Comuna de Hidropónicos del cráter Ix, de Fobos.

La imagen de la Stein desapareció antes de que su jefe traspusiera el umbral de su despacho y reapareció sonriente ante el compungido y aburrido rostro de la Terreros, en la sala de espera.

—Te va a atender querida, así que cambia ese semblante, ponte guapa, y quien sabe, no solo halles trabajo sino compañía para esta noche. —La Stein se acercó pícaramente y añadió—: eres su tipo, querida.

La Terreros agradeció sin mucha convicción y le preguntó si le había enseñado su curriculum.

—Ni loca, mujer. ¿Quieres el puesto, o no? Ese curriculum es un atentado para cualquier aspirante. Suficiente con que tu perfil sea el exigido por *Terraform*. Recuérdalo: te he dado una mano desinteresadamente, te lo juro. Claro que si él se empeña en leerlo no me quedará más remedio que pasárselo, así que suerte, querida.

—Gracias —musitó la Terreros, que tuvo que esperar diez minutos más antes de ser invitada al despacho de Servian Douglas, departamento de Recursos Humanos de Colocaciones Planetarias.

Servian Douglas era un ejecutivo joven y dinámico, de unos treinta y cinco años. Miró apreciativamente la silueta desenfadada y casual de la Terreros, y con una leve inclinación de cabeza y un ademán la invitó a sentarse.

—No cabe la menor duda de que enfrente a una persona tenaz —suspiró el Douglas—. Pero antes de que se acomode, señorita Terreros, permítame darle a conocer una información que, como verá, nunca adjuntamos en la solicitud de los aspirantes más recientes. El proyecto marciano de terra-formación, literalmente magnífico y ambicioso, muy manoseado políticamente en los últimos cien años, desde que se diera el episodio de la independencia evaliana, ha tropezado con la dificultad más grave que se pueda imaginar. A pesar de los salarios y beneficios, nadie quiere saber de ir al planeta rojo a encargarse de los estudios de prefactibilidad. Nos parece sorprendente que usted insista con tanta necesidad.

La Terreros ignoró el denuesto. Tranquila, imperturbable, esperó que el otro reanudara su perorata:

—Necedad, señorita Terreros. Aunque le parezca descortés el término. La compañía que represento cometió un error gravísimo al negarle el cargo, así de plano y sin explicaciones. Es un error que debemos enmendar, pero no se haga ilusiones. La trayectoria de la empresa es un activo que no lo vamos a derrochar. Eso, en buen romance, quiere decir que preferimos perder un cliente como *Terraform*, antes que recomendar un funcionario inútil.

El Douglas calló, tratando de calibrar el peso de sus palabras, pero la mujer, que se apoyaba deliciosamente en su muslo izquierdo, simplemente giró la postura, levantó el mentón y esperó que el Douglas continuara.

—Comprenderá que cuando usted nos escribió... Disculpe, ¿todos son iguales en Fobos? Quiero decir, ¿propensos a escribir a mano y en papel de arroz?

—Aquello no es papel de arroz, señor Douglas. —Explicó la Terreros con voz glacial e impaciente—: Eso que sostiene en su mano es papiro. Papiro egipcio auténtico.

Servian Douglas se mostró sorprendido. Se levantó de su asiento, caminó hacia la chica, se apoyó en el filo del escritorio, blandió el documento con falsa petulancia y preguntó intrigado:

—¿Me quiere decir que esto es un papel que tiene como cuatro mil años?

—Cinco mil doscientos nueve años con tres meses y no sé cuántos días —informó la mujer. El Douglas tornó serio su mirar y preguntó si deseaba servirse algo. Tal vez un café.

—¿Me va a dar el puesto, o no? —Exigió la mujer.

El Douglas aprovechó el exabrupto de impaciencia de la mujer para reorganizar sus defensas y pasar al ataque definitivo. Volvió a blandir los papiros de la Terreros y, con voz presuntamente compungida, le dijo:

—¿Qué pretende con este cuento de los papiros? Supongo que no estará pensando en tomarme por un idiota. ¡Ay, señorita Terreros! —se lamentó el Douglas— me temo que nuestra conversación ha terminado. Mucho le agradeceré que salga de este despacho.

La mujer se puso de pie de inmediato, recogió su cartera y sus cartapacios (llenos de papiros) y, con toda serenidad, explicó al Douglas los otros motivos de su estancia en Clavius:

—Si estoy aquí en la Luna, no es solo para persuadir a su excelencia de ser la persona indicada para el puesto de *Terraform*. Estoy aquí, en Clavius, atendiendo a una llamada del gran jurado que dirime el juicio que por negligencia interpuse a *Cronotavel*. Esto de los juicios, señor, y andar entre fiscales y asesores, entre réplicas y contra réplicas y careos, me ha cambiado la vida de una manera deplorable. Por esa razón me llevo conmigo la grabación de sus palabras en las que, entre otras cosas, me llama mentirosa y que estoy haciendo uso de engaños para lograr un trabajo. Piense bien lo que hace, señor Douglas, a estas alturas verme involucrada en otro proceso legal, esta vez contra su venturosa compañía de colocaciones, es como una raya más al tigre. La Organización Intermundial del Trabajo estará muy gustosa en asesorarme.

—¡Y eso se llama chantaje! —gritó una voz a sus espaldas.

Era la Stein, quien volvía con su cuerpo real a ocupar el puesto del Douglas, a quien echó con un gesto de impaciencia. Con la misma impaciencia explicó someramente a la Terreros que no se extrañara, que era una norma en Colocaciones Planetarias la alterabilidad forzosa, y que ahora el Douglas tendría que esperar una metedura de pata de ella para retomar el despacho.

—En todo caso soy yo la que estoy al frente de este despacho, pero es para pedirle que se retire, señorita Terreros. En eso mi colega no falló, así que gracias y hasta luego. Nosotros también tenemos grabado el momento de su chantaje y nos encargaremos de que su delito la deje fuera del campo laboral por una buena temporada.

La Terreros se rio de buena gana.

—¿Y le dijo al señor Douglas lo de mi curriculum?

—Señorita Terreros... A ver a ver —volvió el Douglas, envalentonado—. Veamos lo breves que son las alegrías en estos mundos de Dios —sentenció con regocijo—. Así que por alguna causa aún

desconocida usted, señorita Gertrudis Stein, ocultó información vital destinada a proporcionar (nos, a la agencia y a nuestro cliente) una idea cabal del perfil de la aspirante. Tal vez, en su alocada ambición, pensó que yo iba a darle el puesto a la aquí presente sin aceptar todas las formalidades, y así usted no solo me echaba del puesto invocando la alternabilidad forzosa, sino que me echaba del mundo laboral por el siguiente lustro, sin la menor esperanza de remisión. Increíble, Gertrudis. Increíble. Magnífica ocasión para demostrarle cómo se puede ser magnánimo: no informaré a la junta de mis sospechas, ¡pero quiero ese curriculum aquí, ahora mismo! —Gritó el Douglas.

La Stein, con lágrimas de soberbia inundando sus enormemente voraces ojos azules y glaucos, preguntó al Douglas si aquello era necesario, en verdad. Este, colorado de la indignación, profirió un escueto Sí.

—Es que ella —se explicó la Stein, señalando a la Terreros—, mandó papeles, señor. ¿Entiende? Y no tenemos un mobiliario o archivador, o qué sé yo, como para esos enseres; y no sé dónde lo habré puesto. En cuanto a su perfil...

—Ya veremos su perfil, Gertrudis, ahora tráigame ese informe.

La Stein se retiró llorosa del despacho. El Douglas estaba azorado mientras la Terreros meditaba divertida. “Esto no es un chiste”, quiso decir el Douglas pero la mirada de la Terreros lo disuadió de hablar. En eso entró nuevamente la Stein, que extrajo de su cartapacio una solitaria y casi vacía hoja de papiro.

El Douglas, aun tenso, pidió disculpas a la Terreros por la escena que le tocó presenciar y de inmediato reprodujo en un monitor de pared el curriculum de la aspirante.

Año: 2604

Compañía: Decoración Egipciaca en Joint Venture con Cronotruvel.

Detalle: Acopio de información de los estilos de la III Dinastía, período del faraón Zozer, Reino Antiguo.

Actividades colaterales realizadas: Agrimensura y Cartografía y Construcción de canales de riego.

Partida: 14 de marzo de 2604, 0900 horas.

Retorno: 14 de marzo de 2604, 0915 horas.

Año: 2605

Compañía: Regio Marineris Co. en Joint Venture con Cronotruvel.

Detalle: Acopio de información hidráulica de acueductos romanos y símiles.

Partida: 1 de abril de 2605, 0900 horas.

Retorno: 1 de abril de 2605, 1700 horas.

El Douglas examinó intrigado el escueto informe y dio a entender que comprendía lo de los papiros.

—¿Pero por qué los trajo? Me da la impresión que sólo fue a Egipto a buscar papeles —comentó perplejo.

—¿Puedo sentarme, de nuevo? —preguntó la Terreros—.

—¡Por favor! —dijo el Douglas.

La Terreros se aclaró la voz y le pidió paciencia al Douglas porque lo que le iba a contar era extenso. El Douglas se acomodó entonces en su sillón y se permitió el arbitrio de llamar a la Stein para que escuchara. La Terreros contó:

—Al momento de mi aplicación, temí que un informe tan escueto —y señaló el monitor que conservaba la imagen de su curriculum— constituiría una fuente insalvable de reparos de parte vuestra. Presentí que mis aspiraciones se verían represadas por un dique injusto de prejuicios. Más, persistí porque tengo, como todo el mundo, necesidades básicas que satisfacer. No había cómo falsear datos, además yo estaba segura de que mi experiencia era tan vasta, que decidí llenar mi aplicación de una manera exótica, por decirlo de algún modo. Así que envié mi curriculum en papiro egipcio y escrito de mi puño y letra. Pensé que aquello sería suficiente para despertar la curiosidad del más zonzo y que ya me lla-

marían para que explicara, personalmente, el verdadero alcance de mi experiencia que, según el curriculum, sería de unas cuantas horas. Cuál no sería mi sorpresa cuando me responden diciéndome que mi solicitud fue rechazada.

“Entonces mandé una carta, y otra y otra, las mismas que usted agitó en mi cara y que le hizo recordar las extravagancias de mis paisanos de Ix.

—He leído las cartas, señorita Terreros. Y me fue difícil descifrar su kaligraphos pues, ahora lo veo claro, sus rasgos poseen ese estilo hierático —el Douglas parecía encantado de exponer sus conocimientos—, propio de los antiguos sacerdotes del faraón. También entiendo de esas cosas...

—No se esfuerce —replicó la Terreros con indiferencia—. Yo no lo he tomado a usted por un ignorante. Todo lo contrario, creo que aceptó darme la cita, por curiosidad, que es virtud de gente sabia.

—Prosiga dijo el Douglas —sin saber si había sido halagado o insultado nuevamente.

—El puesto vacante precisa de un individuo cuyo perfil profesional implique por lo menos tres especialidades vinculadas con el proyecto de *Terraform*: geodesia cartográfica, hidráulica elemental y planificación laboral. Son destrezas que reuní gracias a los trabajos que me asignó *Cronotavel* hace como tres años, según sus cuentas.

—¿Qué quiere decir?

—Mire el curriculum. Yo había realizado estudios de diseño e historia del arte, era una linda jovencita de 20 años, cuando me propusieron que viajara a la época de la III dinastía a compilar datos sobre decoración egipcia.

“Resulta que *Cronotavel* incumplió muchas de las obligaciones del contrato que nos vinculaba, enviándome sin un señuelo radioactivo seguro para rastreo. Figúrese: ¡me encontraron después de tres años de mis años!, y eso gracias a que me las ingení —a riesgo de mi muy preciada vida— para estimular las pilas atómicas

de mi rastreador con sales de pecblenda, que tuve que buscar en Tarsis, en la Hispania, miles de millas al nor-oeste de mi sitio de recuperación. ¿Por qué en Tarsis? Simplemente porque era uno de los sitios que, según mis clases de historia de la secundaria, tenía depósitos de uranio. De haber sabido de otros más próximos no me hubiese tardado tanto en volver. Nadie sabe lo que pasé para poder llegar hasta esas tierras en una época donde la navegación por el Mediterráneo era cosa de locos.

“Para remate, no sé si fue debido al baño de uranio, o al efecto inverso-crono, se veló el registro de los vídeos que no solo daban fe de mi permanencia en la tierra del Nilo, sino que se perdió todo vestigio de mi experiencia como topógrafo y agrimensor en el reinado de Zozer. Sólo pude rescatar algunos de mis apuntes personales y dibujos, ambos sobre papiros. Al volver los copié, y lavé los papiros para usarlos de una manera más lucrativa.

“Egipto, en muchos sentidos, era siniestro y fenomenal. Trabé amistad con esa especie de sabios itinerantes que frecuentaban las tierras de la media luna fértil, y que vendían su ciencia y conocimientos a sabiendas de que podían pasar rápidamente del favor a la desgracia. Sin querer me vi involucrada con un sabio caldeo llamado EnkiTau, experto en mediciones astronómicas exigidas por los arquitectos del faraón para emplazar sus mastabas. El caldeo era de Ur, de los adoradores de la Luna, pero tenía tal fijación por Horus, “el rojo” —que era como los egipcios llamaban a Marte— que, al darse cuenta de mis habilidades —yo recordaba muy bien la geometría euclidiana—, me encargó las tareas de agrimensura, nivelación y trazado de canales de riego y drenaje, en los valles del Nilo; mientras tanto él hacía sus mapas estelares, sin más ayuda que el de un cilindro hueco desprovisto de lentes, y sin más consultas que sus cilindros tallados de la época Sumeria.

“Así fue como la topografía entró a mi vida, haciendo uso del paralaje, del balizado y de la simple observación. Ahora todo eso es una bufonada. Tienes no sé cuántos satélites encima de tu cabeza, que son los que realmente hacen el trabajo, y solo tienes que moni-

torear las estaciones en tierra y monografiar los hitos, y punto. No sé, realmente, cómo puede ser que el puesto no tenga más aspirantes.

—Supongo que es por tiempo —comentó el Douglas, vivamente interesado en el relato de la Terreros. Ocasionalmente miraba a la Stein, que esquivaba su mirada con resentimiento. Luego añadió—: El contrato es de carácter indisoluble, y nadie quiere pasar diez o quince años haciendo lo que usted dice, monitoreando en Marte, embutido en su escafandra y huyéndole a las tormentas de polvo. Solo una vez terminada la cartografía, el contratista puede marcharse del planeta y dar por terminada su relación de trabajo.

—Ah, pero la paga...

—Oh, sí. Es fenomenal —reconoció—. Bueno. Supongo que deberá hacer una prueba ante *Terraform*, ya que no hay, como usted dice, respaldo que de fe de su experiencia... Todo eso se puede refrendar o refrescar con hipnopedia, si es que está tan interesada...

—Así es.

—La otra especialidad tiene que ver con el transporte acuífero.

—Usted, hace poco, me llamó necia. No está lejos de la razón. Como comprenderá, después de mi ridícula desaparición en Egipto, mi temor de involucrarme en otra misión en el pasado estaba plenamente justificado; pero si vosotros no creéis en la mala suerte, de qué otro modo podríais interpretar lo que me pasó cuando entré a trabajar para Regio Marineris Co., rival de *Terraform*, en su ambicioso proyecto de regar una cuenca marciana a base de permafrost. Y a quién, ¡por todos los soles!, a quién se le ocurrió que la información relativa de los métodos constructivos de acueductos en la época proto—cristiana era vital para su proyecto. Yo no sabía dónde esconderme cuando la compañía consultó con *Cronotras* que recomendó, como era de suponer, a su servidora.

“Los mandé al diablo, naturalmente. Pero su oferta fue más poderosa que mis viejos rencores. Así que marché, llena de temor, a

la época augusta. Estuve pues, en las Galias, otra vez en Tarsis — 2700 años después de mi viaje a Egipto—, y viajé por la Palestina y por la Idumea, en el cuerno inferior del Valle Fértil; pasé por Alejandría y Damasco, y residí en la Provincia Romana y en la caduca Esparta de los Helenos. En Alejandría, mire usted qué suerte, al visitar la biblioteca encontré unos papiros escritos en cuneiforme caldeo, ¡con mis ilustraciones! Eran textos de Enki'Tau...

—Sobre Marte —acotó el Douglas, satisfecho de su agudeza—. Su relato me parece apasionante. Pero, ¿por qué visitó tantos lugares?

—Documéntese. Vea los apéndices sobre Obras Antiguas de Regadío, en la Biblioteca General de las Naciones-que-Sobrevivieron: todos esos lugares eran famosos por sus sistemas de almacenamiento y control de aguas. Vi retretes de gravedad en la ciudadela de Masada, Judea, los famosos *gimnasia* de Atenas, el Aqua Claudia, en Roma, y trabajé en el acueducto más prodigioso, el de tres pisos que queda en Nimes, cerca del Ródano; consulté códices interminables en Alejandría, placas de barro y papiros polvosos... De modo que tanto mi participación en obra, como la documentación relativa a los acueductos fueron satisfactorias. Los de **Cronotavel**, por su parte, volvieron a las estupideces de siempre. Cuando hube completado mi conscripción civil, luego de 4 largos años de arduo trabajo, resulta que en la fecha y coordenadas acordadas para mi recuperación, no me recogieron. Esperé, meses y meses, cuando me di de bruces con las primeras persecuciones cristianas. ¡Me condenaron a 3 años en galeras!... Que se convirtieron en 4, como prófuga en las regiones de la Gran Persia.

“Ya ni recuerdo cómo fue que me hice escuchar por esos inep-tos de **Cronotavel** para que me devolvieran a mi época. Con mi juventud, perder 3 años de mi vida en Egipto, era un accidente comprensible y hasta disculpable; ¡pero perder 8 años, y ser devuelta al mismo instante en que salí, fue conmocionante! Claro que **Cronotavel** establece en las cláusulas del contrato, que el viajero tiene la opción de volver al instante de su partida, o sumar el tiem-

po que ha durado su permanencia en el pasado; pero qué podía hacer en un mundo 8 años después. Además, por experiencia, *Cronotavel* dice todo eso como formalidad contractual, nada más, pues la información, objeto de mi viaje, ¡era de utilidad instantánea! Pero allí es cuando nadie mira la otra cara del satélite: la familia, mis sobrinos, ¡mi novio —figuraos— estaba desconsolado! ¿Y yo?, no sólo que me sentía como su hermana mayor; era, ni más ni menos su niñera, su institutriz.

“No tenéis idea de lo que es perderse en el pasado como mujer. En Egipto, para trabajar y pasar por decorador de palacio, tuve que disfrazarme de hombre, tuve que raparme el cráneo y, para justificar el blusón con el que me cubrí el busto, ¡me induje un eczema cutáneo! No tenía más salida. Y en la era de los romanos no me fue mejor: ¡fue sencillamente aterrador! Lo más duro de resistir, sin embargo, no residía ni en la intolerancia romana o judía, en el salvaje pasado —como diría el poeta—, sino dentro de mí: esta vez mi naturaleza sexual pedía a gritos una cópula, cuyos efectos ni mi novio ni *Cronotavel* estaban dispuestos a aceptar: “Ni hijos, ni marido”, dicen las formas de esta compañía, ¡cuyo monopolio transtemporal debe terminar de una vez por todas! Para colmo, surgieron los primeros cristianos, cuya predicación me puso a tambalear entre mis deseos concupiscentes y el temor hacia un Dios casto y represivo; y para colmo de los colmos me agarraron de nuevo y otra vez me condenaron a galeras.

“Seduje a un centurión, soborné a un judío, y “renegué” de mi pasado pecador ante un cristiano, figuraos. Todo para evadir las patrullas que, como lobos feroces, lanzaron tras de mí los oficiales romanos que, descubierto mi disfraz, ya se solazaban con violarme en su galera mediterránea.

“¿Sirvió de algo mi viaje al Imperio Romano? No. Mil veces NO, y todo porque el sujeto antojado de conocer la sapiencia romana de los acueductos, descubrió que debía incorporar un calentador permanente a lo largo del ducto para derretir el permafrost, incluir una suerte de floculador que separara el agua de las calizas y

otros minerales, y adecuar los cálculos hidráulicos a la gravedad marciana. En todo caso, los vídeos de la investigación nunca fueron reportados como de utilidad y, a pesar de las indagaciones personales y de la solicitud de copias cursadas a *Cronotrail*, estos han sido incapaces de responder, por lo menos con una excusa, a mis requerimientos.

“Si a *Terraform* le interesa la explotación acuífera ha de ser porque no está muy dispuesta a gastar en grandes provisiones de agua, y espera que el que tome el contrato de la cartografía sea autosuficiente al respecto, y que haga agricultura de subsistencia como lo hacen las estaciones actuales. Dígales que no me preocupa.

“Con respecto a la tercera especialidad, que implica poseer conocimientos de práctica laboral, que más podéis pedir. Claro que, por andar perdida en el tiempo, no he podido actualizar mis créditos para una maestría, pero ¿no pesa más, acaso, el haber vivido y trabajado entre esclavos y libertos?

—Bueno, tiene razón —dijo el Douglas, mirando de reojo a la Stein. Solo queda un obstáculo, y es que *Terraform* exige que la vacante sea ocupada por un ciudadano de, por lo menos, treinta años

—Tengo treinta y cuatro...

—Biológicamente. Técnicamente, legalmente digamos, sólo tiene veintidós

—Qué decepcionantes que son ustedes, válgame Dios. Cuando salga del planeta rojo tendré cuarenta y tantos. ¿Usted cree que entonces me va a observar como lo hace ahora, transparentándome la entrepierna con su lascivia de muchacho pajero? Ahora va a argumentar, ya me parece escucharlo, que la gravedad marciana me va a romper los huesos ¿a mí?, que he vivido once años de mi vida, señor, once años en gravedad terrestre. Usted no tiene la más puta idea de lo que es eso, así haya sido criado en centrífugos G1.

—Está bien, señorita Terreros, cálmese. Le pido disculpas. En este mismo instante cursaré la transmisión de esta conversación a

los directivos de *Terraform*, y les consultaré su opinión. Déjenos su clave planetaria y le enviaremos la respuesta hoy mismo. La acompaño a la salida.

El Douglas, muy cortés y circunspecto acompañó a la Terreros hacia la espera donde la despidió con un beso en la mejilla.

Al volver al despacho la Stein estaba radiante.

—Lo lograste, Servian, querido. Al fin.

—No seas modesta Gertrudis, lo logramos. Tal vez no debimos esforzarnos tanto, esa chica sí que quiere ir a Marte. Debe estar loca.

Un año después Ursula terreros, de la Comuna de Hidropónicos del cráter Ix, de Fobos, al mando de una cuadrilla de 200 topógrafos y asistentes, aparte de un exobiólogo amigo, descendía en la estación Alfa de la planicie Hellas. El tiempo estaba calmado y no se vislumbraban tormentas de arena. Pidió a uno de sus transportistas que tomara provisiones para una semana y, con Ortega, el exobiólogo, se dirigió hacia el sitio de turismo conocido como el de la Pseudo Pirámide. Llegaron al parador entrada la noche, mientras en lo alto del cielo marciano se veía el sistema Tierra—Luna brillando con esplendor.

—Será mejor que descanse, cabo —dijo la Terreros al piloto. El hombre se dispuso obedientemente a dormir, mientras el exobiólogo sacaba sus aparatos del vehículo. La mujer se enfundó en la escafandra y salieron ambos al ambiente marciano. Calaron sus aparatos de medición, los apuntaron a la Tierra, hicieron varias triangulaciones de prueba hasta que, satisfechos con lo observado, volvieron al parador. Durmieron juntos, rogando que el piloto no despertara con sus estertores amorosos, y ya por la mañana salieron hacia la Pseudo Pirámide. Era un promontorio rocoso sin la menor arista geométrica, pero era el sitio del papiro de EnkiTau. En ese instante arrojaba su sombra rojiza sobre la pareja. La Terreros emplazó justo sobre los telescopios de los teodolitos unos pe-

queños láseres de corte y abrió fuego simultáneamente. El calor convergente arañó la cubierta pétrea, tal como estaba escrito que sucedería en el papiro del caldeo. Allí, en el interior de la Pseudo Pirámide, entre otras tantas maravillas que ya los sabios se encargarían de desentrañar, estaba toda la cartografía marciana.

La Terreros se tomó su tiempo e hizo las verificaciones de rigor, que le tomaron tres meses. Tradujo sus hallazgos a un software convencional y volvió a Clavius. Presentó a *Terraform* sus mapas, cobró su fortuna y dicen que ahora vive como una faraona.

SOLANGE RODRÍGUEZ PAPPE

(GUAYAQUIL, 1976)

Catedrática y escritora ecuatoriana. Realizó sus estudios superiores en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, donde obtuvo el título de Licenciada en Literatura y compartió clases con escritores como María Fernanda Ampuero, Luis Carlos Mussó, entre otros. Posteriormente realizó un masterado en literatura hispanoamericana en la Universidad Andina Simón Bolívar. Publicó su primer libro de relatos, *Tinta sangre (2000)* bajo la editorial *Gato Tuerto*. A esta obra le siguieron *Dracofilia (2005)* y *El lugar de las apariciones (2007)*. Su libro *Balas perdidas* ganó en 2010 el *Premio Joaquín Gallegos Lara* al mejor libro de cuentos del año, otorgado por el Municipio de Quito, y el segundo lugar en el *Premio Pichincha de Cuento*. En 2018 ganó una mención de honor en el *Concurso Nacional de Literatura de la Casa de la Cultura Ecuatoriana* con su libro de cuentos *La primera vez que vi un fantasma*. El libro fue publicado por la editorial española *Candaya* y reúne 15 cuentos en que se entremezclan la nostalgia y la desesperanza. El libro ganó también una mención de honor en la edición de 2019 del *Premio Joaquín Gallegos Lara*.

UNA LUZ INOLVIDABLE

Para Alicia Yáñez

Diciembre estuvo lleno de una racha de matrimonios inesperados, uno detrás de otro; ahora que finalmente el tema de la visa no es un problema para moverse entre países y todo el mundo agarra sus maletas y se va adonde quiere irse, no me acostumbro a esta nueva geografía en la que cada cuadra tiene un letrero de *Se alquila* o *Se vende*. Lo que conocíamos se va modificando de poco en poco. Y ni contarte lo que pasa si vives en el Centro-Norte donde las casas son una monstruosidad de enormes en comparación con los cajoncitos parecidos a tumbas donde se vive ahora para economizar espacio. Siguiendo esa corriente que nos pide economizar, he dejado cerrada la villa en la ciudad y me he trasladado, junto con mi hija, a la casa de la costa donde tengo tres perros y un montón de plantas, como toda buena mujer de cierta edad. El problema de las playas será siempre la gente. Allí se concentran las peregrinaciones de las sectas de suicidas que tiene crisis de fe, se van a meter al mar y no sale más. Todo lo que has leído acerca del tema no se acerca ni remotamente a la realidad.

Y yo, la tonta que debe poner orden en la vida de todo el mundo, tengo que ver qué hago luego con esos objetos muertos que dejan botados en los alrededores de la casa. En el mejor de los casos los cambio por comida, y en otros, los voy arrumando en un baldío donde parece que aconteció un accidente estelar y que las cosas de los colonos que se iban a vivir a otro planeta se transfor-

maron en basura espacial. Hay vertederos por todos lados. La tierra se dio cuenta de que está repleta de cosas que ya no necesita.

Pero bueno, nena, felicidades por tu boda. Nosotras, que hemos visto pasar los tiempos: de la taquigrafía a la máquina de escribir; del disco flexible a las memorias portátiles; de la transferencia mental hasta la democracia del conocimiento, necesitábamos ser felices. Tú me dices que de donde vienes más bien todo ha sido menos brutal porque los machos se mataron en las guerras primigenias, pero, de todas maneras, tuvieron muchos líos de sobrepoblación porque las venusinas eran románticas y les gustaba pasar embarazadas, y por eso tuvieron que mandarse a cambiar al espacio en cuanto averiguaron cómo.

Pues bueno, acá, a inicios del siglo XXI también tuvimos mucha gente que sobraba, pero los virus y el mal clima hicieron parte de la tarea de exterminio. Lo lindo es que quedaron los animales y una podía abrir una ventana y ver pasar corriendo a los ciervos como si fuesen palomas. Una cosa preciosa. Ya transcurrido ese tiempo lleno de emergencias, todo se calmó bastante y pudimos pensar en cosas esenciales, como el amor. Yo tengo setenta y seis años, nena, pero no por eso he dejado de tener necesidades. Si estoy sola no es mi culpa, he sido de las más fuertes de mi especie.

Pero como te iba diciendo, guapa, en diciembre todas se casaron. La gorda Lorna, la flaca Nancy y esta criatura Estuarda que no era mucho de nuestro grupo porque no se esforzaba, estaba empezado a quedarse calva y se negaba a ponerse las inyecciones que te hace crecer el pelo porque dizque era de esa religión nueva de los arcaístas, todo natural y ya puedes tener una idea de cómo se veía la pobre, claramente no como el resto de nosotras. La novedad la trajo justamente Estuarda, tan tradicional y todo, fue la primera en inquietarnos con el tema de las relaciones inter especie. Su agente de viajes le había dicho que en otros planetas había oportunidades de conocer gente.

Bueno, gente es un decir. Ya nosotras habíamos pasado por senegaleses, finlandeses, rumanos, hasta yo lo había intentado con

una muchacha de Argelia, dulcísima; tenía la piel prieta y dura como tocar caucho, pero en la boca no, su boca era de seda; los besos de las mujeres son suaves y líquidos. En cuanto nos tocábamos, ella era un río, fluía y fluía; querida, a estas alturas de mi vida, yo no iba a aprender a nadar. La dejé porque me pidió que trajera a la casa a toda su familia desde África. La verdad, si todo fallaba, con las muchachas estábamos ahorrando para comprar un autómatas bien dotado y prestárnoslo por turnos como hacían las polígamas con sus maridos, pero aún teníamos esperanzas de encontrar algo parecido a un noviazgo tradicional. Entonces supimos de esa posibilidad de empezar a tener citas con extraterrestres.

En cuestión de meses, Estuarda se fue de viaje a Saturno a conocer a un espécimen que le recomendaron por tener compatibilidad sexual y fue un flechazo. Ella estaba encantada porque allá pesaba menos. Como es sabido los saturninos, secos y melancólicos (tal vez porque allá no hay agua, qué se yo) encontraron encantador que ella jamás dejara de tragar saliva porque eso significaba que tenía las mucosas en buen estado. En Saturno la belleza es salud. Volvió feliz, decía que él era paciente y que se tomaba su tiempo para todo. Nosotras inmediatamente le preguntamos si estaba bien armado, ¿me entiendes?, y nos dijo algo que nos decepcionó tanto. Los saturninos tenían orgasmos mientras dormían. Los cuerpos se tendían uno al lado del otro mientras descansaban en unos catres incómodos y entonces ella allí sentía una emoción que le congestionaba el botoncito ese en medio de las piernas y se despertaba gritando y el saturnino estaba tan feliz con su expresividad que le hacía lo mismo todas las noches, que allá duraban meses, sin desperdiciar energía.

¿Y cómo podría compararse ese derroche erótico con los sudores de un hombre de la tierra? Han quedado debilitados por tantas enfermedades y en los encuentros se desgastan mucho; por eso, reticentes y todo, han terminado aceptando pertenecer a relaciones múltiples con la advertencia de que el que pelea se va. Entiendo lo que me dices de las ventajas del amor comunal como un ejercicio

para templar el espíritu y no descarto probarlo algún día. Pero como te iba diciendo, Estuarda trajo al saturnino, flacucho, melancólico, un hilacho parecido a un palo al que había que mojar con una manguera cada cinco minutos. Juntos eran ridículos y a la vez preciosos. Viéndolos de novios, nos convencimos. Todas las chicas del grupo queríamos un tipo que viniera del espacio porque ese era el futuro. Entonces ese diciembre, en plena borrachera llorona en la boda de Estuarda, con mi copa de whisky en la mano, empecé a besar a todo el mundo, a cantar baladas, porque yo borracha soy un cascabel; y a vociferar: ¡Me caso!, ¡me caso otra vez con lo primero que aparezca! y al día siguiente fui a visitar a los de mi seguro médico y me compré un bono por veinte años más de vida.

No sé por qué me decidí a enredarme con un marciano si tenían tanta mala fama por ser estafadores. Tal vez porque era el planeta que estaba más cerca, aunque era muy consciente de que ese mundo siempre pasaba en guerra y vivía pendiente de a quién puede sacarle provecho. Creo que me permití enamorarme porque siempre supe que mi corazón me iba a jugar una mala pasada por ser tan sentimental. Estaban justo en ese problema de resolver las batallas que se habían desatado por la escases de agua y nadie quería quedarse en ese planeta, como nosotros hace decenas de años. Los marcianos, en diáspora, se habían vuelto las pulgas de espacio y empezaban a colarse donde se lo permitían. Otra cosa que me favorecía es que a los marcianos jamás les han gustado las hembras demasiado jóvenes. No se hacen problema por esas cosas, hembra era hembra y mientras disponían de una, las disfrutaban.

Mientras las chicas se habían esforzado por ser explícitas en lo que ofrecían en sus perfiles de citas interespecies: sus bienes, sus habilidades lingüísticas y en hacer bailes para demostrar su destreza erótica (jamás entenderé la fascinación que tiene nuestra especie con los bailes), yo conocí a Iker de otra manera. Me escribió porque quería trabajar durante un tiempo en mi casa en la playa. Hace mucho tiempo puse un anuncio del que ya me había olvidado, buscando quién se encargue de la limpieza y del jardín y me sor-

prendió que alguien lo desempolvara para contestarlo. Me llegó por correo, como en los viejos tiempos. Soy Iker Marciano, me dijo, y puedo cuidar las plantas y asear su casa a cambio de comida (Iker Marciano me pareció un nombre rudo, como Rocky Marciano) y me mandó una foto. La verdad, con sus variaciones, los marcianos guardan algunos parecidos con nuestros hombres. Iker tenía una nariz prominente ¿Habías escuchado querida que la nariz es proporcional al sexo? Con unas antenas gruesas, parecidas a la cornamenta de un carnero, pero hacia arriba con la punta deliciosamente redonda y una sonrisa, ay. Entre triste y dulce. Por vivir tanto tiempo bajo la tierra es que la piel tiene ese tono amarillo verdoso que, en algunos casos, les sienta bien, era el color de la tisis. La piel gruesa del rostro le daba una expresión entre animal e inteligente que despertó mi respeto. No era un muchacho, no tal vez era tan viejo como yo, pero se notaba que había caído en desgracia. Un marciano desafortunado que tenía todo el derecho de rehacer su vida donde el recuerdo no lo atormentara. Lejos, todo lo lejos posible de su territorio, en una nueva tierra. O al menos esa fue la historia romántica que me inventé para enamorarme.

Algo me atravesaba y me estallaba en el vientre cada vez que veía la foto de Iker. Por primera vez en mucho tiempo sentí emoción y expectativa por conocer a alguien y hasta dejé de usar los hologramas eróticos para dormir. Como te dije, amiga mía, había comprado un paquete por veinte años más de vida. ¿Qué podría yo perder si esta historia fracasaba? Le escribí llena de esperanzas sensuales inconfesables, le dije que iba a estar a prueba unas semanas. Ya estaba enterada de que las marcianas hablaban poco y tenía poca alegría, tal vez porque era una especie muy sufrida. También supe, mirando documentales, que no se besaban ni intercambiaban más fluidos de los necesarios para producir la vida. En su existencia todo se había tratado de perseguir el agua, tenerla durante un tiempo, perderla, esquivar las sondas de exploración terrícolas, ver atardeceres rocosos y ocultarse bajo la tierra; por eso, cuando el primero grupo de humanos llegó a Marte y se enloqueció por el

alto nivel de radiación y por el largo aislamiento, un grupo de marcianos, ni cortos ni perezoso, secuestró la nave y se vino a la tierra a toda velocidad. Tú no te acuerdas, nena, porque eras muy chica y naciste en plena expansión de nuestras colonias.

Entonces se iniciaron 20 años de revelaciones, aparecieron después los plutonianos y los saturninos y al final, ustedes, las feroces venusinas, y hasta llegaron de otras galaxias versiones nuestras del pasado y con toda esta conmoción, vinieron las primeras olas de suicidio; nos habíamos convertido el centro de veraneo del sistema solar, Babilonia, la grande; Ibiza en año nuevo; Acapulco en vísperas del fin del mundo.... muchos ya no querían seguir vivos en un mundo donde no existiera el misterio. Ya sabes que los hombres humanos se han enfrentado siempre a puño limpio con lo que no entienden, contra los feminismos, contra los transhumanos, contra los arcaístas, contra el período que algún periodista chistoso llamó *La cogida entre los mundos*. Para ellos, que no los prefiriéramos y eligiéramos a otras especies, ya era demasiado. ¡Plum!, cayeron como moscas.

Como te decía, fui a ver a Iker a la estación de transporte, muerta de nervios y atragantada de colágeno. Me vestí de blanco como novia porque el blanco hace que me sienta bien con la edad que tengo y mientras lo esperaba, me llamó mi hija, que no me había buscado en tres años porque su religión no se lo permitía. Muy por encima le conté de mis planes con Iker y ella, furiosa: otra vez con las mismas pendejadas mamá, me dijo. No te bastó con lo de la argelina, para aprender, y le dije que yo, como ella, tenía derecho a mis intereses y que, si era por la casa de la playa, que estaba a su nombre, pero siempre y cuando no fuera a dejarla a ninguno de esos cultos a los que se metía cada semana. Y ella, furiosa, me recordó que tuviera cuidado porque si en algo eran famosos los marcianos era por sus timos y que Iker me seduciría solo para sacar provecho. Me advirtió: mamá, ese marciano es como muchos tipos que llegan a nosotros arrepentidos para que los redimamos, lo que quiere es ir a engatusarte para tener donde vivir.

No me importa, no me importa, le grité y si me seduce estaré muy contenta. La verdad y esto te lo digo en confianza, tengo una modesta lista de amantes y qué mejor sumar especies de otros planetas. Voy escribiendo sus nombres en una libretita y pintando sus banderitas. Yo no soy frívola, es que simplemente creo que es importante tener cosas que contar

Entonces, lo vi. Me pareció un poco tieso. Vino caminando por el puente de desinfección, refulgente, casi divino; más alto que cualquier hombre que recuerde, corpulento, algo amarillo como es usual en la gente de marte. Paseó su mirada sobre mí y no me reconoció. Fue cuando lo tuve pegado a mi nariz que me dijo ¿Vera? Y gritó: Saluton, en esperanto. Con una voz de tierra, de arena, de desierto, todo lo áspero y lo seco junto para la voz de alguien que no ha pasado palabra por meses y meses. Una voz que me lubricó las articulaciones y me rejuveneció. Vera, volvió a decir y yo tuve que luchar contra mis ganas de abrazarlo y decirle como a ET, home, casa, bienvenido a casa, pedazo de cielo mío. Pero no podía tocarlo por un protocolo de seguridad y lo primero que hice fue darle un termo con agua que él bebió impudicamente haciendo subir y bajar su nuez de Adán, aunque no sé de quién sería la nuez, en su caso; y que luego se echó salvajemente sobre sí mismo. Ay amiga, no te puedo decir cómo me puse de exaltada.

Como yo no nací ayer, consideré seriamente que no fuera un jardinero de verdad, como ustedes, las venusinas que dicen que son masajistas y no; pero Iker vino cargado de herramientas que ni yo sabía cómo se llamaban y él me fue explicando a medida que las subíamos al coche: rastrillo, tijeras, desbrozadora. Mientras hablábamos para conocerlos lo más pronto posible, siempre en un esperanto malísimo, fuimos pasando por fuera de las ciudades ruinosas rumbo a la playa. Nuestra conversación, en lugar de hablar del clima, se centró en cómo a la tierra le hacía falta volver a ser el planeta verde. Iker me dijo, con su voz sin usar, que una de las cosas que más le entusiasmaba de conocer la tierra era la cantidad de agua que se veía desde arriba; así que antes de llevarlo a casa a

que duerma su siesta terapéutica de tres días, lo conduje a ver el mar.

Manejé por el filo de la costa azul donde los esqueletos de las casas inundadas exhibían sus huesos lamidos por la sal y le pedí perdón por el paisaje feo de tantos ahogados esparcidos entre las algas. Muchas sectas alentaban los ahogamientos masivos, se perdían familias enteras que se iban en lanchas, mar adentro, a practicar saltos cargados con piedras. *Sé de la muerte*, me contestó. Entonces, bajo la canícula, caminamos por la playa contemplando el antiguo mar, que siempre ha estado allí y permanecerá más que nosotros. Al poco tiempo, sobre nuestras cabezas empezaron a volar una bandada de gaviotas carnívoras acechando los cuerpos que aún no habían sido levantados, el espectáculo estaba por ponerse desagradable y le sugerí que nos fuéramos. Te confieso que me hubiera gustado tomarlo de la mano para ver qué forma tomaba nuestra sombra sobre la arena ¡Que contrastadas se veían proyectadas mi tiara y sus cuernos!

Uno de mis maridos, el australiano, al que se llevó la primera ola de la plaga, me heredó la casa de playa con petunias, girasoles, suculentas, helechos y limoneros que no he sabido cuidar, las pantas murieron casi todas, pero siempre he tenido interesados en el alquiler. Entraba y salía gente y yo monitoreaba todo el movimiento desde mi piso en la ciudad. Cuando pasaron los peores tiempos se volvió refugio para los fugitivos y los enfermos, Allí me fui a meter yo, de pura aburrida. Entonces, por primera vez en mi vida puede sentir que tenía una familia. Se cuidaban los unos a los otros y les proveía de cuanto cosa podía conseguir porque lo que se llama trabajos, trabajos, no existían, solo el intercambio. Más adelante apareció uno raro, disque piadoso, proponiendo liberarse de los pesares de la vida, los metió a todos en una barca y los convenció para que practicasen esos terribles saltos en el mar abierto. Yo no estaba allí en esos días. No lo hubiera permitido, me había ido de las playas rumbo a la ciudad para conseguir medicina y alimentos. Saltaron hasta los niños más pequeños. Por eso creo también en

nuestra miseria como especie, querida mía, lo sabes bien. Y desde entonces... ya no pienso en esas cosas. Cada quien hace su vida con la benevolencia del azar y cuando le pongo demasiada cabeza, me trago esas píldoras doradas que me ponen la piel suave y caliente y me enamoro de marcianos sin motivo alguno.

En cuanto llegó Iker, los bichos se pusieron contentos. Los perros saltaban, los gatos maullaban, era una fiesta y es raro porque dicen que los animales no pueden reconocer el olor de los extraterrestres. Me pareció curioso, pero lo tomé como una señal de buena suerte, de que había elegido al marciano correcto para traer a casa. Pero el primer desencanto llegó esa misma semana, luego de su reposo necesario, lo esperé para cenar con mi mejor vestido de estampado felino. *Ni vidu*, le expliqué, pero no se presentó. Me dejó con los crespos hechos, diciéndome que aún estaba muy cansado, pero al día siguiente muy bien que fue capaz de desherbar el jardín por la mañana, haciendo un alarde de su cuerpo fuerte, que yo contemplaba impúdica desde la ventana y por las noches se amurallaba en su cuarto excusándose por el calor y aclimatamiento. Y así, día tras día. Iker trabajaba duro podando y sembrando; bajo su mano dura y amorosa, la vida empezaba a crecer en mi patio y el deseo era una mala hierba dentro de mí.

El primer fin de semana ya no pude más con el aburrimiento y cuando atardeció toqué su puerta y lo llamé: Iker, Iker, salgamos a tomar algo en la playa que está hermosa la luna; con suerte, en el cielo podremos ver a Marte, *vidu marson*; a Venus *vidu venuson*; a Saturno *vidu saturnon*. Cuando abrió la puerta pude ver que había arreglado sus cosas prolijamente y que era ordenado, casi un monje. Ya salgo, me dijo claramente fastidiado. Se tomó su tiempo. Se puso sobrio y recio con su ropa de siempre, parecida al overol de un mecánico. Claramente no quería llamar la atención. Yo, en cambio, iba como una lora: peinado muy alto como se está usando: dos pulgadas más arriba del cráneo; traje rojo; tacones enormísimos que me hacían ver más alta que él y sobrepasando sus cuernos por una cabeza. ¡Sentí que ya lo tenía en la bolsa!

Fuimos caminando por un sendero en la playa bordeado de despojos y objetos abandonados, embelleciendo con nuestra belleza diferente ese basurero ¿Qué opinas de mi mundo, Iker? *Mia mondo*. Practiquemos un poco mi idioma. No se parece a lo que imaginé, me contestó. ¿Pero el mar vale la pena, no?. Le dije que alguna vez también intentamos conquistarlo, pero que nos venció, que sus lenguas enormes jamás nos permitieron llegar al centro. El mar tal sería nuestro último territorio por explorar porque en su barriga no nos permitió vivir, fue lo mejor. ¿Cómo es Marte, Iker? *Nigra, arida, seka*... a veces no encuentro el lenguaje, no sé suficiente. ¿Por eso hablas poco?, pregunte. También, y porque no me gusta cómo se escucha mi voz, ¿Sientes sabores, Iker? insistí ¿Sientes placer? ¿Sientes amor? ¿Deseas? ¿Extrañas? Allí vienen más suicidas, Iker, no mires, lo peor es mirarlos a los ojos y saber qué lo van a hacer. Me entristecen tanto, caminemos más rápido.

Cuando llegamos a *Estrafalaria*, un barcito que lleva decenios junto a mar, el ambiente era maravilloso. Los pequeños grupos cantaban y se reían. Justamente el tema de ese fin de semana era *El período espacial*. Sobre el escenario había una tela tachonada imitaba la vía láctea y más allá se sacudían venusinas y hombres jóvenes disfrazados como antiguos astronautas, con botas y escafandras. Pedí mi coctel favorito: Beso en la luna, me alegra todo lo que lleva gin. Iker, como siempre, lo observaba todo sin hacer comentarios, siendo solo ojos. El licor me puso eufórica. Entonces, rápidamente me saqué los zapatos y corrí hacia el entarimado junto con el resto de especies. Me sentía la reina de la noche. Junto a mí, bellas muchachas de las playas y de otros planteas se sacudían también con ritmos que podían sentirse bajo la piel. Lo llamé con la mano, pero ni trayéndolo de otro mundo, he podido dar con un macho que sepa bailar. Bailé, bailé hasta sacar el corazón por la boca. Hasta no poder dar un paso más y agotar toda la potencia de mi píldora dorada de energía. Cuando eso pasa, sencillamente, me llega de golpe todo el peso de mi edad. Y marché a gatas hasta los pies de Iker, entre aplausos y vitoreos. ¿Estás bien, Vera? Sí, Iker ¿viste cómo

bailé? Pide otro coctel, que pongan el doble de gin. No, mejor salgamos, salgamos, necesitas oxígeno.

El que había sido un plan para que nos tendiéramos a ver la luna, tuvo tanta mala suerte que llegamos a la hora de los saltos suicidas. Solo un poco más allá de *Estrafalaria*, un grupo estaba por meter su bote mar a dentro. Yo apenas tuve aliento para dejarme caer entre las palmas. Vamos a descansar y volver a *Estrafalaria*, aún es temprano. Iker, no los mires, mírame a mí. Me conoces poco, pero ¿te agrado? ¿me quieres?

Ese fue un momento terrible, amiga mía, Iker me preguntó por qué obligaban también a saltar a los niños. Ya no son tantos humanos, bien pudieran cuidar mejor esas vidas. ¡Savu la vivon! Les gritó furioso. No pude detenerlo, no tenía fuerzas. Iker, desmesurado, se fue hasta el grupo de los suicidas y los encaró, les jaloneó a los cinco niños famélicos y casi calvos que mordían sus propias manos buscando alimentarse. Habló con empujones y con gritos, como un animal. Ahora vienen los marcianos a decirnos cómo debemos vivir nuestra vida, dijo la madre flaca que dejaba en la arena la huella tinta de sus pies ensangrentados. El resto de los suicidas del pequeño grupo también se enfureció. Le dijeron que era un parásito del espacio, un oportunista. No sé si Iker les entendía. Entre todos lo golpearon hasta dejarlo tendido en la arena e intentaron arráncale los cuernos. Yo tanteaba entre mis pechos a ver si tenía por algún lado escondida alguna píldora dorada de esas que me daban vitalidad en circunstancias críticas, pero todas se habían quedado en mi habitación. Lo aturdieron a golpes, pero, por suerte, no le hicieron mucho daño porque estaban débiles por sus votos de ayuno. No se entretuvieron más con él porque se acercaba la media noche. Cargaron a los niños y lo metieron en el bote a pesar de sus gritos asustados por adentrarse en la oscuridad de mar. Sacando fuerzas, fui hasta Iker y lo abracé. No se movía, estaba tieso, sembrado en la arena. Contemplaba la escena desquiciada con ojos incrédulos. Un marciano y una vieja. Vengan con nosotros y salten, ¿No les da vergüenza ser un desperdicio? Hace

rato que deberían ya ser polvo, para qué quieren vivir y consumir recursos. Vengan con nosotros, aligeremos el peso del mundo. Nos dijeron más y más sentencias terribles hasta que se fueron perdiendo con sus voces mar adentro mientras sus niños nos seguían mirando con curiosidad y sin esperanza.

Por un buen tiempo, nos quedamos en silencio, consternados. No queríamos irnos, pero tampoco regresar. Ven Iker, le dije, pon tu cabeza entre mis senos olorosos y no le hagas caso al mundo que está de cabeza. Hemos aprendido a mirar sin ver. Observemos para arriba mejor. Nosotros tenemos una sola luna y ustedes tienen dos: Deimos y a Phobos que no brillan tanto, pero acompañan. La luna no es ojo, es el orificio de un bello cuerpo sin usar, como el que está entre mis piernas. Quien se hunda en él hasta su nervio, conocerá los secretos del universo hecho de vieja magia antigua. Si acerco tu boca a mi boca eso se llama beso, déjame guiarte para renacer, entiérrate aquí donde late y es suave.

Y querida amiga, pasó lo predecible a pesar de la tragedia que acabábamos de presenciar. Ya me había olvidado de cómo era intimar con otro cuerpo. No me interpretes mal, el placer es un camino que he recorrido de ida y vuelta, dando y recibiendo. Esto fue diferente. En la oscuridad de la playa, mientras otros se iban de este mundo, entre nosotros pasaron cosas muy bellas y consoladoras. Él se dejó de mí y por intuición macho y hembra se acoplan sin problema. Sus proporciones no me lastimaron, como temía. Primero montándolo yo, después me puse de espaldas en maromas que no puedes hacer con un androide porque los quiebras y que las proyecciones sexuales de las máquinas no insinúan ni levemente porque les falta imaginación. Digamos que Iker me permitió tocar sus cuernos suaves, pero también duros siempre con timidez y pudor, ocultándose en la oscuridad; y que yo lo consolé por su pasado que desconocía pero que lo había vuelto tan triste. Lo sané y lo volví más de terrestre y menos marciano. No fue necesario ir a las nubes para encontrar un punto medio para el sexo, nuestras estrellas estaban en la arena, bajo las palmas y en la superficie. Vi

poco su cuerpo pero lo sentí inmensamente y en mis grititos se enterraron los muertos ¿Cómo podría negarme?

Devas akcepti. Me dijo lleno de arrepentimiento después cuando tuvimos sosiego y dormitábamos. Entonces, con su lengua extraña me contó una historia, señalando al cielo. Me explicó que cuando dos se encuentran y coinciden, se crean universos. Se arman mundos en espacios que desconocemos y cuando se corrompen es que esos dos dejan de quererse. Hay tantos mundos como parejas. Todos esos astros que vemos iluminaos allá arriba son cuerpos de diferente forma e intensidad, con ritmo, refulgiendo. De la fricción de sus sexos, nace la luz.

Por unos días luminosos, todo reverdeció. El jardín era una selva con un clima caliente y aromático. No necesité píldoras ni cremas, tenía la piel fresca y la boca húmeda. Iker me regaba con sus semillas y yo lo retribuía floreciendo y fluyendo. Los días eran tomar sol en el jardín, limonadas, paseos por la playa una vez que hubieran recogido a los muertos y contarnos historias de cómo nos imaginábamos los mundos posibles que crearíamos con nuestro amor. Un mundo sin tiempo, con gente muy quieta; un mundo donde no hubiera más lenguaje que el tacto; un mundo que era creado a media que se imaginaba y se iba improvisando. Lo único que nos separaban eran las noches. Se negaba a descansar conmigo. A que lo escuchar respirar, a tener más intimidad que la que se tiene después de sudar. No me parecía posible compenetrarse y luego abandonar al amante. Quizá es que en realidad pertenezco a otros años y a otro tiempo. Cuando le insistí, me dijo que era para recordar cuál era su lugar, que él era el jardinero y yo quien lo había empleado; que aceptaba agradecido la acogida y el amor, pero que no se habituaba a tantas comodidades porque en Marte se había acostumbrado a no retener y más cosas por el estilo que en un inicio me parecieron tiernas, pero después insoportables.

Ya para las dos semanas, un domingo en que me enfriaba furiosa entre las sábanas, mientras de lejos me llegaba un perfume de mar revuelto entendí que si había decidido meter a un marciano po-

tente en casa no era para postergar intimidad ni quedarme con ganas de nada. Su voluntad terminaba donde empezaba la mía. Así que con una llave maestra fui hasta su cuarto, toqué la puerta levemente, para que no dijera que intenté sorprenderlo adrede y, querida, ¡no sabes! La que quedó pasmada fui yo. Insomne, descansando en la silla estaba Iker. Al principio me congelé porque supuse que estaba esperándome porque de alguna forma me había leído la mente, pero después sentí un baldazo de terror.

Lo de la silla no era Iker, era algo así como su traje, su piel, de lodo fresco, de tierra tierna, una carcasa delicadamente colgada como un saco de lino y sus hermosos cuernos erectos descansaban como la corona de un rey sobre la mesa de lectura donde el sistema de información se había quedado encendido transmitiendo datos de marte. Entonces, sentí un profundo asco del monstruo, del bicho infecto que estaba descasando en la cama. A que no te puedes imaginar de quién se trataba el timador. Ni más ni menos que del peor ser de la galaxia entera: Un humano, que en cuando encendí la luz se puso de pie de un salto, cubriéndose asustado con la sabana, el pequeño gusano entre sus piernas.

Sabandija, murciélago, raposa, moco. De todo le dije. Querida, yo soy Iker, tu Iker, me dijo perfectamente, en mi idioma. De Iker, solo puedes tener la voz. Mi Iker es el pellejo que está en esa silla, infeliz, mono feo. Vera querida, no quería que te enteraras así, te iba a contar, pero todo fue tan intenso, tan vital. Vengo de muy lejos, he estado por muchos años apartado del mundo. Literalmente, por estar aislado en una cárcel me salvé de los desastres y la muerte. Y cuando hubo este movimiento planetario tan intenso donde los extraterrestres empezaron a salir debajo de las rocas lunares, tuve una revelación. Esa que era mi oportunidad para volver a tener una vida, ser otro, uno mejor de que yo había sido cuando fui humano. Lamento tu decepción, Vera. Te usé, es verdad, pero solo al principio. ¿Qué me hubiera costado irme de ti una vez pisar la tierra? Esperaba que fueras una loquita o una desesperada, no sé, pero llegué y me ofreciste agua y verte fue eso,

calmar una sed despierta que no sabía que tenía... Me he levantado temprano cada día para arreglar mi indumentaria y pegar cada pedazo de ese traje en su sitio, piel contra láminas de sodio y níquel, y me he acostado tarde por estudiar sobre cómo han hecho para sobrevivir las criaturas marcianas en esa tierra roja qué comen, qué necesitan. Tú siempre haces tantas preguntas sobre mi pasado y yo no sé qué decirte. Era aún más difícil cuando te hacía el amor y me provocaba arrancarme la cubierta de minerales y las prótesis que me aumentaba dimensiones. Y tocarte bien. Pero ahora puedo. Déjame quererte, seré tu compañero el tiempo que te resta, te haré crecer flores, incluso las subterráneas que sé que existen en Marte y aquí no se han cultivado. Conseguí esas semillas. Ambos nos haremos cargo del pasado del otro. También imaginé que te cansarías y que terminarías descubriendo todo lo que había inventado, pero hasta que eso llegara, tendría dónde descansar y sería agradecido. Esperaba que tu hospitalidad durara por el resto de mi vida.

Y yo lloraba con los ojos cerrados y de espaldas, porque no quería verlo. No eran esas lágrimas artificiales que nos aconsejan provocar en terapia para que luego lleguen las endorfinas y nos hagan descansar en su placer, eran lágrimas viejas e indecibles de decepciones pasadas. Quisiera decirte querida amiga mía, que entonces Iker se fue y que aprendí la lección sobre empezar relaciones con personas que no conozco en realidad y que esta es una historia moral para mujeres de más de setenta años que no quieren dormir solas; pero lo que pasó luego fue humanísimo y predecible. Yo lloraba y él me consoló como se consuelan los cuerpos. Me dio besos que primero rechacé y en los que él fue insistiendo hasta que quedamos completamente expuestos a las primeras luces. Mi cuerpo real de mamas vacunas, guindantes, con la piel excesivamente estirada sobre el esqueleto, las venas de las piernas como raíces que ascendían y todo fuera de sitio; esa que yo jamás había querido ser, estaba siendo amada. Recibía besos en las mejillas fofas que agradecía con odio y él, si yo me veía vulgar y con sobrantes, lucía también como un hombre cualquiera. Su cuerpo no era ni tan alto,

ni tan corpulento como el Iker del que me había enamorado, pero aún con esa voz sin usar que se atascaba en su garganta y con esa urgencia por complacer que da la soledad. Cogimos todo el tiempo que nuestra edad permitió sin hacernos daño y para resumirte el suceso extraordinario donde nos consolamos por ser tan ridículos, aunque ya era la mañana, viajamos al espacio.

Iker se fue en la noche en que yo me quedé sin paciencia y él sin disculpas. Como gesto de paz le ofrecí una carta de recomendación para un futuro trabajo que rechazó. Se había habituado tanto a la idea de ser un marciano que estaba considerando seriamente entrenar para volverse un colono del espacio, ahora que había llegado nuestro tiempo de expandirnos como colonia. Tenía los requisitos: sin familia, sin apegos, sin más deseos que volver a experimentar la serenidad que le habían dado sus años dorados en prisión, sano, viril. Además, estaba habituado a pasar largo tiempo sin abrir la boca. Ven conmigo, me dijo. Pero, ¿qué iba a hacer yo allá arriba? No tenía sentido que me pidiera eso, no podría yo alejarme de mis amigas, de los bichos de la playa, de mis otros amores. Me vengué. Le mostré el cuaderno donde habían escrito los nombres de mis amantes con su puntaje y sus colores y como a él lo había calificado muy bajo. También le pedí que me dejara los cuernos marcianos para mi colección. Vi cuando algo se quebró dentro de sus ojos. Aún sentía placer por mi venganza cuando salió por la puerta y los perros ladraron a su paso y le hicieron fiestas por última vez.

Si superar el primer amor de la vida es un proceso, no te puedes imaginar lo que es hacerse cargo del último. Te decía que esta no era una historia moral. Varias veces me sacaron de *Estrafalaria* intoxicada de tantos Beso en la luna y me dejaron recostada en el banco de un parque que nadie visitaba. Algunas otras no salí sola de bar, me acompañaron pescadores sin oficio, viudas de suicidas, siluetas que no recuerdo contra las que me restregaba y enlazaba mis piernas hasta encontrar consuelo. La peor vez me despertó mi hija con palmazos en la cara. Me habían recogido en la playa des-

plomada e inconsciente, pensaron que estaba muerta. La habían llamado para que me reconociera de entre una pila de cadáveres huérfanos y yo llevaba veinte horas sin despertar. Verla llorando me rompió el corazón, porque mi hija estaba irreconocible con sus manos curtidas, de uñas rotas de jugar a ser una campesina que comía lo que cultivaba. Por el sol y por la vida dura parecía tener el doble de años de los míos. ¿Qué te ha pasado, mamá? ¿Qué te ha pasado hija mía?, nos dijimos. Y nos abrazamos. Un policía aburrido nos dedicó un aplauso.

Bueno, preciosa, lamento que esta larguísima nota, en un principio iba a ser una simple felicitación por tu futura boda, no quise que se volvieran las memorias de mis últimos años de vida. Ahora, como a veces suele pasarles a los humanos cuando se quedan desamparados, mi hija vino a vivir conmigo. Es una carcelera amorosa que ha logrado sacar las flores que Iker me prometió hacer crecer. Con ella he dejado de aparentar y ando libre por la casa en bata y descalza. También he dejado las píldoras doradas. Me comunico diario con las chicas. Ellas no dejan de decir que me extrañan y que vaya a la ciudad y yo repito que reparo mis nervios con la belleza del mar y que volveré a verlas muy pronto. Yo sé que tal vez eso no suceda.

He considerado renunciar a todo. Mi hija es una de las pocas personas que conozco que tiene certezas sobre el porvenir. He pensado en ir con ella a los campos de cultivo, a vivir sencillo, a esperar la muerte y pedir que cuando suceda me pongan las cenizas en un fuego de artificio y lo hagan apuntar hasta Marte. No es por romanticismo, con lo cara que está la tierra, resulta más barato disolverse en el aire. Por ahora, mientras decido hacia dónde me conduzco, me queda el mar que es como un cielo horizontal.

Las noches marinas son preciosas y claras. Hay madrugadas en las que camino por el borde de la costa, evitando los cuerpos tirados, busco un lugar cómodo y me tiendo a ver las estrellas. Contemplo lo que puedo porque se me llenan los ojos de lágrimas y busco y busco en el firmamento hasta que doy con Marte, y te

pienso amor mío y te hablo con la mente e imagino que me recibes y que te despiertas en mitad de un sueño de hibernación y miras la luna. Las parejas que estaban distanciadas y querían estar juntas se dedicaban la luna, la misma luna de queso y hueso que fue siempre el puente por el iban y venían los enamorados. La misma que miras tú y miro yo, Iker. Me dijiste que cuando una pareja deja de amarse, una estrella se extingue. ¿Cuántos sistemas solares hemos destruido tú y yo? A este paso, vamos a dejar el cielo irreconocible. Imagino, antes de quedarme dormida cerca de los muertos, cómo habría sido la vida que tendríamos en nuestro propio planeta, si sería apasionada, si sería inteligente, si nuestros habitantes se aniquilarían los unos a los otros o si construirían poderosas civilizaciones. Lo cierto amado Iker, es que hubiera sido una tierra grandiosa. Es probable que todo este sistema del que somos solo una partícula, desaparezca cuando alguna pareja en algún lado del universo deje de amarse. Que nosotros, muy apasionados y vitalistas, como yo he intentado ser toda mi vida, explotemos como una burbuja de jabón y desde el otro lado del cosmos, alguien nos mire y nos recuerde como una luz inolvidable.

SRP. Octubre, 2020

CRISTIÁN LONDOÑO PROAÑO

(QUITO, 1973)

Escritor de ciencia ficción, fantasía y poesía. Guionista, productor y realizador audiovisual. Inventó y desarrolló el concepto de la *novela de fantasía andina*. Publicó el libro ***Entre la ciencia ficción y la fantasía (2020)***; las novelas ***Misión Antares (2019)***, ***Doce Horas (2016; 2019)***, ***El Retorno de la luz (2016)***, ***Underbreak (2015)***, ***El Tiempo Muerto (2015)***, ***Los Improductivos (2014)*** y ***El Instinto de la Luz (2011)***. Publicó los poemarios: ***Desojare y Luna de Solitarios***. Obtuvo los premios: *I Bienal de Joven Poesía Ecuatoriana Jorge Carrera Andrade* y el primer premio del *V Festival al aire libre del Municipio de Guayaquil*. Escribió y dirigió las obras de teatro: ***Amantes azules*** y ***Los Cirios Negros***. Escribió, dirigió y produjo varios documentales y series documentales como: ***Jorge Enrique Adoum: el poeta desenterrado***, ***La Belleza de Sentir*** y ***Literamanía***. En 2019 ganó la convocatoria de Script Doctors del ICCA y en el 2020 ganó la convocatoria ***Emergentes*** de IFFIC. Su web oficial es www.cristianlondonoproano.com.

LA MISIÓN DZAIR

*«¿Quemar sueños y crecer? ¿Quemarse ya?
y aquel no quería creer, que el cielo se derrumbó»*

**ANTIFUGA
TOTAL DEATH**

Estoy decidido a confesarle todo.

¿Por qué lo hago?

Porque ella me hizo descubrir cosas nuevas y supongo, que me importa.

A Maura le dije que la visitaría en su sitio de trabajo. Ella es la directora e investigadora del Jardín Botánico de Quito. Llego al lugar. Me saluda cariñosa. Nos paramos cerca de unas plantas ornamentales y los crisantemos. Son las seis de la tarde. Todos los empleados del Jardín Botánico se marcharon, cumpliendo su hora de trabajo. Miro su rostro delgado. Aguardo unos segundos. Todavía tengo una sensación incómoda de saber que debo despedirme de ella. Una sensación que no sé cómo definirla.

—¿Qué quieres contarme? —pregunta Maura, agudizando sus ojos verdes.

—Quiero confesarte algo muy importante.

—Ten confianza, cuéntame cualquier cosa —dice con la fuerza.

Respiro despacio. Anteayer supe que acabé mi misión y que debo abandonar lo que llaman: «antigua vida».

—Debo irme —digo abrupto sin contemplaciones— y quizás no vuelva.

No quiero decirle que jamás volveré. Es raro sentir que no puedo decir todo, cuando lo normal es informar «absolutamente» todo.

—Me imaginaba —dice seca Maura.

Me admira. ¿Acaso sabe toda la verdad?

—Es bueno que hayas comprendido las cosas —digo—. ¿Cómo lo supiste?

—Eres como todos los hombres —confiesa.

—No entiendes nada —digo, sintiendo cierto enojo.

—Lo entiendo —replica—. Te enamoraste de otra y me quieres dejar.

Es absurdo. No entiende nada de lo que quiero explicarle.

—No soy el ser que tú crees —digo intentando cambiar la conversación.

Palidece. Sus ojos verdes se humedecen.

—El problema es mi naturaleza —digo atropellándome en las palabras.

Mueve negativamente su cabeza como si la decepcionara.

—Sé que no eres perfecto —dice extrañada—. ¿Eres homosexual?

Me parecen absurdas las palabras. Jamás entendí como se asocia lo extraño a lo sexual.

—No, no Maura —respondo.

Abre su boca, impaciente.

—¿Entonces?

Respiro profundo. Debo decirle toda la verdad. Hay que ser fiel a mi propia naturaleza.

—No soy humano —pronuncio despacio la frase.

Maura se ríe. Yo no dije ningún chiste.

—Soy un ser etéreo, Maura —anuncio.

Se ofusca. En sus expresiones faciales se percibe un remolino de sensaciones que no se explica con claridad.

—Soy un Dzair —cuento—. Vivo en el planeta X-56 en la constelación de Escorpio, como dicen los registros humanos. No-

sotros llamamos a nuestro planeta: Nubicon. Somos seres que exploramos muchos planetas. Nos interesa la experiencia con otras razas del universo.

Maura me mira incrédula, en su posición científica, necesita algo concreto en que sustentarse.

—¿Crees que soy pendeja? —dice enojada—. Los hombres no saben que más inventarse... Ahora resulta que eres marciano.

¿Marciano? Me ofende la comparación con una raza que se extinguió hace millones de años, pero no pienso en detenerme en esos pequeños detalles.

—¿Te acuerdas cómo nos conocimos? —pregunto.

—Claro que me acuerdo —dice frunciendo la comisura de su boca—. Fue en el hospital.

Hacía un año me habían mandado de misión a la Tierra. Debía interactuar con los humanos, aprender a conocerlos y recabar información sobre una de las emociones humanas que siempre intrigaron a los científicos de Nubicon: la esperanza. Quería conocer si los efectos de la esperanza producían altos niveles energéticos en los humanos y si esa energía era un alimento apropiado para nuestra especie.

Ubiqué un sitio al azar. Mi nave me dejó en el Ecuador, así lo llamaban a esta extensión de territorio. Me pusieron en una de las calles de Quito, la capital. A unos metros estaba un sitio, que decía: «Hospital Oncológico de SOLCA». Entré en el lugar y en una de las sillas, Maura estaba sentada con unos exámenes en las manos y miraba desconsolada el suelo. Había tres mujeres más en la sala de espera. Pero, Maura era la única que me atraía con una fuerza que no lograba explicarme. Decidí que el espécimen humano que investigarí sería aquella mujer. Le saludé y le pregunté que le había pasado. Ella me contó que le habían diagnosticado cáncer de páncreas y estaba en grado avanzado. No tuve que hacer esfuerzo para entenderla, ya que mi formación científica de los humanos era avanzada y comprendía lo que le pasaba. Luego ella me contó que

era bióloga y que sabía que «científicamente» no tenía esperanza de curarse. En ese día nos hicimos amigos.

—¿Y qué tiene que ver lo que nos conocimos en todo esto? —dice Maura enojada.

—Recuerdas que te acompañaba a tus chequeos y a la quimioterapia —digo.

—Sí, fuiste muy lindo.

¿Lindo? Nunca lo fui. Sólo hacía mi investigación. Debía saber cómo se minimizaba su esperanza cada una vez que iba a la quimioterapia, luego se hacía exámenes y no se detenía el cáncer. Luego volvía a esa situación una y otra vez. Sus niveles energéticos se minimizaban y su energía se hacía tóxica. Tan tóxica que ningún Dzair podría consumirla. No niego que sentía lo que los humanos llaman: pena. Pero tenía que descubrir como esa esperanza podía aumentar su energía. Debía ayudarle y para hacerlo debía saber la naturaleza energética del cáncer. Sólo necesitaba un contacto cercano con el espécimen femenino.

—Acuérdate lo que pasó —digo.

—¿Te refieres a la curación milagrosa?

—No hubo milagro —digo—. Te conté que había escuchado en la máquina de imágenes una fuente milagrosa en la región Amazónica que curaba varias enfermedades. Me dijiste que yo creía las mentiras de los periodistas, como bióloga sabías que eso era una leyenda y no ciencia. Insistí diciéndote que el probar aquella leyenda no mancillaba tu orgullo científico. Al final de cuentas, hicimos el viaje a esa región. Llegamos por avión, alquilamos el mejor hotel y luego te llevé a la selva. Te conté que había estudiado el sitio y que seguro llegaríamos. Confiaste en mi palabra. Mientras caminábamos en la selva, me explicaste de varios nombres técnicos de las plantas e insectos y lamentaste el no traer frascos de vidrio y alcohol, para conservar y estudiarlos de cerca. Me sentí tan identificado contigo. Tenía la misma sensación cuando estaba a tu lado. Eras mi «insecto». Llegamos a la fuente milagrosa. La fuente estaba transparente, diáfana... Te burlaste diciendo que era agua y en el

mejor de los casos sin contaminación. Te dije que pensaras que sí te podía curar. Se iluminaron tus ojos. Presencí como la esperanza aumentaba tu campo energético. Bebiste el agua... En la noche, ¿te acuerdas lo que pasó?

—Claro que me acuerdo.

Yo también me acuerdo con claridad. Era una cuestión que decidí hacerla. Los científicos de Dzair habían elaborado algunas teorías al respecto y consideraban que podía haber una buena transferencia energética y esto podía aumentar su esperanza.

—Esa noche tuvimos sexo —digo entusiasmado.

—Fue algo hermoso —dice con los ojos brillantes.

—Luego del sexo, me contaste que cuando estuviste en el éxtasis, literalmente, flotaste en el ambiente y tu cuerpo sintió una conexión electromagnética de mucha fuerza. Tu dijiste que era la prueba que entre nosotros había nacido lo que los humanos llaman amor. Al siguiente día regresamos a Quito y te hiciste los exámenes. Los médicos no se explicaban cómo te habías curado del cáncer. Dijiste que el agua de la fuente milagrosa era la responsable.

En mi caso, la experiencia luego del sexo fue distinta. Había elevado los niveles de Maura, pero había probado la energía que contenía el cáncer. Y unos días después, cuando Maura volvió del Hospital de SOLCA y le dijeron que se había curado del cáncer, sentí que su energía de esperanza era pura, con buenos niveles. Pero la energía del cáncer tenía algo que a los Dzair consideramos de altos valores energéticos. Mi misión se puso en riesgo. Había venido por saber los niveles de la esperanza y había terminado probando un tipo de energía que los humanos consideraban maligna. Me llené de dudas científicas. Ahí decidí retornar a mi planeta para estudiar el fenómeno.

Miro a la mujer. Ella me dice:

—¿Qué tienes que ver la fuente milagrosa?

—El agua de la fuente no te curó.

—¿Qué?

—Fue el sexo lo que te curó. Mi energía electromagnética te limpió el cuerpo. Esa unión de un humano y un Dzair fue benéfica. No me explico cómo fue. En mi planeta había mucha teoría de que la esperanza humana podía ser un magnífico alimento. Pero me encontré con que el cáncer tenía una energía mucho más alimenticia. Un mal para humanos nos podía alimentar a los Dzair. Me dejó confundido. Por eso decidí marcharme.

Ella mueve su cabeza y sonríe.

—Es lo más loco que he escuchado —dice Maura y luego agrega irónica: —. ¿Tienes alguna prueba de lo que me dices, de que eres un ser extraterrestre y todo este cuento?

No me queda otra alternativa. No quiero hacerlo, pero no tengo otro camino. Ya terminé mi misión, registré suficiente material para lograr un buen estudio. Tomo mi traje humano y me lo quito. Me despojo de la piel humana como si me quitara una cascara. Me quedo con mi propia naturaleza. Mi figura espectral ilumina todo el Jardín Botánico. Ella se queda anonadada. Unos segundos después, reacciona. Se arrodilla y empieza a rezar.

—Nunca pensé que fueras un ángel —dice.

La levanto del suelo y la tomo con mis brazos luminosos.

—No soy un ángel, Maura.

La abrazo. En sus ojos percibo que jamás entenderá que solo soy un ser extraterrestre, un ser ávido de consumir energía humana. Vibro con intensidad. Ella cae en shock al suelo. Luego solicito que mi nave me teletransporte para empezar el viaje de regreso a mi planeta. Fin de la misión.

JORGE MIÑO

(QUITO, 1966)

Escritor y docente. Ganador de más de una decena de premios nacionales e internacionales. Autor de la novela de corte fantástico *El crayón púrpura* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2002) y dos libros de relatos de ciencia ficción: *Begonias en el campo de Marte* (Troonte Editores, 2005) e *Identidad* (Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2014). Consta en varias antologías internacionales y sus cuentos han sido traducidos a otros idiomas. Forma parte de *Qubit Nueva Antología de la Ciencia Ficción Latinoamericana*, editado por Casa de las Américas, La Habana-Cuba, 2012.

ESTAMPIDA

El viaje espacial es sin retorno. Está previsto que el Sol se convierta en poco en una enana roja y engulla a la Tierra. Ocurrió así que la desbandada terrestre fue a refugiarse en los planetas exteriores. Nuestra misión viaja hacia Gliese 581 c, un planeta que orbita la estrella Gliese 33, ubicada en la parte central de la constelación de Piscis a 20,5 años luz de la Tierra. No volveremos.

La luz que nos rebasó, era del tamaño de una pelota de golf y resultó ser una nave terrestre. Con el ánimo de aclarar los misterios de su apareamiento tuvieron la gentileza, antes de esfumarse, de arrojar en nuestro buzón un monólogo explicativo sobre su aparición: “Somos la nave Tláloc III de origen terrestre. Al acercarnos a un octavo de la velocidad luz nuestra apariencia les parecerá sobrecogedora, pero es oportuno destacar que somos un crucero de normal envergadura con cien tripulantes. Adiós”. Las especulaciones sobre su apareamiento y repentina huida fueron aclarados por la Tláloc II, que nos alcanzó después; nave algo más lenta y al tamaño de una pelota de gimnasia. Una representación holográfica de su capitana surgida, a tamaño natural, sobre la mesa del comedor en horas de la cena, arrojó nuevos pormenores. Dejé de engullir los frijoles para atender la exquisitez de sus botas, en cuero de caimán de la Florida. Enmudecí ante las piernas mejor torneadas que un alfil de ajedrez, a tono con unos muslos exquisitos engullidos por el látex de su apretada minifalda roja. Habló con anacronismo:

—No temáis terrestres. Viajamos a Gliese 33 al igual que vosotros y es para mí, junto a la tripulación que presido, motivo de orgullo alcanzar a la nave Horus, célebre en los libros de historia que registran la expansión de la raza por el Universo. En verdad os admiro. Fuisteis la primera lanzada en viaje para prospectar un exoplaneta de apariencia terrestre. Vaya que me conmueve haberos dado alcance —dijo y se levantó la blusa para dejar expuesto su pecho—. Pido, si no os incomoda, como testigo de este encuentro, estampe vuestro comandante un autógrafo en mi piel.

Ya complacida desvaneció su inquietante presencia, llevándose la nave consigo.

Por lo suscitado, eran altas las posibilidades de que aparecieran evidencias de la Tlálloc I, así que ordené amplificáramos los sensores y se montara guardia en las ventanillas. Esto dio frutos cuando, parsecs adelante, captamos una señal en el monitor sinestésico: sonidos verdosos, ácidas texturas, apestosos arpegios. A nuestras luces de contacto, respondieron ellos con una frase en imperativo:

—¡Háganse a un lado! —pronunciada como si no tuvieran a la derecha la mitad del Universo y a la izquierda la otra mitad con suficiente espacio para rebasarnos. Noté, apegado a la condición humana, que era una manera de hacernos sentir mal, dada su velocidad en relación a nuestra parsimonia. Asustados por un chirrido y zarandeo de nuestra nave, cuando pasaron muy cerca, enviamos al exterior un ojo de tantra (robot ocular para observaciones meta-cognitivas). Los infelices nos habían rayado la “carrocería” con un bajorrelieve en la imagen de una tortuga de ojos cansados que levantaba una pata para dar el siguiente paso. Pensé que la simbología era ofensiva y convoqué a la tripulación para un debate sobre su significado, lo que arrojó a las claras ser un insulto y etiquetarnos así como “lentos, pesados, torpes, pausados, flemáticos y acompañados”.

—Lirios negros. Pelusa contrapuesta. Aceite de retardo nuclear. Es posible que encontremos por delante una nave aún más lenta que nosotros y yo me encargaré de pintarle al aguafuerte, sobre su

“carrocería” un caracol. Lo prometo —postuló uno de los androides de servicio.

—Te avisaremos. Gracias.

Al dios azteca Tláloc lo representan coronado de plumas de garza y esparciendo semillas de maíz y frijol que después la lluvia hará germinar. Tláloc, el dios de la lluvia, el señor del rayo, el que hace fluir los manantiales. Oportuno el nombre con que bautizaron esta serie de naves que nos rebasaban.

—¿Existirá una Tláloc IV? —Dejé expuesto mi pensamiento en alta voz ante la mesa de reuniones y pasó un año terrestre hasta que acudió la respuesta.

Realizaba un balance sobre combustible, víveres, personal y objetivos de la misión cuando fui interrumpido en mi despacho.

—Masternauta, han tocado la puerta de la nave. ¿Debemos abrir?

La situación que me presentaban era inoportuna. Si algo se hubiese aproximado, estaría en el radar. La computadora central me confirmó que los perceptores estaban en buena forma, así que no había error. Acudí a la puerta y efectivamente, mis oídos concluyeron que alguien golpeaba.

—Es un sonido como si estuviese lloviendo afuera y alguien buscara posada.

Dispusimos el habitáculo de rigor frente a la puerta, para no perder oxígeno y abrimos. Del otro lado aparecían tres delgados hombres que usaban vaporosas telas de color verde encendido, se mostraban descalzos y tenían en el rostro los colores de la salud.

—¿Es esta la nave Horus? Inquirieron tímidamente.

—Sí y ustedes deben ser la Tláloc IV, según deduzco —me atreví a vaticinar.

—No. Lo sentimos, la Tláloc IV estalló a diez minutos de tomar pista a las estrellas.

—Lo siento. Es una fatal noticia —expresé mis condolencias.

—Nuestra nave es la Odín, también de origen terrestre. Fecha de liberación de la gravedad, el 17 210 de la Décimo tercera Era

Délfica —Giró el hombro para dejarnos ver su parche espacial cocido en el hombro. Reconocí al dios de la mitología escandinava exhibiendo los símbolos de su poder: lanza mágica y yelmo alado de oro. Odín rodeado de los cuervos Huginn (pensamiento) y Muninn (memoria), junto a los lobos Geri (ansiedad) y Freki (glotonería), que le llevan noticias de cuanto acontece en el mundo.

—Esta esfera es Gliese 581 c, nuestro objetivo común —amplió detalles, señalando en su parche la esfera azul verdosa suspendida en un negro intenso salpicado de diminutas estrellas.

—Bueno... pasen... sigan, pónganse cómodos —propuse y ordené abran una gaseosa familiar, un plato de mellocos y algo de pan de leche para agasajar a los recién llegados.

Sobre los pormenores narrados por los visitantes sobre la Tierra en esos años de viaje en que perdimos contacto, había un lapso significativo con notables avances tecnológicos importantes y de todo ello nos maravilló que ahora pudiesen viajar con sus familias. Nosotros éramos solo hombres (me apena decirlo, con muñecas de plexiglass de apoyo amatorio), pero ellos podían reproducirse y a la hora de nuestro contacto ya tenían niños de pecho en su tripulación (sana envidia). Insistieron en que aceptáramos sus obsequios antes de partir y que los abriéramos solo cuando ya se hubiesen marchado. Con lágrimas en los ojos nos abrazamos y despedimos tras compartir una cazuela de mariscos espolvoreada en ajonjolí ácido, que mandé exclusivamente a preparar para atender su partida. En poco, Odín encendió sus motores y se perdió de vista.

¡Celebraríamos la Navidad! —lo decidí, así repentinamente, sin importar que en ese año sería junio en la Tierra—. ¿Hace cuánto que no teníamos una Noche Buena? En un ataque de locuacidad imaginativa, dispuse que en los cuartos fríos del coagulante de refrigeración montaran un árbol de pino con bombillos y luces de colores. Los droides improvisaran villancicos y personalmente, abriría los obsequios dejados por los extranjeros al pie del arbolito.

Daba apertura a la primera caja cuando fui solicitado con urgencia al cuarto de máquinas para atender el aterrador informe de

que el motor principal no estaba y que sobre su desvanecimiento, las cámaras de seguridad apuntaban a los extranjeros como culpables. Sin el motor, estábamos varados y el viaje no prosperaría.

—Masternauta —levantó el alférez uno de los obsequios dejado por los visitantes.

Llevaba marcado mi nombre y lo abrí con cuidado de no romper el celofán. Se trataba de un mapa sideral de ese cuadrante con quince parces de radio. Instrumento muy útil sin duda y llevaba una nota al pie: “Gracias, lo sentimos mucho, pero si lo hubiésemos pedido sabemos que no nos hubiesen concedido. Se nos descompuso el sacapuntas de a bordo y su modelo de reactor nuclear es el único que podría echarlo a andar nuevamente. Tuvimos que robarlo, lo siento. Es de muy mal gusto, usted lo sabe, escribir con puntas romas. Firma: Dominique Sebastopoulos, comandante del Odín”.

Me entristeció la idea de que nos hayan dejado cagados, a medio camino de ninguna parte, solo por atender una nimiedad sin la que se puede vivir. Me eché a llorar sin importar me vean y el ejemplo que pueda dar a la tripulación. Me encerré en mi camarote durante semanas para meditar en la compañía de una botella de whisky y agua seltz. Me emborraché y dormí en abundancia. A mi salida, días después del lamentable evento, descuidé usar uniforme y entré en pijama, despeinado y mal oliente a hurgar la alacena en busca de comida y pastillas para el dolor de cabeza.

—¡Masternauta! Qué agradable sorpresa tenerlo con nosotros nuevamente —habló así el tercer oficial que también era el cocinero y apareció sonriente llevando en manos un humeante charol colmado de humitas de dulce. De su propia voluntad, en el acto, me preparó unos huevos revueltos en aceite y ajo más una taza de café pasado. Me crucé de brazos apoltronado ya en un alto taburete y fue cuando me mordí el labio queriendo hablar mientras comía por encontrar con asombro la evidencia de movimiento en las estrellas deslizándose por la ventanilla.

—¿Está usted bien? —preguntó el oficial.

—¡Santo Cielo! ¿Cómo es que estamos otra vez en marcha? — me levanté para volcarme a la ventanilla.

—Se lo explico. Cuando se marchó la Odín, dejaron su basura espacial flotante a la deriva, la recogimos y ¡adivine qué! ¡Oro en esas fundas! Nuestros científicos apartaron la basura de la basura, usted comprenderá, y se toparon con retazos de una máquina, ignoramos su función, de la que han reparado y adaptado su motor y listo, ahora, con su ayuda viajamos a un octavo más de la velocidad que teníamos y llegaremos un poco antes de lo previsto.

Me condujeron a ver ese artilugio. La sala de máquinas lucía renovada y efectivamente, en el medio giraba insonoro un cilindro azul transparente con bolitas grises, el motor calzaba en el compartimento y se alimentaba perfectamente con nuestro combustible.

—¡Gracias chicos! Buen trabajo. Si aparece la Odín II, les disparamos sin preguntar. ¿Entendido?

—¡Sí señor! —unísono.

—Ya no podemos correr riesgos —Bostecé y volví a mi camarote.

Vivimos, luego del incidente, un periodo escaso de emociones y convenimos hacer reuniones esporádicas, para comentar las visitas de las naves terrestres que nos habían visitado y así mantener viva la memoria histórica; además mandé, para ratificar que no fue alucinación lo que vivimos, a entrenar un loro mecánico para que en los inicios de año repitiera: “Fuimos visitados por otros humanos, fuimos visitados por otros humanos...”. La frase del pajarraco se volvió un detonante que disparaba las expresiones creativas de la tripulación rememorando los eventos. Video, teatro, títeres, arte plástico, comic y otros recursos apoyaban la persistencia del inconsciente colectivo. Estas eran nuestras “Olimpiadas de la Memoria”, si es que cabe el término.

Reconfortaba saber que respetábamos el camino trazado y que haya sido también abordado por nuestros predecesores en sus bolidos lumínicos. Nos esponjaba de orgullo, como una galleta en un vaso con agua, el saber que nuestros científicos terrestres no des-

cansaban en diseñar y en construir naves cada vez más veloces y lanzarlas al espacio con gente tan díscola. Solamente había la oscura sospecha de que esos adelantos técnicos hayan sido el resultado de la guerra —es sabido que acelera la inversión tecnológica—. ¿Guerras por el agua?, ¿religiosas? o ¿por cambios climáticos? preguntas que esperaba hacer si nos daba alcance otra nave terrestre.

—Buenas noticias Masternauta, estamos por llegar —me informaba la teniente Vargas. Se trataba de una mujer eficiente que llevaba la lógica del ahorro al extremo de para ganar tiempo al nuevo día desayunaba en la noche anterior; era así de extraña esta mujer, pero bullía en ideas y ese era su don. Ultimadamente había conseguido mi aprobación para inaugurar un cine en la nave, algo de elevado ingenio y muestra de chispa creativa. El sistema consistía en insertar, al azar, en las almohadas de los tripulantes una registradora de memoria onírica; algo simple, pese al nombre rimbombante este que le han dado (Cine Cronosubjetivo) y consistía en una caja, que entra holgada en el puño cerrado y su tarea es la de filmar los sueños. Que el sistema de edición sea de carácter aleatorio permitía editar lo más extravagante de los soñadores, cinta que Vargas las proyectaba en los salones públicos, con provisión de canguil y nachos, al mejor estilo de los cines 3D del siglo XX. El personal gusta de estas exhibiciones y los estudios recientes indican que otorga idéntico masaje cerebral que ocho horas de sueño, por lo que nuestro médicos lo recetan a los que salen de las agotadoras guardias de avistamiento para transferir la información y ejecutar maniobras evasivas contra asteroides de eventual impacto (inclúyase estrellas errantes —100 km/seg—).

—Masternauta. ¿Entramos en maniobras de aproximación?

—Sí querida. Será un alivio la idea de estirar las piernas. Gracias. —dije devolviendo el limón al plato de china y meciendo mi taza de té. Con la porcelana en mano me dirigí hacia la cabina de mando para ver la estrella destino crecer ante mis ojos, como lo haría en el béisbol una pelota lanzada en dirección a la tribuna. La teniente Vargas me había seguido de cerca. Atendí su observación:

—Pero hay algo más señor. Se trata de una nave. Aquí. Esa pequeña mota entre Aldebarán y Sirio. Humedecí mi pañuelo con mi aliento y lo restregué sobre el panel. Efectivamente, no era una mancha de este lado de la nave y pensé que podría estar del otro lado pero, aunque eso era posible, no saldría para comprobarlo.

—Comuníquese. Envíe un mensaje en todos los idiomas conocidos.

—Lo hicimos ya. Son terrestres. La abordaremos por la mañana.

En el espacio no hay mañana ni noche y para paliar esta deficiencia de salida y puesta del sol, los biólogos del proyecto dieron como solución radiar por los altavoces la intervención del canto de un gallo a las seis de la mañana y el aullido de un lobo a las siete correspondiente a la hora de Madagascar. A una hora extraña en que me debatía entre dormir con pijama o con una camiseta del Deportivo La Coruña, cantó el gallo y salí al puente.

La nave resultó ser un trirreme vikingo y subestimando su forma y velocidad, aprobé se ejecute la idea del droide que propuso, unos parsecs atrás, marcar en su carrocería un caracol. Resultaba tonificante encontrar en el espacio algo más lento que nosotros. Les rebasamos, abollamos su carrocería y descendimos.

Precedía, a la bandera terrestre, el estandarte de la Horus con la inquisitiva envergadura del halcón con cuerpo humano. Como esperábamos, el viento era intenso y ondulaba magníficamente nuestro blasón. Había ensayado, con antelación, lo que diría al tocar tierra; serían unas breves palabras para heredar a la posteridad, diría: “Reclamo esta tierra en nombre de la Confederación humana...”, pero, obra del azar, ocurrió que resbalé, estando por abandonar la escalerilla de desembarco y la alocución que me salió fue: “¡Quién puta mierda arrojó esa cáscara en el suelo!” y eso pasaría a los libros de historia, en vez de mi calculada oratoria.

—Es el simio mascota del cocinero que ha salido antes y nos ha precedido topando tierra. Mírelo allí, en ese “árbol” —intervino Vargas, muy lúcida en sus observaciones.

—Está bien Vargas, que no sea vaticinio esto y en lo futuro sean los simios quienes reclamen como suyo este planeta y se revelen. Haremos algo, encierra al mono y altera los videos del desembarco, usando tu artilugio recolector de los sueños: escoge de todos los sueños de la tripulación registrados en el último año luz de viaje, uno de carácter premonitorio, que me deje bien librado para los libros de historia y reemplaza estas burdas escenas.

Vargas acató el pedido. Pasados unos días en que nos acomodamos en una caverna de granito al pie de un mar hinchado de vida, me mostraba los videos finalistas y de los que más me gustaron, elegimos el de una cosmo bióloga que narraba de la siguiente manera nuestra llegada a Gliese 581 c: “Emerge en el horizonte el plato metálico de la Horus, liberándose por su velocidad, de una nube enrarecida de color plata...” Aparecía un primer plano de mi rostro en la ventanilla, con el brillo de la dicha agazapado en mis ojos radiantes de ingenuidad. Vargas, detrás, recogiendo esa lágrima para donarla al archivo como vestigio de ese momento cumbre en la vida del hombre en que, abandonaba su cuna para gatear en un mundo gemelo. La nave descendía, se abría la puerta, aparecía la bandera terrestre, luego el blasón de la Horus y detrás el desfile que, al son de saxos y baterías, arrancaba en un vistoso carnaval, la tripulación, guiada por quien les habla, tomando definitivamente, a paso resuelto, la pertenencia de este planeta. Muy detrás, cerrando la marcha, sobre la nuca de un soldado, presentaba al mono comiendo una banana y guardando educadamente la corteza en una funda para desechos orgánicos. Quedé satisfecho con la manipulación autorizada de los videos de desembarco.

—Masternauta. Ha regresado la patrulla. No hay evidencia de las Tlaloc ni de la Odín que hayan llegado y expandido su influencia en este planeta. Radiamos en todas las frecuencias y el espectro de vida solo muestra sobre Kepler 10-b a criaturas aladas y exoesqueléticas con base en ADN de tres espirales, muy ajena a nuestra configuración y a esas babosas enormes.

—De muy buen sabor por cierto —acoté. Ya había, en privado, saboreado algunas.

Encontraron una ciudad próxima. Hicimos el camino abriendo trocha con nuestros machetes sobre la tupida maleza. Lo único rescatable era la presencia de estos persistentes caracoles que nuestros galgos los comían con delectación. El espectrógrafo gastronómico, arrojaba vestigios de fructosa, zinc, triptófano y carnitina en su composición y viendo que no les hacía daño a los animales, algunos de los nuestros también los probaron. Encontrándolos personalmente sabrosos ordené que los recolectaran y transportaran a la nave para la cena.

Avizoré un terraplén con las ruinas de una desvencijada puerta de bronce. Reconocí, en la simbología de sus relieves, la presencia de alguna de las misiones Tláloc. La observación fue corroborada por la inscripción al pie con los nombres de los integrantes de la misión Tláloc III repujados en planchas de granito rosa. Pero sus hacedores no estaban.

El resto del trabajo y las conclusiones las sacarían los arqueólogos, así que dejé todo en sus manos y me retiré al vivac para revisar como avanzaba la cartografía del planeta, gozoso de saber que los climas, en todas las latitudes, eran favorables.

Esbozaba la manera de repartir las tierras, explotar los metales y redactar ciertas leyes para aderezar de armonía a las colonias. Recibí periódicamente hallazgos reveladores. Reseño lo destacado en el orden que me fueron expuestos:

Auizad resultó ser el nombre de la metrópolis y retirada la maleza mostró solo ser la punta de un iceberg de construcciones monumentales que se tejían por todo el continente y poseían, a la hora de su desaparición, aquello que marca a una civilización evolutiva en la clase 3, según el catálogo Obert Simpson: desarrollo nuclear, apatía por el prójimo y decadencia de los combustible fósiles.

Habían sido terrestres efectivamente, datos corroborados por la exhumación de sus osarios, progenie de la Tláloc I y II fusionada, según los libros digitales encontrados en sus bibliotecas que reve-

laban su arribo, auge y caída. Luego, debido a una mutación, los humanos degradaron en esas babosas que nos comimos sin saberlo (Escupitajo al suelo).

Los estratos expuestos por la excavación, mostraban enormes peinillas de hierro que habían sido instituidas en sitios de culto. Posiblemente atribuidas a la existencia de los cabrones que nos robaron el motor, pues muchos de mi tripulación, en la visita, notaron esa manía constante de usar peinillas recurrentemente para acicalarse el pelo con enfermiza delectación y mirarse al espejo para acomodarse las gabardinas. El asunto fue concluyente cuando encontramos otros utensilios de belleza bajo un afiche de Elvis, eran restos de carbón vegetal, leños, huesillos de roedores, conchas de mar... Mummi y Nummin ni más ni menos, presentes en lo frontal y anverso de monedas en bronce...

—Masternauta.

—Estoy llenando la bitácora.

—Pero... es importante.

—¿De qué se trata?

—Los vikingos, el trirreme que rebasamos, ha llegado a la playa. Los hombres rubios merodean la costa. Amenazan con quemar el campamento si no hablan con nuestro regente.

Era verdad, allí estaban, corpulentos e inquietos, descalzos jugando en la arena beach voley. Apagaron las risas y detuvieron la pelota a mi llegada.

—Hola, solo estamos abriendo camino al comercio. Estamos de paso, nuestro objetivo es esa luna de hielo, el clima va con nuestro flemático temperamento. Necesitamos sus máquinas para recoger algo de vanadio y nos iremos. A cambio de sus favores les entregaremos esto; son organismos parasitarios que por, un poco de agua, ceñidos en el paladar del huésped, soltarán en su torrente una sustancia que atenuarán los radicales libres.

Les ofrecí consultarlo con el Concejo de Ancianos (solo dije que había un Consejo de Ancianos para impresionarlos), pero no he vuelto por allí, ni pienso hacerlo, detesto el vóley de playa. Qui-

zás; si practicasen el indor, la cosa estuviese mejor encausada. Por si fuera poco los caracoles, que resultaron inteligentes y versados en litigios legales, me han entregado una denuncia: indican que embestí intencionalmente al trirreme vikingo y que debo arreglar el vehículo y pagarles indemnización (Revisaré en la caja fuerte de la nave, me parece que la Horus tiene algún seguro que cubre estos imprevistos).

Esta mañana, nuestras máquinas escrutadoras del cielo han confirmado con sus lentes que ha ocurrido lo esperado: el Sol se ha convertido en una enana roja y engullido a la Tierra.

Como detalle pintoresco, cito que el mono ha preñado a una especie de mamífero local. Abdico y vuelvo al espacio. Vargas se quedaría al mando.

MARCELA RIBADENEIRA

(QUITO, 1982)

Escritora, periodista y artista visual. Ha colaborado con revistas como *Mundo Diners*, *SoHo*, *Ronda*, *Siente*, *GK* y el diario británico *The Guardian*. Cuentos y crónicas suyas constan en antologías nacionales e internacionales, como *Ciudades visibles* (RM, FNPI), *El otro portal* (Doble Rostro, La Barra Espaciadora), *Organismos. Relatos sobre otredad, biopolítica y materia extraordinaria* (Hal 9000 Editor), *Señorita Satán* (El Conejo), *Ecuador Cuenta* (Del Centro editores), *GPS* (Sed de belleza) y *Ecuador en corto* (Universidad de Zaragoza). Ha publicado los libros ***Matrioskas*** (*Cadáver exquisito*, 2014) y ***Golems*** (*El Conejo*, 2018), y el ebook ***Borrador final*** (Suburbano ediciones, 2016). Su cuento ilustrado ***Héctor*** está próximo a publicarse con la editorial Doble Rostro. En 2016 fue parte de *Ochenteros*, un grupo de 20 escritores y escritoras que la Feria Internacional del Libro de Guadalajara seleccionó como nuevas voces de la literatura latinoamericana. Su trabajo en collage digital ha ilustrado reportajes de medios, como *Cartón Piedra*, y portadas de libros, como *La escala humana* (Abdón Ubidia, El Conejo), *Las voladoras* (Mónica Ojeda, Páginas de Espuma) y *Faltas ortográficas* (Eduardo Varas, CCE).

PERROS DE CHERNÓBIL

Is there anything more frightening than people?
Svetlana Alexievich, *Voices from Chernobyl*

Persona 1

Mi sangre era un líquido volátil y veloz, un líquido voraz. Y yo era un envase, un globo al que le inyectaban ese suero sin importar que la piel se le rasgara. Un bosque subcutáneo de capilares rotos salpicaba mi piel. Persona-esponja, persona-recipiente. La sonda entraba por mi nariz. Grité y temblé cuando la empujaron adentro por primera vez, cuando irrumpió con su textura de alga y de músculo y se abrió espacio. Cuando reptó, rasgó y partió. Faringe. Esófago. Estómago. Dejaban de empujar al alcanzar el estómago. Entonces mis órganos se calentaban y la camilla en la que me tenían inmovilizada empezaba a descargar electricidad por todo mi cuerpo. En realidad no era una camilla. Ni siquiera era algo sólido. Era un colchón flotante de estática, de avispas, de clavos invisibles. Da igual. No pretendo que con mis descripciones se haga un identikit de ellos o de su tecnología. Seis mangueras se desprendían de aquella cosa. Yo solo podía ver las que perforaban mis antebrazos. Eran dos anguilas gordas que se zambullían en mis venas y vomitaban suero hirviendo a borbotones. Había un par más enchufadas a ambos lados de mi cuello y otro par a mis pantorrillas. Camilla y suero parecían estar hechos del mismo material. Electricidad sublimada, gas de agujas, vapor de antimateria. Puedo seguir elucu-

brando sin problema. Nada de lo que yo o ustedes puedan imaginar se acercará a la realidad. Somos microorganismos cultivados por ellos. Predecir sus intenciones sería como resolver ecuaciones con un ábaco. Somos microorganismos y todo el maldito planeta es su placa de Petri.

Persona 2

Verificaban si nuestro ADN estaba listo, si ya había recopilado toda la información evolutiva necesaria para que pudiéramos sobrevivir en el planeta en el que decidieran soltarnos. Es difícil saber si la Tierra fue un objetivo a destruir o si fue la incubadora, el lugar de origen, el invernadero donde ellos hicieron florecer su arma biológica: nosotros. Me lo pregunté muchas veces y lo converse con los otros. Con los que no estaban apagados. Yo no era la única persona en el quirófano. La mía no era la única camilla. Éramos cientos. Más de cien perros de Chernóbil ahí. Juntos, solos, confundidos, destrozados físicamente por su maquinaria. Pero despiertos. A algunos no nos apagaban. Nunca supimos qué criterios usaban para tratarnos de manera distinta. Después de someternos al procedimiento estándar, de tomar muestras de la flora bacteriana de nuestro tracto digestivo y de lavarnos la sangre, nos despegaban de las camillas y quedábamos libres. Nos quedó claro que para ellos no éramos individuos, éramos células de un mismo tejido. De un tejido creado con un propósito claro. Dejarnos así, libres para deambular por lo que creo que eran algunos días, quizás tenía como objetivo analizar lo que hacíamos cuando había pequeñas concentraciones de nosotros en un ambiente estéril. No lo sé. Es lo único que puedo imaginar que tiene algo de sentido. Ellos no mostraban señas de entender nuestro lenguaje. El quirófano, que parecía un estudio fotográfico enorme, un sinfín blanco que realmente no tenía fin, estaba lleno de personas de toda raza, que hablaban en varias lenguas, que se miraban con desesperación, con los ojos cargados de preguntas y de incredulidad, de terror. Y así pasaban

algunos días. Los apagados se retorcían y sangraban sobre las camillas para luego entrar en un aparente coma. Nosotros recorríamos el quirófano, dábamos vueltas, llorábamos, rezábamos, pero cuando encontrábamos a otra persona que hablara el mismo idioma, creíamos encontrar el cielo. Compartir las emociones, el pánico por ejemplo, puede ser catártico. Pero compartir ideas, eso sí que es una forma de libertad.

Persona 3

Ella nos llamaba “perros de Chernóbil”. Decía que si volvíamos a la Tierra nos harían análisis, quizás aún peores que lo que nos hicieron ellos. «Estamos llenos de su mierda», decía. «¿No sienten que su sangre tiene ahora vida propia?» «¿No la sienten recorrer cada palmo de sus venas como si fuera un ejército de hormigas que espera el momento justo para atacar?» Nastia hablaba en español, inglés y ruso, y estaba loca. Solo un loco podría aparentar tanta cordura en una situación como en la que estábamos. «Nadie querrá tocarnos si volvemos a la Tierra, nadie querrá estar cerca de nosotros. Nos llevarán a algún búnker y nos cortarán en pedacitos para analizarlos». Nastia era la única persona que se movía por el quirófano con una familiaridad envidiable, como si las camillas hechas de estática y las algas-sonda fueran la cosa más normal. Andaba semidesnuda. A pesar de que ellos nunca nos quitaron la ropa, varias prendas, dependiendo de su material, a veces se quemaban o se evaporaban después de entrar en contacto con las camillas. «Nadie puede tocar a los perros de Chernóbil, a los descendientes de los perritos que vivían ahí cuando hubo el accidente. Nadie puede tocarlos porque son radioactivos. Los pueden alimentar, pero ellos nunca van a conocer lo que es la caricia de un ser humano». Nastia estaba loca y sobreviviría. «¿Adivinan por qué no nos han apagado? Porque saben que no hablaremos». «Somos sus perros de Chernóbil. Nadie podrá tocarnos». «Si lo hacen esparciremos lo que sea que ahora tenemos en nuestra sangre». «¿No lo

sienten?» «Estamos activados». Nastia hablaba con todos. Incluso con ellos. Con ellos que, leídos por nuestros cinco sentidos primitivos, eran haces de luz gigantescos, haces que vibraban y nos insertaban sus algas-músculo en las gargantas, y en cuyas camillas muchos de nosotros se desintegraban. A estos últimos, Nastia los llamaba “perros sin pedigrí”.

Persona 4

“Efecto invernadero”, desde que conocí el quirófano y volví para contarlo, ese término me causa gracia. La humanidad siempre ha tenido una vena profética que ahora me resulta tragicómica. En efecto, estamos en un invernadero. Todo el cosmos que podemos peinar con telescopios, sondas, radares y satélites es estéril y deshabitado. Y es así porque nosotros somos la anomalía. Nos cultivaron. Somos lo que ellos programaron para que se propague y carcoma la corteza terrestre, para que ensucie las aguas y el aire. Ahora que probamos que somos efectivos, que somos un agente contaminante que destruye la materia, ya sea en estado sólido, líquido o gaseoso, ellos han venido por nosotros. Nos calibrarán. Los que ellos consideran que estamos listos para ser soltados y roer otro planeta, viviremos. Los que tienen miedo serán apagados y diseccionados. Hay cosas que ellos aún no entienden de nosotros. Mut me dijo —es más probable que yo me imaginara y no que me lo dijera, porque Mut es uno de ellos y no habla— que el lenguaje es un efecto secundario no previsto de su experimento.

Persona 5

La primera vez que desperté en el quirófano, el miedo me paralizó. Las mangueras penetrando mis brazos, la blancura, el terror en las caras de esos que como yo estaban siendo examinados sobre aquellos camastros tan extraños. Era el infierno. Ellos, rayos de luz vibrantes. Nosotros, que cada tanto éramos menos. No todos so-

portábamos el suero con el que nos llenaban. Las mangueras se desprendían de los camastros y de repente vomitaban más de esa cosa dentro de nuestras venas. Algunos no lo soportaban y estallaban. Una humareda púrpura emanaba del pequeño despojo al que quedaban reducidos. Helio y cianuro, eso me imaginaba que era. No sé nada de química, no sé nada de biología. En una situación como esta, hasta el maldito Carl Sagan se hubiese quedado mudo y boquiabierto. La humareda en la que se convertían los cuerpos parecía tener vida, al menos por unos segundos. Se elevaba rápidamente y permanecía sobre el camastro. Se convertía en una nubecita de la cual llovían chorritos de médula, de sangre, de hueso licuado, de metal. Quizás esas esquiras alguna vez fueron aretes, qué se yo. Las cosas que eran inútiles para ellos, eran las cosas que nos identificaban como individuos. Un aro de matrimonio, un *piercing*, una pulsera. *Bum*. Cuando un cuerpo explota hace bastante ruido. A veces, esquiras de esos accesorios salían volando y se escuchaba, después del *bum*, un tintineo.

Nastia

Máquina de erosión. Máquina de labrar. Máquina de destrucción. Máquina de navegar. Máquina de moler. Máquina de muerte. Máquina de pescar. Máquina de escalar. Máquina de volar. Máquina de extinción. Máquina de cultivo. Máquina de procesar. Máquina de talar. Máquina de palabras. Máquina de reproducción. Máquina de dolor. Máquina.

Yo soy la máquina. Soy una y soy todos. La máquina que ellos crearon para destruir, para carcomer los frutos maduros del cosmos. Soy todos los jinetes del Apocalipsis. Soy el Apocalipsis, la furia de la creación. Falta poco para que ellos me suelten. Estoy lista. He practicado durante millones de años. Aprendí, perfeccioné mi forma, esculpí mis manos asesinas, mis dientes-daga, mis ojos-muerte. Me devoré la corteza terrestre y mis exhalaciones tóxicas

desmembraron la atmósfera. Lo que hice con los océanos no tiene nombre. Estrangulé especies enteras con mis plásticos, las sofoqué con mi mierda y con su propia sangre. Las corté en pedazos y las apilé dentro de mis buques. Aletas con aletas, hígados con hígados, corazones con corazones. Carbonicé sus pulmones con mis derrames, mi crudo en su garganta y mi hierro en sus escamas. Mi aliento empanó el cielo. Eclipsé la luz. Estoy lista. Pasé la prueba. Funciono. Infecté, gangrené, extinguí. Una costra estéril cubre este planeta y estoy lista para saltar a otro. Para aniquilar. Lo comprendí con ellos y lo acepte. Porque yo soy la máquina y este es mi propósito. Yo soy su máquina. Me soltarán. Su máquina. Su perro de Chernóbil, su virus, quien morderá la manzana, quien revelará a la humanidad su glorioso destino. Yo.

MARÍA ALEJANDRA ALMEIDA ALBUJA

(IBARRA, 1992)

Abogada, escritora y máster en políticas públicas. Creció rodeada de libros y empezó a escribir sus propias historias a temprana edad. Ha publicado los álbumes ilustrados *Titirimario (2017)* y *Súper Abuelo (2018)*; y las novelas *La habitación secreta (2016)*, *La esfera dorada (2018)*, *Tizón (2019)*, *Aventura en Cueva-Oscura (2019)*, *Una melodía para Lu (2019)* y *El pez más feo del mundo (2020)*. Ganó el Premio Nacional Darío Guevara Mayorga en 2018, y fue finalista, en dos ocasiones, en el Concurso Internacional de Literatura Infantil Julio C. Caba-Libresa (en 2017 y 2019). Hoy en día, además de escribir, su trabajo se enfoca en la promoción y defensa de los derechos de la niñez y adolescencia. Su página web es www.mariaalejandraalmeida.com.

ADALID

Los niños se agrupaban en una callejuela, entre las sombras y la basura. Eran cuatro, muy pequeños, sucios y frágiles. Todos tenían los ojos rasgados y la piel de un blanco enfermizo, casi azulado. Lika Leman sintió pena por ellos, pero no dejó que su rostro lo demostrara. Caminó en su dirección, chocando sus tacones altos con el agua fétida que no alcanzaba a oler. Había bloqueado su sentido del olfato antes de bajarse del auto, donde la esperaba su compañero.

Cuando estuvo a un metro de los niños, le arrojaron varias piedras que atrapó y pulverizó con facilidad. Sus reflejos habían mejorado considerablemente desde la última operación a la que se había sometido, después de su ascenso. Los adalides blancos, a los que ella pertenecía, tenían derecho a acceder a mejoras corporales de mayor envergadura que los ciudadanos comunes. Eran los beneficios de trabajar para el gobierno.

Los niños se agazaparon unos sobre otros, como cobayos asustados, y Lika les habló de manera suave, respetando el protocolo de protección infantil.

—No tengan miedo —les dijo—. Me llamo Lika y formo parte de los adalides blancos. He venido a ayudarlos. Los llevaremos a una casa de acogida, donde recibirán todos los cuidados necesarios.

—No queremos ir con usted —respondió el niño de mayor edad.

Lika estaba preparada para su negativa inicial.

—Su mamá falleció y, dado que no tienen ningún familiar cercano que los cuide, es responsabilidad del gobierno hacerlo.

—¡No iremos!

—Estoy segura de que la casa de acogida les gustará. Allí estarán seguros.

—Nos abrirán la cabeza —sollozó el niño—. Nos controlarán con ese chip.

—Eso no es verdad. El chip no nos controla. Es nuestro documento de identidad y permite que manejemos varias aplicaciones desde el cerebro, sin un móvil o una computadora. Necesitarán uno, por supuesto, como todo ciudadano de este país.

—Mi mamá no tuvo ese chip.

—Lamentablemente, es verdad. Ella incumplió la ley y no se implantó el chip. Sin embargo, ustedes deben tener su chip. Es necesario, para que puedan ejercer plenamente sus derechos como ciudadanos.

Cumpliendo el protocolo, Lika no mencionó que la madre de los niños era parte de un movimiento subversivo que se negaba a la implantación del chip y que había participado en una serie de cruentas protestas contra el gobierno, donde había perdido la vida. Después de varias investigaciones y entrevistas con los rebeldes sobrevivientes, el gobierno se había enterado de la existencia de los cuatro niños que, al momento, vivían de las sobras de la basura y no tenían otro familiar o amigo con vida. La mayoría de las personas que conocían estaban muertas o en la cárcel.

—Ella nos dijo que no dejáramos que nos pusieran esa cosa en la cabeza —dijo uno de los hermanos pequeños.

—Niños, comprendan que...

—¡No nos podrán esa cosa! —gritó el mayor, mirando a Lika con los ojos rojos, llenos de terror y odio, y metió la mano dentro de su ropa sucia.

Inmediatamente, Lika activó la máxima velocidad y fuerza de sus piernas y saltó sobre él. Lo inmovilizó con firmeza, pero sin hacerle daño. Luego revisó su ropa y descubrió la bomba, pegada

en su estómago como una garrapata. Era un modelo casero, pero efectivo, que podría haberlos matado a todos.

Lika seleccionó mentalmente el contacto telefónico de su compañero, que aguardaba en el auto.

—Len, código 231.

Segundos después, apareció un hombre corpulento en la callejuela. Tenía mejoras mecánicas en varias partes del cuerpo. Su brazo derecho y su pierna izquierda eran de un metal muy brillante y, en lugar de uno de sus ojos, tenía un sofisticado aparato tridimensional que se movía de manera circular. Al igual que Lika, era un adalid. Sus mejoras corporales, sin embargo, eran más antiguas, toscas y notorias que las de su compañera. Por esa razón, en primera instancia, ella siempre se ocupaba de los trabajos relacionados con menores de edad.

—Llévate a los otros niños, por favor —le pidió Lika, que todavía sujetaba al mayor.

—¿Necesitas ayuda para el proceso de desactivado?

—No, Len. Déjame a mí.

Len se llevó a los tres niños más pequeños, quienes, al verlo, no opusieron resistencia. Lika se quedó a solas con el mayor. Le colocó unas pequeñas esposas y procedió a desactivar la bomba con las herramientas que tenía integradas a los dedos. Conocía muy bien aquellos mecanismos sencillos que usaban los rebeldes y ya había desactivado varios de ellos en ocasiones pasadas. Sin embargo, era la primera vez que se encargaba de una bomba pegada al cuerpo de un niño, que la miraba con odio líquido en los ojos.

—Mátame, por favor —suplicó el niño—. Prefiero morir a convertirme en uno de ustedes.

—No sé qué te habrá dicho tú madre, pero nosotros no asesinamos niños.

—Pero los controlan, con ese chip.

—Ya te expliqué que no.

—Mátame. Si no lo haces, buscaré una forma de hacerlo yo.

Lika hizo un último corte y la bomba cayó al piso, convertida en chatarra. Le pareció increíble que la única herencia que había recibido ese niño de su madre, era una bomba y el odio al gobierno.

—¿Te matarás y dejarás solos a tus hermanos?

El niño no respondió, pero su rostro seguía crispado en un gesto de absoluta repugnancia.

—Anda, vamos. Te están esperando.

—Ella no podrá descansar en paz, porque no cumplí mi misión —respondió el niño, sin atreverse a caminar.

—Tu misión es vivir —dijo Lika—. Y la misión de tus hermanos es la misma. Vivan. Y luego luchen sus propias batallas, no las de su madre.

Le costó un poco de tiempo, pero, finalmente, el niño accedió a ir con ella. Subió al auto en silencio y se sentó junto a sus hermanos, que estaban comiendo un emparedado. Le dieron el suyo y se pusieron en marcha. Durante el camino, Lika notó que el niño no dejó de llorar. El brillo del odio no abandonó sus pupilas.

DIEGO MAENZA

(CATARAMA-1987)

Escritor. Autor del poemario *Bestiario americano (2018)*, que condensa mitos y leyendas urbanas de todo el continente, y de la novela *Estructura de la plegaria (2018)* publicada por la *Sede Nacional de la Casa de la Cultura Ecuatoriana*, novela que aborda temas sensibles como la pederastia y el aborto en el contexto de la vida íntima del clero católico (obra traducida al italiano, portugués, inglés, francés, ruso y alemán). Sus libros de relatos son: *Identidades (2019)* publicado por la editorial española *Alfizar*, y *Engendros (2020)* editado por *Cuerpo de Voces Ediciones*. Se encuentra trabajando en *ENTIDADES*, una recopilación de sus mejores cuentos que será publicada a inicios de 2021 en lanzamiento simultáneo con las traducciones de estos relatos al francés, inglés, italiano, ruso, portugués e hindi. Su hogar electrónico es: www.diegomaenza.com.

LOS ROBOHUMANOS

En el año 2666 se crearon los robohumanos. Esta variante altamente modificada de la especie humana se diferencia de los ciborgs por un aspecto fundamental: en contraste con los robots-humanoides, los humanos-robot (o robohumanos como empezaron a ser conocidos) eran poseedores de una gran capacidad para manifestar sentimientos.

Los robohumanos fueron creados por una pequeña nación sudamericana gracias a la fusión de clones biológicos y ciborgs que al ser modificados con nanotecnología deformaron el comportamiento sináptico del cerebro y aumentaron, entre otras cosas, las funcionalidades intelectuales. El pequeño país sudamericano produjo a una verdadera horda de intelectuales nacionales y en apenas un par de décadas pudo estar a la altura de las grandes potencias tanto en artes como en ciencias. Nadie imaginó el desastre que significaría para la raza humana.

El primer intento por desarrollar esta descabellada hazaña de los hombres fue la implantación de minichips en la cabeza del cadáver de un pintor muy popular. La naciente nanotecnología logró reavivar y mantener con vida durante algunas semanas al pintor, pero con el transcurso de los días el desdichado empezó a exteriorizar un dolor enorme y los científicos optaron por un acto de misericordia al suspenderle la vida.

El proyecto para que el primer robohumano pisara la tierra de forma independiente y satisfactoria tuvo una gestación de casi cien años a raíz de su concepción, gracias al esfuerzo denodado de la comunidad científica del pequeño país que, presionada por las cir-

cunstances, estuvo a la altura de la situación histórica a la que se vio abocada y logró desarrollar la tecnología necesaria sin ayuda extranjera.

Para el ya mencionado año 2666 se pusieron *en vida* la primera docena de robohumanos destinados para el servicio de acompañamiento a personas necesitadas o en estados vulnerables. La extensa gama de sentimientos que eran capaces de manifestar los dotaban de mayor humanidad y se mostraban más cariñosos que los propios familiares que abandonaban a las personas a quienes los robohumanos empezaron a custodiar: niños huérfanos, personas con capacidades especiales, enfermos terminales, ancianos.

Los robohumanos eran preparados mediante un condicionamiento psicológico a través de pequeñas historias que les narraban en la niñez y que se incrustaban conductualmente a manera de códigos de actitud. Una leyenda muy usual en los centros de adoc-trinamiento de humanística donde eran desarrollados los robohumanos, narraba la historia de una anciana y su perro, que vagabundeaban por una carretera en un mundo desolado. A pesar de la flaqueza de su constitución y de su talante anémico, fue ella quien mantuvo con vida a la mascota, al alegar compasión y superioridad.

Como la biología de los robohumanos los capacitaba para ser inmunes a las enfermedades, pudieron compartir incluso los alimentos con personas que padecían graves pestes infectocontagiosas y de esta forma elevaron la moral y calidad de vida de los desdichados y moribundos.

No obstante, la pequeña nación sudamericana reparó en la ayuda invaluable que brindaban los robohumanos en otros campos, como explorar experimentos químicos, y ya que los efectos de los gases mortíferos no afectaban en lo mínimo a los robohumanos, decidieron transformarlos en conejillos de India.

Gracias a la rápida producción de químicos y tecnología, el coste de la creación de un robohumano resultó casi un chiste.

En el año 2670 se dio la gran guerra contra Estados Unidos. En términos económicos era más rentable traer a la vida a un ro-

bohumano que importar una metralleta novosoviética de mira láser y miniexplosivos atómicos. El pequeño estado sudamericano decidió crear un ejército de robohumanos. Analizado en términos de táctica de guerra, este proyecto resultaba más rentable que la compra de armamento y los combatientes metahumanos eran más resistentes.

Como eran seres muy sensibles, los robohumanos eran capaces de sentir infinita misericordia y amor, pero también eran vulnerables de experimentar el odio y la furia más terribles.

Se los adoctrinó y se les inculcó el amor a la patria y la defensa de la soberanía.

Se entrenó un escuadrón élite de kamikazes que portaban miniexplosivos atómicos y que al estallar quedaban mutilados, pero a su alrededor generaban daños incalculables, incluidos los efectos por los residuos radioactivos que provocaban en el bando contrario como náuseas y vómitos de sangre instantáneos.

En menos de dos semanas los robohumanos ganaron la gran guerra para el país, con la visible figura de su caudillo Mesías.

Mesías era el más destacado robohumano tanto en lo físico como en lo intelectual.

Cuando terminó la guerra, Mesías asaltó el poder con un golpe de estado, derrocó al gobierno y en poco tiempo se hizo al mando de todas las funciones del país. Intervino el laboratorio de creación de robohumanos y aumentó la producción de estos en un cien por ciento. En sus soflamas alegó la protección de la raza humana.

Para el año 2672, los robohumanos eran legión. No solo habían ocupado gran parte de las costas de Sudamérica sino que también habían extendido los laboratorios por los territorios africanos conquistados.

En la actualidad, los robohumanos le han declarado la guerra a la mayoría de los países de Gran América. Y está demás decir que todas las guerras las han ganado. Las últimas declaratorias de guerra conjuntas han sido contra los países más fuertes de la extinta Unión Europea (Chipre y Luxemburgo), China y la Nueva Unión

Soviética, quienes han formado una extraña alianza. Se prevé la quinta guerra mundial, pues los ciborgs novosoviéticos y chinos son altamente sofisticados y peligrosos.

Los robohumanos alegan que la humanidad no puede manejar sus sentimientos y que se dejan dominar por ellos, convirtiéndose de esta manera en simples animales. Los robohumanos consideran que se encuentran aptos para cuidar a los humanos, de la misma forma en la que algún día remoto alguna señora anciana, con sabiduría, había cuidado de su perro.

RICHARD CEDEÑO MENÉNDEZ

(PORTOVIEJO, 1974)

Luego de ganar el *Festival de las Artes Manabí “Cree en tu talento”*, con el cuento corto ***El sosiego de las ánimas***, publicó con el respaldo de la *Coordinación Zonal 4 del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador* un compendio de cuentos en la obra titulada ***El arca de los sueños***. Historias de realismo mágico, ciencia ficción y poemas existencialistas se ven marcados en los cuentos: ***Ungido, Reencuentro, Sueños de silicio, El sosiego de las ánimas, Redundancia cósmica, Mundo primitivo y Frederick Linch***. Autor de la novela corta ***Ladrón de ilusiones***, publicada por la editorial *Libros Duendes*, con la cual Cedeño irrumpe en la literatura fantástica con una obra híbrida donde da soltura al suspenso en un thriller hecho en prosa y poesía erótica. Se prepara la edición de su libro ***El resurgimiento de las ánimas*** (*Cuerpo de Voces Ediciones*), primer libro de la saga *Voces del firmamento*, novela de ciencia ficción del subgénero *Cyberpunk*.

SUEÑOS DE SILICIO

“Y su consciencia le hizo verse tal cual era,
amarse y amar lo que podía concebir en sí mismo”
Homínidus Hermeticus.

Era la sexta taza de café que terminaba de degustar antes de concebir afanadamente el punto final en ese primer capítulo. Con la mirada perdida en las sutiles palabras de aquella agenda virtual, Adam Arias digería con regocijo, el inicio de la nueva historia que tejía en su memoria. Sin embargo, como haciendo un paréntesis en su ficticia alegría, su consciente abrumó la sutil abstracción mental y sus ojos se llenaron nuevamente con las figuras grises y opacas de aquel pequeño cuarto que inmisericorde le graznaba una maldita soledad.

Así es, de momento, había regresado al hermético bunker que lo aislaba del peligro que significaba traspasar la supuesta puerta de metal; y es que había pasado tanto tiempo, que aquellas paredes se habían tornado un sólo cuerpo, y las posibles líneas que podrían separar alguna sección, eran ahora figuras geométricas que se mezclaban con una aparente decoración, que lo resguardaba del peligro del exterior. Pero sea lo que fuese, lo que allí afuera hubiese, había divagado en su memoria tantas veces —ahogando su cerebro en sujeciones—, que se perdió diluyéndose, en sus pliegues y dobleces.

Adam tocó sus labios secos y sus dedos se rasparon en la tosca barba que colgaba de su mentón; por enésima vez, pensó en depilarse el rostro, pero como era común en él, cosas como esas se

deslizaban por su memoria y se perdían por largo tiempo sin saber recordar por qué. En momentos como ese, estaba consciente de que su memoria había dejado de ser útil en aquel reducido espacio, y ese era el motivo, que lo hacía regresar al mundo virtual, guardado en las infinitas moléculas de silicio.

Su mano, se deslizó lentamente para tomar la taza, la cual se detuvo a observar por un momento. Tratando de recordar el origen de la singular pieza de porcelana que resaltaba de entre toda la estructura metálica del bunker, sus ojos se agudizaron, exprimiendo un recuerdo que sólo podía percibirse como una sensación de abandono. Nuevamente, prefirió hacer a un lado tan dolorosa sensación y se limitó a llenar el singular objeto, colocándolo en el surtidor que convertía previamente el gas depurado de aquella atmósfera, en agua cristalina apta para beber; pero Adam, vaciló por un instante antes de intentar refrescar su garganta, y postergó la trayectoria del agua a su boca para modificar las moléculas de aquel elemento y darle un sabor, con otro color, aroma y cuerpo.

La exquisita esencia de café de la que era cautivo, resbaló suavemente por su garganta.

¡Cómo no iba a disfrutar de aquel excelso placer, si era lo único que podía saborear con sus papilas gustativas!, debido a que el resto de los nutrientes y sustancias que conservaban su organismo, eran transmitidos por medio de transfusión intravenosa, establecida por el programa del ordenador central; al menos aquello todavía funcionaba, aunque para su mala suerte, ya que más de una vez había deseado acabar de existir y abandonarse a la muerte.

Al reparar en ello, Adam se abstuvo de embarcarse nuevamente en su infinito mundo virtual y trató de recordar la última conversación que sostuviera con la nave madre, la que al parecer lo abandonó en aquel lúgubre paraje. Realmente, aquel ermitaño no sabía cuánto tiempo había transcurrido, ya que dejó de revisar el cronosets desde hace mucho, y la verdad es que ya había olvidado manejar el programa que convertía los intervalos de aquel lugar en un tiempo que pudiera determinar para poder hacer al menos una

relación aproximada; sin embargo, una sonrisa irónica se dibujó en sus labios y pensó: ¿Para qué?

Y entonces, se desplomó sobre el escaso somier que le acogía en sus deliberados éxtasis de espasmos poéticos, establecidos en el programa. Y es que la única cosa que sabía manejar a la perfección era esa agenda virtual; sólo tenía que apretar un botón en el ordenador central y esta se materializaba ante sus ojos, lo demás era aún más fácil que eso; sólo tenía que imaginar, y de ese modo los impulsos electromagnéticos de su cerebro, transmitían al ordenador, aquellas palabras que se estructuraban en las oraciones perfectas de una historia perfecta.

Adam Arias era el dueño de cerca de cien mundos que había recreado durante lo que le parecía a él, un centenar de años, luego de que fuera abandonado en aquel lugar. Sin un espejo en el cual mirarse, su rostro había pasado a ser, sólo un bosquejo de todas sus demás ilustraciones; quizás sus defectos y virtudes se habían conjugado de mil maneras para darle vida a los miles de personajes que ahora habitaban en su mente confabulada en un programa del computador.

Luego de dar inicio al programa que ejecutaba sus obras, estuvo presto a revisar los avances de su última creación; y como cada vez que lo hacía, un indicio de su memoria lo llevó a impresionarse con la capacidad de procesamiento del ordenador que estaba vinculado a su cerebro; técnicamente no lo comprendía, pero sabía que aquello se encontraba muy por encima del byte cuántico, o al menos era lo que le parecía concebir en sus recuerdos; pero dichos recuerdos constantemente se revolvían con sus historias, lo cual colocaba a la inteligencia artificial, en un plano sin tiempo ni espacio, sólo sumergida en su mente, quizás como un elemento más de su naturaleza.

De cara a su relato, el omnisciente ordenador cuántico, rescató de los escritos del novelista, el mínimo detalle de los personajes y del entorno de aquella historia, y en un parpadeo dibujó las escenas, transcribiendo en imágenes las situaciones prescritas por su

creador. El inspirado autor percibió con agrado, cada uno de los parajes de su historia, imágenes que se materializaban alrededor de su consciencia, haciéndolo un elemento más de aquella realidad. Diluyéndose, una y otra vez, entre cada escena, respiraba aquel entorno como parte de su propia existencia.

Finalmente, el primer capítulo estaba listo, y por ahora no iría a cambiar o añadir algo más en aquel contexto virtual. Su avatar, aquel personaje que de alguna forma era parte de su esencia, tenía toda su atención. Todo marchaba bien, como todos los días en aquel cómodo desdén. ¡Pero de pronto, al cerrar el emulador de imágenes en su cerebro, para continuar concibiendo las siguientes líneas en su cuento, una extraña vibración lo perturbó, haciéndolo regresar bruscamente al pequeño bunker!

Al dejar su agenda virtual, sus pupilas se volvieron a dilatar para acostumbrarse ahora al sombrío lugar. Con cierta dificultad, pudo apreciar que aquella vibración comprometía no sólo el somier que le asistía, sino además, todo lo que en el bunker había.

¡Un temblor! Supuso con temor, luego de que su memoria, recordara esta vez aquella experiencia. Algo como eso no era fácil de olvidar. Aunque las imágenes de su pasado nunca llegaban claras a su mente, sentía en lo profundo de su ser, una extraña sensación de terror y dolor, que se mezclaban al intuir la muerte de sus seres queridos, confrontándose en su cabeza.

Nuevamente el bunker empezó a vibrar, y esta vez, Adam confrontó con miedo aquella realidad; por primera vez.

Sus labios se secaron, más de lo usual y su garganta casi lo asfixia por su extrema sequedad, obligándolo a retomar mayor atención a su cuerpo físico, algo que había dejado de hacer desde hace mucho tiempo.

Consciente ahora de su vulnerabilidad ante tal suceso, se limitó a observar cada uno de los rincones del pequeño bunker, solicitando a su cerebro, quizás una explicación o una posible solución. Sujeto a los enlaces electrónicos y a los conductos que asistían su cuerpo, no atinaba a realizar movimiento alguno que lo pusiera a

salvo de una posible tragedia, y aunque los supuestos temblores no duraron más de diez segundos, tuvieron tiempo suficiente para sacar a su corazón de su acostumbrado preludeo.

Percibiendo el cese de movimiento, intentó ubicarse en el tiempo, y contempló el espacio que lo conectaba con esa supuesta realidad; y si alguna vez había pensado en dejar de existir, ahora verse indefenso ante aquello, le había hecho replantear esa determinante idea. Después de todo, sus cuentos y novelas dependían de que él se mantuviera funcionando; después de todo, de eso depende la existencia, ¿o no?

Con algo más de calma, recapituló cuánto pudo recordar y concluyó en que era la primera vez que la superficie de aquel planeta había dado indicios de presentar movimientos en sus capas tectónicas; aquello era algo importante después de todo, algo que quizás debería transmitir al ordenador de la nave madre que se hallaba orbitando el supuesto planetóide, pero aquella nave ya había dejado de emitir señal alguna, muchos más años de los que él podía calcular, entonces, ¿qué lo llevaba a continuar archivando los supuestos fenómenos de aquel mundo?, ¿cuántos fenómenos había podido rescatar desde que llegara a ese lugar?, ¿solo uno? Sin embargo, aquella última pregunta, como muchas de las que se hacía acerca de esa realidad, pasó a segundo plano, y su mente divagó nuevamente: *intrépido cosmonauta, rescatado de una aburrida vida en un inerte planeta, sin más informes que sus disparatadas historias, acumuladas en la memoria del ordenador central del bunker*. Al menos eso lo motivaba ya que sus historias quedarían expuestas a...

En ese instante, esa improvisada fantasía, lo llevó a pensar en la naturaleza de aquella pequeña fortaleza. ¿Ese bunker era acaso una nave o sencillamente había sido un accesorio depositado en aquella superficie para recabar información, con un tiempo finito de duración? ¿Acaso el tiempo que duraría su corazón en dejar de latir?

Por primera vez, el instigado sujeto, después de un inexorable tiempo de estar sujeto a una rutina, intentó plantearse una singular hipótesis formulada en varias preguntas. ¿En dónde se encontraba

realmente? ¿Era aquella situación, la realidad o una más de sus novelas? O lo que era aún más impresionante: ¿Era él un ser real o un prodigioso programa incluido en el ordenador central? ¡Vaya disparate! Pero ¿cómo no iría a diferenciar aquellas ficticias imágenes, de una sólida realidad? Al parecer se había empezado a convencer de que podía rescatar su gastada memoria, y se imponía nuevas preguntas acerca de aquel escenario, preguntas que su innata curiosidad le obligaba a responder.

Sólo había una manera de asegurarse.

Colocó nuevamente su atención en el computador para activar el programa que guardaba sus novelas, pero al parecer había perdido todo contacto con la inteligencia artificial que comandaba el programa del bunker. Para su asombro, la nave o el supuesto módulo que lo había asistido por tanto tiempo, ahora se encontraba por completo, desconectado de su mente y de su cuerpo. Por ello, las terminales que transportaban el plasma que nutría su organismo, habían dejado de trabajar y seguramente el oxígeno y la presión artificial creada en la pequeña atmosfera de aquel pequeño refugio en cualquier momento desaparecerían, llevándolo a una muerte espantosa.

¿Eso sería todo? ¿Finalmente su vida acabaría?

Pero ¿qué pudo haber sucedido con el ordenador central, como para que de pronto toda la información hubiera colapsado? Era como si todo hubiera quedado congelado en el tiempo, menos su consciencia.

Nuevamente volvió a mirar a su alrededor, y esta vez su mirada penetró de tal forma en el panel de control, que lo que alguna vez había determinado como líneas claras, ahora presentaban en su más ínfima estructura, una apariencia delimitada por pixeles, tal como los veía dentro de sus obras.

Temblando, empezó a mirar sus delgadas y arrugadas manos, y temiendo que no existieran, las pasaba sobre su rostro una y otra vez, intentando además reconocerse a sí mismo para apartar el

terror que le deparaban los siguientes minutos de existencia, sus últimos minutos.

Ya no tenía ni siquiera escape a sus mundos de fantasía, ahora realmente se encontraba completamente solo, sin nada más que hacer, que pensar en esa inevitable muerte. Ya no tendría la oportunidad de crear las últimas tramas en sus historias, como alguna vez lo hubiera deseado: *crear y dejar registrada su creación hasta en el último instante de su existencia*; perdería entonces la más sutil de las inspiraciones, de la que son presas las almas, cuando se encuentran al borde de la muerte; la dulce muerte de la que nunca imaginó llegar a tener miedo...

—*¡Aul, se volvió a colgar el programa!*

—*¡Oh, no puede ser! ¡Esta vez estuvimos tan cerca de conseguirlo! ¡Resetea Aim, no queda de otra!*

—*¡Pero se volverá a colgar! ¡Ya lo hemos intentado algunas veces, Aul!*

—*¿Y qué esperabas de una Fertilización Cuántica? Tenemos que hacer nuestra parte, Aim, el suministro cuántico funciona mejor con el cero absoluto, por eso estamos aquí.*

—*Y todo este complejo método solo para conseguir la Medición Impedida. ¡Esto es algo casi imposible, Aul!*

—*¡Lo sé! Por ello hay que seguir poniéndole fe a nuestro operador y a la fuente.*

Las mañanas siempre se perciben del mismo modo, no obstante, algunos podemos coincidir en esa sensación de estar ocupando un espacio que te conecta a tu cuerpo, a la cama, a la habitación, al lugar, a la situación, a la habitual vida que te lee los pasos antes de levantarte; la propiocepción y luego Sísifo y su condenado viaje a las tortuosas vicisitudes que se agolpan en tu mente para hacerte creer que al respirar vives cuando ciertamente mueres. No es simple retórica, no lo es, porque realmente mueres para poder vivir. La poética abstracción se fue diluyendo y las lúgubres imágenes se reubicaron en la coladera de su mente.

...Por extraño que le parecía, Adam no podía negar que aquello ya le había sucedido antes, pero ahora, la zozobra de saberse parte

de un programa dentro del ordenador que comandaba la pequeña caja metálica en que se había convertido el bunker, gobernaba por completo su mente. Su miedo a no saber la verdadera composición de su naturaleza era un monumental engendro que lo aplastaba paulatinamente, asfixiando más y más su consciencia.

Sus manos aferradas a la superficie del inerte panel de control, querían arrancar su más preciado tesoro de las tinieblas del olvido. Alguna vez pensó en lo triste que sería que nadie percibiera sus creaciones, sus novelas, sus mundos, pero al menos estaría él para admirarlos; sin embargo ahora, el destino le había arrebatado ese único consuelo. Sin darle tregua, su inquieta consciencia volvió a insinuarle su naturaleza hiperbórea, recreada quizás en un diminuto chip, que ahora se había colgado, por una aparente contradicción.

Ahogado en su desdicha, cerró los ojos para intentar recuperar la calma. Lentamente abrió su mente a los recuerdos, para evocar cordura y alejarse de una ineludible locura, pero inevitablemente, aquel intento lo llevó a enfrentarse con la infinidad de mundos que había recreado en sus tantos años de aislamiento. Cada minuto que le tomaba darse cuenta de su equivocación, lo forzaba a recuperar los momentos previos de su llegada a ese inhóspito lugar, la última conversación que mantuvo con un ser de su especie, la última imagen de su rostro, debajo de aquella sarta de pelos y arrugas que enmarañaban su piel, pero sobre todo, cómo era la vida y la apariencia de todo lo que había dejado en su lugar de origen...

—*¡Aul, lo conseguimos! ¡Justo a tiempo! No pudimos desbarnos de la constante de origen, pero al menos conseguiremos llenar otro espacio del universo. El jefe se va a poner contento, Aul.*

—*Sí, así es Aim. Ahora la responsabilidad pasa a manos del editor. Finalmente un nuevo mundo nacerá de toda la experiencia que pudimos conseguir del N137.*

—*¡Vaya! Hubiera sido una pena que todo se hubiera echado a perder. ¿Cómo es que todavía nos tenemos que valer de novelistas, para crear nuevos mundos con el programa de Fertilización Cuántica?*

—El suministro cuántico podrá funcionar a las mil maravillas aquí en el espacio, estableciendo partículas y materia por todo el universo, pero ponlo a crear sobre la nada, experiencias que valgan la pena. La creación sin nuestra intervención es sólo roca y polvo cósmico.

—Sin embargo, siento curiosidad del mundo original, Aul.

—¡No entiendo! ¿Preferirías estar en el departamento de selección, recolectando brotes de creatividad? Tuvimos suerte con el N137.

—¿Mirar hacia atrás, a las estrellas lejanas? ¡Claro que no, Aul! Es sólo que me hubiera gustado tocar un rostro, un cuerpo, ¿sabes? Percibir todo ese torrente de emociones que puede generar el llamado tiempo, en cada uno de estos seres.

—¿Tener la consciencia encerrada en tres dimensiones? ¡Oh! Aim, amigo mío. Sabes que aunque pudieras pedir regresar en una emisión de fotones, no habría forma de implantar tu ente, en un cerebro. Deja de soñar, Aim; siempre haces lo mismo después de cada fertilización.

—Tienes razón, Aul.

El sutil flujo electromagnético emitió una especie de suspiro, y se abandonó dentro de su matriz: una brillante burbuja de gas, dibujada sobre un sinfín de estrellas en un infinito mar de posibilidades.

JOE MILLOJARA

(LAGO AGRIO, 1979)

Seudónimo de Jorge Gehovany Jaramillo Jiménez. Nacido en Quito y radicado la mayor parte de su vida en Lago Agrío, provincia de Sucumbíos, donde se desempeña como docente de Lengua y Literatura. Entre sus publicaciones se encuentra el poemario *Huida necesaria* (2016) con la coautoría de Alejandro Romé; la novela *Piedras y espinas* (2018); *Relatos de la urbe* (2019) y su reciente novela *Arcoíris* (2020). Es un autor cuya narrativa encierra una variedad de mensajes dirigidos a la sociedad y sus problemáticas.

VOYAGER I

Los científicos de la Nasa, Julian Lowell y Peter Costn han estado monitoeando los movimientos de la sonda Voyager 1, enviada desde EE.UU en septiembre de 1977. A pesar de que se encuentra a una distancia incalculable del Sol, su importancia no ha decaído para estos científicos. La Voyager 1 se encuentra fuera del Sistema Solar, viajando a enormes velocidades, cerca de 17 Km/s y se dirige al Espacio infinito y a mundos desconocidos por la humanidad.

—¿Crees que la sonda aún pueda enviar información? —preguntó Julian a su colega.

—Es posible, debemos mantenernos pendientes. La Voyager 1 fue construida con resistentes materiales, y no es fácil que el ambiente hostil del Espacio la destruya.

Los científicos sonrieron entusiasmados, con la viva esperanza de que el artefacto informara más datos sobre el Cosmos desconocido. En ese instante tocaron la puerta y un hombre corpulento, de avanzada edad y blanca barba, ingresó a la cabina de monitoreo:

—¡Señores! ¿qué nos dice la sonda, ha llegado nueva información o debemos olvidarnos de ella?

Era el astrónomo Jeff Partinson, un científico que había participado en el envío de la Voyager al Espacio, y a pesar de los muchos años que pasaron, le mantenía gran atención y aprecio a esta máquina, por los innumerables conocimientos que ha aportado a la ciencia.

—No, Jeff, hasta el momento existen cero novedades con la sonda, seguro se estará dando un ligero descanso —mencionó Julian con cierto tono humorístico.

—Pero que la siesta no sea eterna porque estoy interesado en saber lo que hay más allá del Sistema Solar —añadió ansioso el astrónomo.

Los científicos encargados del monitoreo continuaban pendientes de las últimas informaciones que podía enviarla Voyager 1. Cerca de las once de la noche, dentro de la cabina de comunicación interestelar DSN, Julian y Peter mantenían un breve diálogo sobre los secretos que el Universo encierra. Se preguntaban lo infinito de su extensión y qué interesante sería conocer sus maravillas y misterios.

Pero la máquina robótica no emitía ninguna señal. Su enorme distancia respecto al planeta la confinaba a perderse en el olvido del insondable Universo. Su destino, ya no era una posibilidad, sino una inevitable realidad: sumarse a la lista de basura espacial.

—Creo Peter que hasta aquí debemos esperar a la Voyager 1. Ya no hay ni la más mínima señal. Mira los radares, no la detectan, están muertos. Es una pena, para serte sincero yo también me encariñé tanto con esta máquina que absurdamente pensé que seguiría entre nosotros. Todo ha sido un tonto anhelo.

El científico Lowest, un poco frustrado por la evidente desaparición de la sonda, se dirigió a su computador personal para levantar un informe final donde se daba a conocer de manera concluyente, la baja inmediata de la Voyager 1, por considerarse un objeto espacial fuera del control de la Agencia Espacial estadounidense.

Peter Costn, entre tanto, buscaba todos los archivos que contenían la información almacenada que la sonda, ahora errante, había aportado. Pretendía guardar en una sola carpeta digital aquellos datos científicos invaluable para la Astronomía y que serían adjuntados al informe de Lowest para cumplir con los reglamentos del protocolo.

—Julian, ahora debemos concentrarnos con todos nuestros sentidos en las sondas activas. Recuerda que la OSIRIS-REx pronto tomará las muestras de la superficie del asteroide Bennu, por lo tanto el monitoreo hay que apuntarlo hacia allá. Además no te

olvides de las cuatro máquinas que están orbitando Marte. En fin, amigo, tenemos mucho qué hacer con el equipo, así que manos a la obra.

Dejando la conversación a un lado, se concentraron en los paneles que precisaban el rumbo de las varias misiones estadounidenses en el Sistema Solar. Aparecieron la JUNO, la MARS EXPRESS, la DART, la InSighth, entre otras, que flotaban en el vacío espacial, como arañas metálicas colgadas de sus hilos transparentes. El trabajo de los científicos era fascinante, pero también agotador. Los bostezos de ambos, lo corroboraban.

Medio adormilados en su cabina de monitoreo, y faltando poco tiempo para ser relevados, escucharon súbitamente una extrañísima voz en los radiotransmisores espaciales:

—Uugeejjr opposeauii buiuiuff

—¡Escuchaste eso Julian, te diste cuenta o lo imaginé!

—¡No, Peter, es cierto! Fue una voz. Pero, ¿de dónde viene?

Los científicos reaccionaron pasmados al escuchar sonidos totalmente desconocidos. Nuevamente:

—Uugeejjr opposeauii buiuiuff

—¡Oye, no estamos soñando! ¡Es alguien! ¡Alguien nos está hablando! ¿Será una broma?

Peter, observó a sus alrededores y constató que los demás compañeros del equipo de monitoreo tenían la mente y ojos ocupados en las misiones. Era imposible que les jugaran una broma, ya que se trataban de asistentes muy profesionales.

Revisaron los radares cuidadosamente y descubrieron, con el rostro absorto, que la señal provenía de la hace un momento perdida, sonda Voyager 1.

—Amigo creo que ha despertado de su siesta. Algo nos quiere comunicar. ¡Increíble!

—Soo yiiff nuuuhy dettoooods cabuuuke poooerr.

—¡Oh demonios! ¡Qué estamos escuchando! ¿Son palabras o interferencias?

Los científicos pasmados por el extraño lenguaje escuchado en los radiotransmisores no salían del asombro. Se miraban del uno al otro, creyeron por un momento que todo había sido producto de su imaginación. Pero el patético lenguaje se volvió a escuchar:

—Muuuiterreeei laiiiiseiteeee offfoteroov daaasiuu neyiiju looee

El pánico se apoderó de los dos desesperados científicos. Se levantaron despavoridos buscando a sus colegas para que escucharan los raros sonidos que venían de la sonda Voyager. Todos en masa y a empujones acudieron a la cabina, entre ellos, el astrónomo Partinson, deseoso de adquirir nuevos conocimientos provenientes del Cosmos. Llegaron raudos, pero solo el silencio reinaba en aquel lugar.

—Es increíble lo que ustedes nos han contado. Quiero creer que fue verdad, porque si lo imaginaron, les recomendaría unas vacaciones- mencionó Partinson con un evidente gesto de frustración.

—Señores, no hemos imaginado nada. Escuchamos cosas muy raras, nunca en mi vida he oído un lenguaje como ese. Además el DSN es el de la sonda. No puede haber errores —argumentó el científico Peter.

—¡Revisemos las grabaciones! —solicitó el inquieto astrónomo.

Examinaron las grabaciones y las voces extrañas, todos, las pudieron escuchar. Su reacción casi los hace desfallecer.

—¡Miren compañeros, la sonda emite señales como si estuviera regresando al Sistema Solar!

Todos reaccionaron sorprendidos con las palabras de Julian. Observaron acuciosos el panel de radares, y en efecto, comprobaron que las señales se iban haciendo más cercanas con el pasar de los minutos.

¿Qué estaba pasando? ¿Quién movía a la sonda? Era imposible traerla de regreso, por la gran velocidad que había tomado en estos años. La sorpresa era indescriptible.

La NASA se comunicó de inmediato con el Gobierno estadounidense informando de la extraña situación.

El Presidente de los EE.UU, ordenó que se mantuviera en secreto este caso, para no alarmar al mundo entero. Y además emitió un comunicado urgente al Pentágono para que se prepararan ante cualquier amenaza inesperada.

El mundo vivía con cierta tranquilidad, la gente cumplía sus actividades normales, viajaba, festejaba, pero ignoraba lo que sucedía en el Espacio. Mientras tanto, la NASA y el Gobierno de los EE.UU no descansaban. En todo su territorio y bases en el mundo, eran frecuentes grandes movilizaciones militares. La gente sorprendida preguntaba qué sucedía, la prensa alarmada buscaba respuestas en los altos superiores para justificar los desplazamientos. Ellos les aseguraban que solo se trataba de ejercicios de rutina.

En la noche del 18 de diciembre del 2022, vino lo que muchos nunca esperaron y que pocos lo sabían, pero no se atrevieron a contarlo. El cielo oscuro de varios países de la Tierra fue alumbrado por luces de distintos colores, movimientos de increíble velocidad y desplazamiento, que la tecnología terrícola jamás igualaría. Miles de luces asomaron desde la atmósfera superior, eran naves metálicas, tan brillantes semejantes a la plata. Las estrellas se volvieron imperceptibles ante las luces de aquellos objetos no identificados.

La humanidad testigo de las escenas, estallaron por el horror. Gritos de auxilio se escuchaban de forma desesperada. Creían que el fin del mundo había llegado; que la Tierra, como en los cuentos de ciencia- ficción, era invadida por seres extraterrestres malvados, con ansias de sangre y muerte. El llanto, el miedo y la incertidumbre, hacían presa fácil de los seres humanos. ¿Había llegado la invasión, tan cultivada también en las películas hollywoodenses?

Los científicos de la NASA que sabían lo que estaba aconteciendo, bajaron su cabeza, como presintiendo que fue un error haber puesto en la Voyager un CD bañado en oro con información de la Tierra. Esos datos, fueron seguramente los que guiaron a los invasores hacia el planeta. Y ahora, el desastre, el final de la humanidad, era casi seguro.

Los EE.UU y su ejército armado con la última tecnología militar, esperaron las acciones de las naves invasoras. Eran miles en el cielo, parecían un ejército de estrellas que se aprestaban a caer como armas de fuego. De pronto, un objeto muy conocido por la NASA apareció suspendido en el aire en dirección a la superficie terrestre.

—¡Es la Voyager! ¡Es la sonda! —casi a gritos, mencionó Julian, desde el centro de operaciones.

—¡Sorprendente, increíble, nuestra sonda ha vuelto, pero quiénes la han traído! — agregó emocionado el anciano astrónomo, Partinson.

Las preguntas empezaron a llover en la Agencia Espacial. La sonda lentamente bajó a la superficie que desde 1977 hasta el 2022, se mantenía intacta, como si el tiempo en el Espacio no existiese. Luego, dos naves de forma triangular bajaron detrás de la sonda. Eran momentos expectantes de alta tensión. No se sabía qué iba a suceder con esas naves en tierra y las miles esperando en el cielo. Las puertas de los ovnis se abrieron dramáticamente. Los militares con sus armas avanzadas estaban atentos ante cualquier movimiento amenazador. De repente, en medio de las luces intensamente brillantes, se observó una figura imponente, con un raro traje, color escarlata, casi parecido a la forma de las escafandras de los astronautas terrícolas. Sus pasos lentos, pero firmes, causaban la atención del mundo, que por esos momentos observaba en directo, a través de los medios de comunicación, lo que estaba ocurriendo en tierras estadounidenses. Incluso los ejércitos mundiales, tocaron las alarmas para prepararse ante cualquier ataque alienígena que pudiera darse a nivel global. El visitante, salió completamente de la nave, su altura era más que el promedio de un terrícola, pero su fisonomía era sorprendentemente muy similar a la humana, a diferencia de que sus brazos parecían tener dimensiones más largas, proporcionales al resto de su cuerpo.

El mutismo presente era interminablemente angustioso. Las naves suspendidas en el cielo, ni siquiera expelían algún sonido.

Eran como si no tuvieran motor, y solo se desplazaban con una rara fuerza del viento. ¡Qué prodigiosa tecnología tendrían aquellos seres!

Los misiles, fusiles, granadas y todas las armas de destrucción masiva, estaban en su punto máximo, listos para ser activados si fuera necesario. Los soldados estudiaban cada movimiento del extraño ser. Su estatura pronunciada le daba un toque de supremacía y peligrosidad ante el resto de humanos.

Al darse cuenta de que la bienvenida no era muy cordial, más bien de acecho, el alienígena colocó sus manos tratando de agarrar su casco color escarlata. Lo asió levemente, y poco a poco, fueron descubriéndose sus facciones físicas.

Era sorprendente. El mundo quería ver el rostro del visitante. Siempre nos habían contado de monstruos verdes, insectiles, arácnidos, seres con cabeza grande y ojos oblicuos, etc. Pero su rostro era de un color encendido, semirojizo, sin cejas y ojos normales. Tenía labios, muy finos, y pero su rostro la ostentaba, increíblemente, con parecido humano.

Las naves comenzaron a titilar sus luces como si estuvieran entablando un secreto diálogo o interpretando algún código. El ser, no se inmutó. Estaba firme en la intención de presentarse, tal como era ante los ojos terrícolas. En su rostro rojizo se deslumbraba extraordinaria calma, a pesar de que cientos de armas apuntaban directamente a sus sienes escarlatas, de superficie lisa, carente de pelo.

Ante el reinante silencio y expectación sobre lo que podía ocurrir con las armas terrícolas apuntando a los innumerables ovnis fulgurando en el cielo, y a la presencia del extraño ser, este, lentamente se acuclilló, y de sus brazos largos, cubiertos con un raro ropaje, se divisó una especie de dedo con el cual empezó a trazar unos signos en el aire, cerca del suelo, sin rozarlo. Al realizar estos gráficos invisibles, la sonda Voyager 1, pareció revivir, emitió un chirrido metálico parecido al de las bisagras de las puertas sin lubricación.

Todos dirigieron las atentas miradas hacia la sonda de 722 kilogramos que se mantenía encendida, alimentada por los tres generadores de radioisótopos que le proporcionarían energía eléctrica en los ignotos linderos del Sistema Solar.

La gigantesca antena de 10 metros le daba un toque amenazador como si pretendiera lanzar un rayo fulminante para proteger a sus nuevos amigos extraterrestres y castigar a los humanos por haberla lanzado sin boleto de retorno.

Las cámaras ISS desplegaron sus lentes y ayudados por tecnología de aquella raza desconocida proyectaron una especie de hologramas muy nítidos al ojo humano. Daba la impresión viva de una televisión gigantesca, transparente, y a la vez, espectral.

¿Qué proyecciones extrañas eran esas? ¿Qué pretendían informar mediante aquellas imágenes?

Es muy conocido que en la Voyager 1 se agregó un CD de cobre bañado en oro y que contenía sonidos, imágenes y mucha información del planeta Azul. ¿Se trataría de la misma información?

De inmediato, se vislumbró en la nítida pantalla, el inmenso Espacio, brillando como pequeños adornos miles de estrellas que configuraban las constelaciones y otras galaxias.

La memoria de las cámaras empezó a recordar el itinerario de la sonda.

Apareció el planeta Rojo, y se observaron sus inmensos campos de dunas mecidos por el viento marciano; sus casquetes polares que cambian con las estaciones, dando la esperanza de encontrar pequeños riachuelos de agua y sus múltiples cráteres que recuerdan el castigo recurrente de infernales meteoritos cósmicos.

Fue el turno del Cinturón de Asteroides, una región de trozos de roca que se encuentran dispersos entre las órbitas de Marte y Júpiter. El gran Ceres se imponía sobre el resto, ostentando sus manchas brillantes que contienen una gran cantidad de amoníaco.

El colosal y brillante Júpiter estaba a la vista. Aunque se vislumbró un gran remesón en la sonda, pues la gravedad de este planeta le dio un increíble empuje. Se pudo divisar la Gran Mancha

Roja, su misterio interno, los gases tóxicos que componen la atmósfera joviana y las tormentas eléctricas que arrecian inclementes al gigante del Sistema Solar.

La población militar por esos instantes aflojaron los gatillos de los fusiles; otros, levantaron sus dedos de los teclados que activarían las armas de destrucción masiva, y los helicópteros y aviones bombarderos habían apagado sus motores. Todos parecían una familia numerosa que se estaban entreteniéndose con un programa de televisión donde se documentaba un recorrido al Sistema Solar. Solo faltaba la publicidad para confirmar lo antes dicho.

La belleza misteriosa de Júpiter y sus setenta y nueve lunas cobijadas bajo su manto imponente, dejaban entrever lo maravilloso del Espacio estelar. Como si fueran guardianes agazapados, estas lunas aparecían ante los ojos de todos, destacándose majestuosamente el siempre estudiado Ganimedes. Hay muchas creencias y relatos de que en este satélite existe una civilización inteligente que cuenta con tecnología que le lleva dos mil años de adelanto a la terrícola.

¿Creeremos estas afirmaciones de supuestos humanos que llegaron a este lugar y que pudieron compartir con aquellos seres?

Independientemente de si estas versiones fueran reales o ficticias había que asombrarse viendo la panorámica fabulosa de Ganimedes. El satélite más grande del Sistema Solar y muy parecido a la Tierra. Concedía la impresión de que era un lugar que podría albergar vida y en cualquier momento el lente captaría alguna criatura con facciones humanas.

Se estaba al tanto de que este satélite contenía muchas ranuras de lava solidificada, confirmando la incesante actividad volcánica del cuerpo celeste, y además estaba compuesto por una corteza de hielo sobre un cenagoso manto que puede contener agua líquida. Sin embargo, las cámaras de la sonda al enfocar la superficie de Ganimedes dieron otra perspectiva. Aparentemente, y si las vistas no engañaban (que lo dudo mucho) se pudo ver de manera fabulosa, inmensos caminos cual si fueran carreteras y lo más atrapante,

estaban cercadas por construcciones, diríamos muy, pero muy similares, a la Gran Muralla China.

El mundo entero se quedó estupefacto. ¿Se ha develado el misterio? ¿Ganimedes no es un satélite solitario sino un lugar donde vive quién sabe qué raza alienígena? Muchas preguntas, ninguna respuesta. Todos se miraban las caras largas y quietas como buscando una explicación mayor sobre lo observado.

Pero el recorrido continuó. El suspenso parecía ser el protagonista principal en el periplo de la sonda que lo seguía resumiendo, ante la contemplación imantada del mundo que observaba aquellas imágenes extraordinarias.

Fue el turno de la joya saturniana y sus anillos relucientes. No cabía duda que lo visto en los libros, láminas, y otros documentos más, no hacían honor a la realidad de este planeta. Las palabras faltaban para describir tanta majestuosidad. Un diamante pulido en el espacio. Una gema, aunque de composición gaseosa, digna de ser pintada como el paisaje más bello para los ojos vivientes.

Las tomas eran casi perfectas. Pudo apreciarse el gran descubrimiento que la misma Voyager 1 realizó en 1982, enviando imágenes del impresionante hexágono nuboso que se encuentra rotando en el polo norte del planeta. Cómo no petrificarse de emoción indescriptible al tener frente a los ojos a los enormes anillos compuestos de partículas de agua helada.

—¡Maravilloso! ¡Simplemente maravilloso! —musitaban los amantes de la ciencia astronómica. No estaban soñando ni tampoco se encontraban en un observatorio de astros. Era la pura realidad colgada en una pantalla gigantesca. Todos en ese instante se creyeron astronautas que viajaban en la pequeña sonda conociendo los misterios más increíbles del Sistema Solar. Era un deleite inefable observar imágenes jamás vistas por los ojos humanos. Incluso, los mismos científicos astrónomos, hacían sus anotaciones de todo lo que estaban observando para futuros cambios y actualizaciones en los conocimientos del Cosmos.

Mientras el mundo estaba hechizado observando el periplo de la sonda; en el cielo las miles de naves desconocidas se mantenían suspendidas como agarradas por hilos invisibles que se sujetaban a las nubes oscuras. Era una extraña inmovilidad dejando pensar que sus tripulantes también eran presas de una inusitada expectación.

Luego de pasar por Titán, el mayor satélite de Saturno, apareció de pronto otro inmenso cuerpo celeste fascinante: Urano, el gigante helado, llamado así por los astrónomos, cuya temperatura es la más baja del Sistema Solar, llegando a los 225° bajo cero.

Lo interesante era que todo coincidía con lo que se enseña y aprende en las escuelas sobre el orden y ciertas características de los planetas (por si hubiese algún incrédulo), excepto la belleza que distaba en gran escala de los libros, fotografías o documentales. Pese a ello, se podría asegurar que hasta ese momento la asignatura de ciencias estaba totalmente aprobada. Los alienígenas, así lo corroboraban.

Sin embargo, no se podía entender el propósito de estas visualizaciones. ¿Acaso pretendían tomar una lección de conocimientos astronómicos a los terrícolas? O, ¿actualizarlos respecto a lo que ya se conocía? Aunque estas proyecciones hubiesen sido aburridas para algunos escépticos, sucedía todo lo contrario, captaba la mayor atención de aficionados o no, como si se trataran de infantes, ávidos por conocer los secretos del Espacio.

Fue el turno de Neptuno, otro de los gigantes helados, que es conocido por poseer en su interior los vientos más poderosos del sistema planetario, capaces de destruir en mil pedazos todo lo que se cruce en su camino. Pudo divisarse la famosa Mancha Negra compuesta de tempestades inimaginables para el pensamiento humano. Se sabía que aquella mancha había desaparecido en 1994, pero de inmediato se había formado otra. He aquí un error de la ciencia. La Voyager 1 en su grabación, mostraba que no solo era una mancha sino varias que se distribuían en distintas latitudes del planeta, eso sí, casi imperceptibles, convirtiéndolo a Neptuno en la cuna de monstruosas tempestades que haría imposible cualquier

clase de existencia de alguna criatura, por más rara o adaptable que esta fuera.

El mundo expectante, entre ellos, científicos, militares, gobernantes y gente común, interlocutaban diciéndose: ¡y qué viene luego! Con este planeta se acaba todo. No hay nada más que ver. Ahora sí, ¿empezará la masacre?

Los fusiles se pusieron en acción. Los motores prendieron sus estridentes crujidos, los tendones activaron la motricidad de los dedos, listos para presionar a la orden dispuesta por los generales. El suspenso era desesperante. ¡Quién daría el primer paso de ataque! ¿Los terrestres o los alienígenas?

Aunque se miraban mucho más poderosos los visitantes desconocidos, los comandos militares estaban dispuestos a sacrificar sus vidas para salvar a la raza humana de cualquier invasión o agresión mortal. No importaba de quiénes se trataran. Si la guerra era inminente, la solución consistiría en pelear hasta vencer o hasta morir.

No obstante, el ser de traje escarlata, quien prácticamente había estado dirigiendo la función tele-holográfica, alzó su largo brazo derecho, realizó otro gráfico pero ya no cerca del suelo sino que lo hizo encima de su cabeza, dando a entender que lo que venía era grande, muy grande. Nuevamente todos se paralizaron por la curiosidad. ¿Qué significaban esas señales invisibles sobre su cabeza?

Se debe aclarar que la Astronomía hace muchos años había descartado a Plutón como planeta por tratarse de un cuerpo pequeño que no tenía dominancia orbital, pero era el que seguía en la lista, según la tradición científica, así que todos se aprestaban a observar el desfile en la pasarela astronómica de este plutoide; pero... antes de alcanzarlo, se observó en el horizonte estelar el cinturón de Kuiper, descubierto en 1951, compuesto de asteroides helados de dimensiones importantes, y muy similares a los que se encuentran entre Marte y Júpiter, pero con la particularidad de que se movían a su alrededor millares de partículas de hielo que formaba una densa nebulosa que obstaculizaba la vista de cualquier telescopio desde

la Tierra. La sonda New Horizons cuando llegó en el 2015 al punto más cercano de Plutón pudo reportar estas novedades.

Sin embargo, lo interesante de este hallazgo científico es que la cámara ISS activó su termómetro automático y detectó la temperatura. El descubrimiento fue avasallante para la ciencia y sus abanderados. Este cinturón extrañamente desprendía calor, es decir, sus trozos mayormente compuestos de hielo seco parecían derretirse de forma lenta por alguna extraña energía que estaba extinguiendo paulatinamente Kuiper, una región donde se sabía se originaban los cometas de periodo corto. Y lo más impresionante, y que claramente se podía vislumbrar en los hologramas, era que daban la impresión de que la fuente de calor provenía desde la Heliopausa o de la Nube de Oort.

La Voyager 1 ya no había enviado información actualizada por encontrarse a una considerable distancia. Y por ello estos descubrimientos sorprendentes eran totalmente nuevos para la ciencia. Claro está que la sonda fue construida para estudiar los planetas gaseosos, y el empuje por la fuerza gravitatoria que recibió de los mismos, le produjeron una extrema velocidad, que su regreso a la Tierra prácticamente era inconcebible. Su destino será deambular por el Espacio interestelar hasta que alguien quizá la encuentre (si existiera vida inteligente) o si no, se convertirá en una más, de las chatarras que proliferan en el Universo.

Cabe recordar que la Voyager 1 llegó a la Heliopausa en diciembre del 2004. Cruzó esta zona y llegó al Espacio interestelar el 25 de agosto del 2012, a 19 mil millones de kilómetros del Sol. Es decir, su paso demoró cerca de 8 años, aproximadamente.

Esta región es totalmente desconocida por la ciencia astronómica. Solo se manejan teorías sobre los límites del Sistema Solar. Ya la información de la Voyager 1, aunque tenía vida informática hasta el 2025, por su energía nuclear de radioisótopos, es difícil obtenerla, debido a las barreras del tiempo y espacio.

El cine alienígena, aún conservaba inmóviles a sus cinéfilos. El ser de traje escarlata volvió a realizar trazos invisibles sobre su ca-

beza, y ante la vista de todo el mundo que en ese instante estaba interconectado con los hologramas, pudieron descubrir lo que sus ojos, si no hubiesen visto, jamás lo hubieran creído. El periplo de la Voyager 1 llegaba a su fin, justo cuando frente a sus cámaras ISS, a millones de kilómetros de sus fierros, pero que parecía que le tocaba la punta de su antena de 10 metros, asomó fulgurante un cuerpo celeste descomunal que brillaba como fuego ardiente, que daba la imagen de un nuevo Sol, de una estrella gigante forastera que estaba por invadir los límites del sistema planetario.

¿Acaso de aquel gigante globo de averno venía la fuente de calor que estaba desapareciendo lentamente el Cinturón de Kuiper? Por supuesto que sí. No había duda. Ese era el manantial de energía cósmica que a la maltrecha sonda la amenazaba con convertirla en metal fundido debido a los efectos caloríficos y gravitatorios de aquella gigante estrella, o ¿tal vez planeta? No se lo podía afirmar a simple vista. Pero era una absoluta realidad.

La mayor parte de la gente reaccionó jubilosa, pues descubrir otro cuerpo celeste y muy gigante en el Espacio, cambiaba totalmente la óptica científica. Otros millares, en cambio, llegaron a creer que todo ese tiempo de imágenes fue una pérdida de tiempo porque no estaban muy enterados ni interesados en descubrir nuevos astros. Pero el ser de brazos largos y figura imponente, cual si tuviera en su boca de labios finos, un potente megáfono, lanzó al aire un conjunto de sonidos indescifrables al oído humano, en una lengua desconocida en el globo terráqueo:

—Muuuiterreeei laiiiseiteeee offfoteroov daaasiuu neyiiju looee

Eran las mismas palabras que se escucharon en los estudios de la NASA y que provenían de la sonda Voyager 1. ¿Qué trataba de decir? ¿Qué mensaje pretendía comunicar a la humanidad?

Luego de unos segundos, y ante la atención del mundo entero, que jamás había escuchado esas extrañas palabras, excepto los de la NASA, nuevamente escucharon:

—*Death approaches your planet, and there is no escape* —escucharon a aquel ser, pero ahora comunicándose en un idioma de la Tierra.

Prosiguió hablando el ser de traje escarlata, y para resumirlo y traducirlo en idioma español, su mensaje fue desolador para la humanidad, incluyendo a los escépticos que ahora sí prestaron atención y estallaron en una espantosa angustia.

—Ciudadanos Terrestres, lo que vieron es un nowwe, así le llamamos nosotros, a lo que ustedes denominan planeta. Es un gigante compuesto de roca fundida, un lugar lleno de fuego líquido que libera gran energía, y debido a su fuerza gravitatoria, va destruyendo todo lo que esté a su paso y cerca de su órbita.

El alienígena sorprendentemente parecía tener poderes telepáticos, ya que daba la impresión de que había estudiado de forma minuciosa la mente humana, pues estaba muy bien informado del vocabulario terrícola tanto en términos científicos y del habla común. Su lenguaje era muy entendible y familiar para la mayoría de habitantes que dominaban el inglés, puesto que se había constituido en la lengua de comunicación mundial y se la enseñaba obligatoria e intensivamente en escuelas y entidades sociales a toda clase de personas, sean niños, jóvenes, adultos o viejos. El ser extraterrestre, prosiguió:

—Este planeta que muchos estudiosos lo llaman Hercólubus, existe, ciudadanos de la Tierra. Egtart, como es conocido por nosotros, se acerca a este sistema planetario sin marcha atrás. Le hemos seguido los pasos a buena distancia. Nosotros somos los IRK, un ejército de guerreros de la galaxia. Viajamos a través de portales en busca de vida porque sabemos que en Ciiedt o Vía Láctea, como ustedes la han nombrado, existen diferentes razas y tenemos el deber de buscarlos y salvarlos de cualquier hecatombe. Cada galaxia tiene su ejército de guerreros. Nosotros pertenecemos y cuidamos a Ciiedt.

»Deben sentirse felices de haber enviado su sonda con información. Esto ha sido muy importante para nosotros porque así los hemos localizado. Ahora hay que prepararnos para enfrentar al monstruo que se acerca a enorme velocidad, aunque parezca imperceptible.

»Les pido, por favor, bajar sus armas. Somos sus amigos y aliados, no sus enemigos. Jamás invadiríamos a nuestros hermanos galácticos. Quiero decirles que sí hay una escapatoria, en eso hemos venido trabajando todo este tiempo. Les confieso que hasta el momento nuestras naves han hallado a cinco civilizaciones y con ustedes serían la sexta. Este gigante asesino ha venido destruyendo miles de planetas, afortunadamente deshabitados. Cuando Egart se va acercando a un mundo, nos apresuramos en indagarlo y si vemos que no hay seres vivientes, nos alejamos hacia otros planetas que podrían cruzarse en su camino.

»Destruirlo no es sencillo. Cada vez que colisiona con diferentes astros se alimenta de su energía y aumenta su volumen. Solo podemos evitarlo y alejarnos de su rumbo. Su planeta Tierra no tiene mucho tiempo. En cuestión de meses, el nowwe entrará a la Heliopausa y su efecto gravitatorio causará un caos orbital y los planetas serán arrastrados, tragados y fulminados por este infierno flotante. Incluso su estrella que la llaman Sol, será la que más energía le dé, acrecentando su monstruosidad infernal.

Los generales que estaban al mando de los comandos, esperaron órdenes superiores. De inmediato bajaron sus armas y el ser de traje escarlata, con el rostro mucho más sereno y lleno de confianza, continuó su discurso

—Hemos traído de vuelta a su sonda porque era la única forma de que ustedes sean testigos de la verdad. Hubiésemos venido solo con nuestras naves, pero era importante de que observen con sus propios ojos las grabaciones ocultas que su máquina estaba grabando.

»Sabemos que en su raza hay estudiosos de la antigüedad que hablaron de esta inminente desgracia. Creedles. Son sabios que dejaron valiosos conocimientos. Muchos de ellos llegaron de otras civilizaciones galácticas, huyendo precisamente de estos asesinos.

»Ahora deseo contarles el secreto de todo este caos. Nuestros maestros nos han enseñado como ley que rige el universo, el poder de la atracción. Por ejemplo, si quieres el bien en tu vida, debes

pensar igual. Si piensas en que te va a ir mal en tus acciones, los resultados serán similares. Es decir, la mente es poderosa, es un imán que atrae lo que se piensa.

»Este monstruo es como un gigantesco cerebro inteligente que percibe o recepta las ondas eléctricas a distancias incalculables. Energía buena, o energía mala. No sabemos de qué está compuesto o quién lo controla o quién lo creó. Nuestros antepasados decían que puede ser un hijo de la maldad o un instrumento de los dioses para castigar la perversidad. No podríamos asegurar su misión, pero lo que sí sabemos es que a su paso deja muerte y desolación, y por eso lo consideramos un asesino.

»Raza humana, la única salvación es volver al bien. Sus acciones claramente se pueden ver que son de violencia, muerte, degeneración, pobreza, inequidad y contaminación. Mientras más se acentúan estas actitudes negativas en su mundo, no lo duden, que Egart apresurará su paso y más rápida será la destrucción.

»Pero, si la actitud cambia, si entramos al estado jutrs (paz), si se rescata la ética, la moral, las buenas costumbres y modales, donde exista el respeto a la vida, al prójimo, donde se cultive la solidaridad, el pensamiento humanista y se descarte la codicia, la avaricia, la ambición y el egoísmo, asimismo este cerebro infernal, perderá su norte, su ubicación y cambiará su ruta, porque creemos firmemente que su poder es alimentado por pensamientos malvados que llegan hacia el Espacio exterior como energía negativa y que es receptada por este despiadado nowwe.

»Nosotros podemos ayudar. Tenemos tecnología para remediar las tierras desérticas y convertirlas en fértiles, y de esta forma exista alimento. Podemos enseñarles los secretos para descontaminar más rápida y eficazmente los ríos, mares y fuentes fluviales que devuelvan la pureza de las aguas. Contamos con conocimientos para elaborar combustibles naturales con la misma potencia de los hidrocarburos, que no dañen su planeta y por fin se acaben las explotaciones petrolíferas. Tenemos grandes conocimientos en educación que forme voluntaria y sanamente a sus niños que cam-

biarán el presente y futuro de su mundo. No es suficiente con el afecto que encuentran en sus hogares ni con lo que aprenden en las escuelas. Hay un secreto de formación íntegra para el resto de sus vidas.

»Todo esto, está en nuestras manos para ustedes. Pero nada se puede hacer si de parte suya no hay predisposición. Les reitero somos sus amigos y compartiremos nuestros mejores conocimientos tecnológicos, pedagógicos y sociales para cambiar su forma de vivir y pensar.

»¡Es ahora o nunca! El fin se acerca. La solución está en la toma de sus decisiones, en el camino que quieran recorrer. ¿Desean vivir? ¿Anhelan que su raza sobreviva por miles de años más en este planeta? Ustedes tienen la última palabra. Los IRK, les extendemos la mano. Decidan, que no tenemos mucho tiempo.

Los terrícolas se miraron unos a otros. Les parecía difícil creer las afirmaciones del ser de traje escarlata. Pero había demasiada convicción en sus palabras que no cabía ni un alfiler de duda ante aquellas aseveraciones lógicas.

El aterrizaje se había dado en tierras estadounidenses por ser propietaria de la sonda y porque se había erigido en una nación regente del globo terráqueo. Sin embargo, las miles de naves de toda forma y color, de distinto tamaño y estética, estaban presentes en todos los cielos del mundo, como aguardando una orden superior, sin saber de qué índole.

Nadie habló. Solo el mutismo se expresaba. El extraterrestre lentamente cerró sus ojos, alzó su cabeza con dirección al infinito, volvió a abrirlos, clavó una mirada periférica e insondable a su alrededor. Luego, una sonrisa de complacencia se dibujó en sus labios finos, y de inmediato las miles de naves alienígenas, comenzaron a descender del centelleante firmamento.

CARLOS COELLO GARCÍA

(MANTA, 1983)

Narrador y poeta. Abogado de profesión. Ha publicado en poesía los libros *La inspiración de un fantasma* (edición de autor, 2002), *La creación perfecta* (Mar Abierto, 2009) y *El origen del mal y otros poemas* (Tinta Ácida, 2017). En narrativa publicó la novela de corte fantástico *Leyendas de un fauno* (Tinta Ácida, 2018) primer tomo de una trilogía. Desde 2017 escribe y publica desde su blog relatos de terror y horror. Varios de sus relatos constan en revistas digitales y antologías. Ha participado en encuentros literarios, tanto en su provincia como fuera de ella.

LO EXTRAÑO QUE CAYÓ DEL CIELO

El 10 de diciembre de 1965 a las 16h44 pm antes de la puesta del sol en un pequeño pueblo cerca de Pensilvania se observó en el cielo una bola de fuego de color amarillo, verde y azul parecida a la de un soplete que caía en la colina. Muchos pensaron que era un avión que se había estrellado.

Jack Murphy de cuarenta años, periodista y dueño de la única estación de radio que daba sintonía a la población. Un hombre que siempre decía la verdad sin tener pelos en la lengua, eso caracterizaba su personalidad.

Esa tarde estaba con su hijo de catorce años en un partido de béisbol, al llegar a casa su mujer los esperaba con la cena, de repente el teléfono sonó, su esposa contestó y le pasó la llamada. Era su secretaria y le informaba que varias personas desde las 17h20 pm estaban llamando a la emisora pidiendo información sobre lo sucedido; Jack se sorprendió y decidió ir al lugar, no sin antes coger su cámara de fotos, su grabadora, libreta y pluma. No le tomó mucho tiempo en llegar. Al hacerlo varios pobladores se aglomeraban de a poco tratando de ver lo que se estrelló contra las copas de los árboles. El periodista aprovechó que la policía local no llegaba aún, por lo que procedió adentrarse al bosque, prendiendo la linterna para divisar el valle y caminar hasta el barranco, encontrando un objeto no identificado que estaba parcialmente enterrado en el suelo; se parecía a la bellota que cae de los árboles.

Esa misteriosa nave medía dos metros y medio de ancho y tres metros de largo, era de color naranja brillante. Murphy procedió a tomar fotos, pero no estuvo mucho rato por miedo a que eso ex-

plote. Salió a la carretera principal donde había gente, todos atraídos por el extraño suceso. Un camión lleno de militares apareció, bajaron de la parte de atrás y alejaron a todos los que estaban ahí.

—Señores tengan la bondad de irse a sus casas, esta zona queda restringida —dijo uno de ellos.

Por otra parte, Jack entrevistaba a Thomas Ward, un niño de nueve años, uno de los pocos testigos que presencié el espectáculo.

—¿A qué se parecía lo que viste en el cielo? —le preguntó.

—Se parecía a una estrella en llamas, me asusté y le dije a papá que también lo vio —contestó Thomas.

—Es verdad lo que dice mi hijo. Eso parecía como dos grandes destellos y una larga línea de luz naranja, amarilla, verde y por último azul que llegué a pensar que era un avión —habló el padre del niño.

Jack grababa y tomaba apunte de las declaraciones en su libreta, pero no estaba contento con la poca información, así que siguió entrevistando.

—Mucho gusto soy Jack Murphy y me gustaría saber lo que presencié hace una hora atrás.

—Hola soy Adam Cooper, si lo conozco, usted es el famoso periodista que dice las verdades a quien se lo merece, y eso me parece bien, por eso no dejo de escuchar su programa todos los días. Bueno, le cuento que estaba sentado en el porche de la casa de mis padres cuando vi una bola de fuego con llamas alrededor que descendía a la colina y me di cuenta que una especie de humo o polvo salía de los árboles. Me dije que algo se había estrellado y decidí venir en mi Chevrolet para saber lo que pasaba —fueron las palabras del joven.

Centenares de militares seguían llegando y al ver que la gente no abandonaba el lugar, los obligaron a hacerlo.

—¡Por favor! Despejen la zona, sino estaremos obligados a decirle a la policía local que los arresten por invadir un área restringida —dijo uno de ellos.

—Pero nosotros tenemos derecho a saber lo que está pasando, somos moradores de este pueblo —dijo John Bell, un trabajador de un supermercado que quedada a dos kilómetros del sector.

—Lo que han visto estrellarse es un satélite soviético. El gobierno se encargará el día de mañana de publicar un comunicado, mediante los medios de comunicación explicando todo, así que por favor ya no los queremos ver aquí.

Pero John no estaba de acuerdo con aquella respuesta, así que se escondió detrás de unos arbustos esperando que solo los militares quedaran con el objeto no identificado y lo investigaran. Minutos más tarde llegó otro camión donde bajaron tres hombres con trajes lunares, uno de ellos llevaba una caja metálica con tapa a presión. Bell no les perdía la mirada y se dio cuenta que uno de esos sujetos abrió una pequeña y extraña puerta del objeto que eran resguardado por los militares que llevaban rifles. Este era el científico William Lewis quien se arriesgó a entrar y guardar en la caja algo extraño que lamentablemente John no pudo ver que era. Por lo que se retiró antes que uno de los agentes policiales o los mismos militares lo arrestaran.

El teniente coronel Thomas Morgan ordenó a su tropa que escondieran el objeto en el área 51, evitando el escándalo público y la presencia de la prensa; también dejó que el Dr. Lewis, astrónomo de la NASA junto al geólogo Nolan Baker y el físico Xavier Hernández se llevaran la cosa recogida para que la estudiaran ya que supuestamente estaba muerta. Estos hombres con trajes lunares se dirigieron para allá.

Al día siguiente Jack Murphy preparaba su reportaje, pero sus evidencias, que eran fotos, aún no habían sido reveladas. Decidió primero decir en la emisora que lo que se estrelló detrás de la colina no fue un satélite soviético sino una nave espacial nunca antes vista. En ese pueblo habitaban más de 2500 personas y casi todas escuchaban la radio esa mañana. Después de reveladas las fotografías, escribió un artículo para intentar publicarlo en el New York Times; sin embargo, a las 14h30 pm, dos hombres se presentaron

como agentes del gobierno, estos vestían trajes, corbatas y sombreros de negro, su piel era de un pálido enfermizo, pero sus labios estaban rojos brillantes, los ojos eran enormes y sin cejas.

—Buenas tardes, ¿usted es el señor Jack Murphy? —le preguntó uno de ellos.

—Sí, con el mismo, ¿qué se les ofrece? —preguntó el periodista.

—Trabajamos para el Servicio Secreto y nos han informado que usted tiene fotografías y un artículo escrito que demuestra la existencia de una supuesta nave espacial, y necesitamos comprobarlo.

Jack se quedó en silencio por varios segundos, no sabía qué contestar, se sentía confundido, pero como era real lo que vio y tenía pruebas respondió con un sí determinante. Luego le pidieron que enseñase las fotos y conversaron del asunto.

—Cómo ustedes saben todo esto, si nadie se dio cuenta cuando usé mi cámara y peor que había escrito un artículo del asunto. ¿Quiénes son? —terminó preguntando Jack.

—Eso no importa, ya le dijimos que trabajamos para el gobierno. Ahora necesitamos que nos entregue las fotos y el artículo escrito. No quisiéramos usar la fuerza, si se niega.

Después de la amenaza, no tuvo otra opción que entregar lo que le pedían. Cuando uno de ellos tomó las fotos las rompió al instante, mientras el otro se guardó el artículo en su traje y lo volvió a amenazar:

—Señor Murphy, sabemos toda su vida, conocemos a su esposa y tenemos conocimiento de donde estudia su hijo —cuando el periodista escuchó todo lo que le decían, se puso incómodo y ansioso.

—Está bien, ustedes ganan, no diré nada, tampoco volveré a mencionar algo sobre el tema, no toquen lo más valioso de mi vida, que es mi familia —dijo nervioso.

—Tranquilo ya no hay pruebas, solo diga en su emisora que hubo un error y lo que en realidad se revelaba en las fotos es un satélite soviético.

—No hay problema, así será —fueron las palabras de Jack. Ese mismo día dijo en la radio que pedía disculpas por asegurar sin pruebas que detrás de la colina se estrelló una nave espacial y que las fotos eran solo las tomas de un satélite soviético. Al regresar a su casa se sentía triste y deprimido, su mujer le tenía la cena lista como lo solía hacer, su hijo le conversaba sobre su próximo partido de béisbol, pero él no daba importancia.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la esposa.

—Tranquila que solo fue un mal día nada más. Fueron sus palabras.

Al pasar algunas horas los trabajadores de la NASA regresaron al laboratorio secreto que estaba ubicado en lo más profundo del área 51. Al estar ahí recién abrieron la caja de metal y con guantes y máscaras protectoras sacaron lo que encontraron en la nave. Un parásito alienígena que se asemejaba a una anguila. Su pequeña cabeza tenía la forma de un dinosaurio con ojos similares a una pelota de pin pon, estos eran viscosos, su boca estaba llena de colmillos, medía aproximadamente un metro de longitud y pesaba diez kilogramos.

Los compañeros del Dr. Lewis, Nolan Baker y Xavier Hernández se sacaron las máscaras protectoras para observarlo más de cerca y de repente, lo extraño que cayó del cielo tomó vida. Era veloz, se introdujo en la boca de Baker hasta llegar a su estómago y comerse todo el intestino y salir por el pecho, matándolo al instante. Segundos más tarde la cosa seguía teniendo hambre y saltó hacia la boca de Hernández que no pudo reaccionar. Eso se comía el corazón y los pulmones para después salir desde su espalda.

El Dr. Lewis sin sacarse la máscara protectora trató de correr hasta el botón de emergencia, pero su cuerpo temblaba tanto que se le dificultaba moverse rápido; cayó al piso, sin dejar de arrastrarse. Cuando dio aviso a los militares estos llegaron y trataron de matar a esa cosa. Aunque fue difícil de hacerlo por lo que se sumergía y emergía de la tierra sin dejar de matar a algunos militares, comiéndose sus brazos, piernas y otras extremidades del cuerpo; a

uno le arrancó la cabeza comiéndose sus ojos, nariz y orejas; entre más comía su hambre no se saciaba y eso lo desesperaba, fue en busca de William para devorarlo por completo. La cosa tenía más fuerza y su velocidad había incrementado, el doctor no tuvo remedio decidiendo tomar el arma de un militar muerto y empezar a dispararle, logrando matar a ese extraño ser.

El teniente coronel Morgan recibió órdenes del gobierno que lo sucedido no saliera a la luz y fuera un secreto de estado, hasta lograr saber de dónde provino la nave y aquel ser.

—¿Será el inicio a una guerra futura por la conquista de planetas o simplemente eso es la prueba que no somos los únicos en el universo? Reflexionaba el reconocido astrónomo y científico de la NASA el Dr. William Lewis, por ello, las autoridades, decidieron encerrarlo en un hospital psiquiátrico y evitar cualquier escándalo, no les convenía que la gente se alarmase.

Jack Murphy nunca más habló del tema, su personalidad cambió, volviéndolo alguien triste. En 1969 caminando por una carretera desapercibido y sin rumbo cierto fue atropellado. En cambio, John Bell no dejaba de pensar en lo de aquella noche, a pesar de no saber qué era lo que esas personas de trajes lunares habían encontrado dentro de esa extraña nave, decidió que algún día averiguaría la verdad porque las dudas lo atormentaban. A la semana de los hechos el joven Bell se sumergió en el alcohol, muriendo de intoxicación al año.

El gobierno escribió un informe de más de mil páginas explicando los sucesos de esa noche y nadie más habló del tema. Sin embargo, la NASA, en secreto años más tarde construiría robots para enviarlos a distintos planetas sospechosos de albergar vida y descubrir al principal culpable de dicha masacre.

—Muy pronto nos invadirán y será el fin de la raza humana...
—Dijo el Dr. Lewis, desde su claustro, antes de morir.

ROBERTO ALMENDÁRIZ RUEDA

(QUITO, 1982)

Sociólogo por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y Magíster en Comunicación por la Universidad Andina Simón Bolívar. Es autor del libro *De ladridos y palabras* (Editorial Eskeletra, 2013). Cuentos de su autoría aparecen en diversas antologías como *Nuestros dichosos dichos* (Jauría Editorial, Quito-Ecuador, 2013), *Los que vendrán, Nuevos cuentistas ecuatorianos* (Alejandría Editorial, Quito-Ecuador, 2014), *Latinoamérica en breve* (Universidad Autónoma Metropolitana de México, México DF, 2016), *Microbios* (Dendro Ediciones, Lima-Perú, 2020), y *Microficciones Andinas* (Quarks Ediciones Digitales, Lima-Perú, 2020).

EL ÚLTIMO

El último en morir, que apague la luz, por favor.

Hijos de los hombres

El Enviado estuvo a punto de olvidar cómo vino al mundo, olvidó tanto que se atrevió a pensar que todo había comenzado junto con él. Solo cuando uno de sus compañeros se quitó la vida recordó que ya no podía morir.

Hacía semanas que el suicida paseaba decaído por la pradera: había dejado de nadar en el río, de correr junto a los antílopes, de jugar al escondite, de saborear marulas; en lugar de ello se limitaba a buscar algún baobab que le prestase su sombra. La mañana de la muerte el viento sopló sin descanso sobre la sabana. Encontraron el cuerpo en el extremo más alejado luego de que un estruendo ahuyentara a las manadas; traía un arma en su mano derecha y el cráneo destrozado.

El destino que le darían al cadáver sumió a los inmortales en una amarga discusión. Convinieron en dejarlo expuesto y esforzarse por olvidar el asunto, aunque, a partir del suicidio, las cosas empezaron a marchar mal. La incertidumbre sobre los motivos de la

muerte hizo que cada uno recordase cómo adquirió su don: algunos fueron sujetos de prueba, miserables conejillos de indias que corrieron el riesgo de morir durante el trasplante; otros fueron parte del equipo que desarrolló el proceso; otros, los que financiaron la investigación; y la mayoría, rancios acaudalados que pagaron el más alto precio para escapar de la muerte. Tan solo uno tenía un vago recuerdo de rabia y discrepancia. Tras haber recobrado conciencia de su condición, recordó también la horrible suerte que corrió el primero de los suyos: el muy arrogante hizo gala de su joven y atlético cuerpo sin preocuparse por la confusión que provocaría. Su vida era una verbena perpetua, la prensa cubría cada uno de sus movimientos, las mujeres lo asediaban y su fortuna se había incrementado, pero, asimismo, multitudes de pobres y apesadados deseaban que desapareciese. Muy pronto alguien planearía el asesinato. Si bien el prodigio era inmune a cualquier enfermedad o contaminación, continuaba frágil a las heridas más traumáticas; y de tal modo murió, lapidado por un nutrido grupo de fanáticos que a viva voz habían desaprobado que habitase entre los hombres aquella abominación.

Sin embargo, el muerto no era el único; existían más inmortales, más de los que podía imaginarse, y todos sin excepción juraron mantener su anonimato. Desde las penumbras conspirarían contra los hombres procurando el día en que pudiesen vivir para siempre sin nadie persiguiéndolos... Aun así, los Lapidarios no tardaron en enterarse de tan terrible empresa. Luego de debatirlo con mucha vehemencia, y de pedir perdón al Todopoderoso, los Lapidarios consiguieron inmortalizar clandestinamente a uno de sus muyahidines: encomendaron al santo encontrar a las abominaciones y destruirlas sin misericordia.

Cientos de años transcurrieron.

El Enviado nunca dio con todos sus semejantes y apenas pudo salvarse de la ira de sus señores. La guerra secreta entre inmortales y Lapidarios acabó con la civilización. El Enviado vagaba por el dédalo de las ruinas sin mayor noción del tiempo, convencido de que era el último hombre con vida, hasta que un dron se cruzó en su camino y lo condujo directo a la sabana. Para entonces el Enviado ya había perdido gran parte de sus memorias.

Aquellos seres dóciles que vivían en la pradera eran, en realidad, culpables de haber incitado la aniquilación de la raza humana. Ahora era el turno del Enviado, quien cobraría venganza en nombre de los miles de millones que murieron durante el Juicio ignorando que los inmortales los sobrevivirían. Nadie más que él podría llevarse la victoria en la batalla final de la más santa de las guerras.

Un mediodía, sentado a la sombra de otro baobab, el malherido muyahidín colocó un arma debajo de su mandíbula y tiró del gatillo. La agonía fue más lenta de lo que esperaba. Antes de fallecer, Samir vio cada episodio de su vida desfilarse ante sus ojos: muy para su pesar recordó que nunca había dado con todos los inmortales, muy para su pesar recordó que alguna vez se había creído el último hombre sobre la Tierra. Fijó su mirada más allá del cielo, y entonces dudó: “¡Oh, Todopoderoso!, ¿acaso soy en verdad el último?”.

GABRIELA CABEZAS BORJA

(RIOBAMBA, 1990)

MSc en English Language de la Universidad de Edimburgo. Escritora de varios géneros, entre ellos la ciencia ficción y la poesía. Correctora de estilo de escritos en inglés. Publicó en 2009 *Tus Cuentos*, una colección de microcuentos y el poemario *Who the fuck am I?* en el 2020. Sube cuentos, poemas y ensayos a la página web theliteraturebower.com. En la actualidad escribe la mayoría de sus escritos en inglés.

ÍNDIGO

Índigo fue contratada cuando apenas tenía dieciséis años y aún no sabía nada de la vida. Llevaba una blusa llena de huecos y tenía el pelo increíblemente enmarañado. Además, el estómago le dolía por el hambre. Era la chica perfecta para el trabajo. Se despidió de su mamá, y mientras ambas lloraban, la madre deslizó una estampa de un santo de la nueva era para que cuidara de su hija, a la que probablemente nunca más volvería a ver.

Una vez en la nave, la llevaron a una especie de spa (no que ella supiera lo que era un spa), donde le lavaron todo lo que en su vida se había lavado, le depilaron lo que ella no sabía que se depilaba y convirtieron el color cobrizo de su pelo en rubio. Cuando ella pensó que la tortura había acabado, la llevaron al dentista y, por último, a un ginecólogo que le administraría anticonceptivos cada año. En su trabajo no podía quedarse embarazada, pero sería iluso que se privara de sexo. Además, todos sabían que una asistente de vuelo tenía sexo casi siempre con los pasajeros. Todo lo que era belleza sería proveído por sus jefes (a los que nunca llegaría a conocer). Le ofrecían también lentes de contacto de todos los colores y maquillaje de todo tipo.

La nave era tan grande que contaba también con la escuela donde le enseñarían cómo ser asistente. Así que Índigo se encontró con una serie de muchachas que venían de las mismas situaciones que ella. ¿Por qué solo chicas así? Pues ellas nunca habían tenido el dinero para volverse adictas al *yandruil*, o porque nunca habían estudiado y no tenían ambición de una profesión, o porque no habían viajado y no tenían esa picazón que le da a uno cuando

se quiere continuar conociendo otros lugares. Además, así tenían qué comer. Y eran relativamente bonitas, la única pre-condición que necesitaban. Durante los siguientes años de su vida, los que vivieran, vivirían en la nave. Esta era la razón por la cual se buscaba contratar chicas de bajos recursos económicos, con el tiempo la gravedad falsa de la nave les iría destruyendo los huesos. Así, ninguna podía tener hijos, un bebé nacido en esa gravedad, que creciera ahí, tendría problemas con articulaciones, huesos y piel desde relativamente joven. Aunque, obviamente, la razón más importante en contra de los hijos era que la nave tendría que cubrir el costo de otro ser humano que no trabajaría durante años.

La primera noche se preguntó si no todo sería un error. Compartía la habitación con una chica llamada Heidi y se sorprendió de lo rápido que se quedó dormida; a ella el sueño no le vino hasta la madrugada, cuando se acostumbró al leve ronroneo del motor y a la luz artificial que entraba por debajo de la puerta.

A Índigo le resultaron fáciles las clases, especialmente las de matemáticas. Eran tan fáciles que se aburría enormemente y se preguntaba, a menudo, si tal vez no hubiera sido mejor esperar a que llegaran piratas para colarse en la cocina en un momento de descuido. A la final hubiera hecho probablemente lo mismo en los dos lugares. Y en una nave pirata incluso hubiera podido bajarse en los distintos planetas. Las otras clases le eran también fáciles, quizá porque cuando trabajó de sirvienta en su planeta de nacimiento, le enseñaron a leer y un poco de historia.

Una tarde, mientras ella ayudaba a Heidi y a otras chicas en sus tareas, vio a un chico imponente, con cabellos rubios y ojos tan cafés que parecían negros. Heidi se rio y le dijo que todas estaban enamoradas de él. Estaba bien, pero, porque era piloto y pasaba en la nave y siempre aceptaba los avances de las chicas. Índigo no le dijo que ella era virgen y tampoco le dijo que el chico le atraía más por ser piloto que por ser guapo, pero sí se le ocurrió una idea. En su próxima tarde libre salió del complejo de las estudiantes (algo que tenía permitido hacer, siempre y cuando usara uniforme de

estudiante) y se fue a un lugar por el que siempre pasaban los pilotos; se dispuso a esperar toda la tarde hasta que lo atisbara, y si no lo veía, regresaría otro día. Pero tuvo suerte, tan solo esperó dos horas hasta que vio al muchacho. Y, a propósito, hizo como si se hubiera chocado con él. Él la miró un tanto embobado y ella se disculpó por el falso tropiezo. Él le pidió el nombre y ella gratamente se lo dio. Le sonrió y se fue tranquila, como si nada hubiera pasado. Él apareció en las afueras del instituto al día siguiente y se acercó hacia ella. Ella al fin supo su nombre: Rein, y aceptó, encantada, un helado de invitación. También aceptó ir a su cuarto, pero antes de que nada pasara, Índigo se acercó sintiéndose atolondrada hacia los libros que Rein tenía en su anaquel y le pidió que le contara cómo era ser piloto. Él se encontraba impaciente y ella le tomó de las manos y lo miró a sus ojos, sonriendo: “te prometo que tendremos una noche fantástica, pero quisiera una historia de piloto.” Rein se sentó junto a ella y le contó cómo había estudiado para ser piloto desde niño, en una academia de un planeta que Índigo jamás en su vida había oído. Ella le preguntó si fue difícil y él le dijo que extremadamente, hubo una materia por la cual casi no llegó a ser piloto. Cuando finalmente fue escogido para una nave, tuvo que seguir dos años más dentro de la nave, con clases dentro de la cabina, con algunas matemáticas aun más avanzadas. Ella empezó a besarlo y decidió aparentar que sabía lo que no sabía y Rein, al parecer, no se dio cuenta de su ignorancia en el tema.

Antes de salir de su dormitorio, ella se acercó al estante nuevamente y tomó un libro de ecuaciones. No tenía un título demasiado complicado, y esperó que no fuera tan complicado en el interior. Le dejó una nota a Rein, contándole que se había llevado el libro y que se lo devolvería al terminarlo. No sintió vergüenza ni culpa, ni del sexo ni del hecho de haberse llevado un libro.

El libro resultó increíblemente difícil e Índigo se sintió decepcionada y tonta. Pero antes de que pudiera dárselo a Rein, él mismo apareció nuevamente afuera del instituto y la llevó a su departamento, donde antes de estar juntos, le dio un par de libros que le

aseguró serían mucho más fáciles. Las asistentes, le explicó, no tenían acceso a muchas cosas dentro de la nave, como a ninguna de las piscinas, a menos que se esté trabajando, o a ninguna de las bibliotecas, quizá porque nunca pensaron que alguna de ellas les gustaría leer. Al fin y al cabo, al momento de entrar en la nave, casi todas eran analfabetas. A ella no le gustaba leer tanto, pero sí estaba interesada en los números, sentía que los comprendía, sentía que nunca le iban a mentir.

Sus profesores notaban que ella casi no prestaba atención en clases, pero sus notas mostraban lo inteligente que era. Pensaron que llegaría a ser jefa de alguno de los diferentes grupos de azafatas. Quizá le pondrían con los clientes más importantes, en el ala VIP. Los tres años de estudio que todas las azafatas tenían que pasar constaban primero de las ciencias básicas, y más tarde de clases de etiqueta, clases de cómo manejar las computadoras dentro de la nave para recibir los pedidos, llenar quejas, y cualquier otra cosa que se requiriera. Además, que tenían que aprender solas cómo maquillarse, cómo peinarse y cómo sacar siempre sus mejores atributos. Durante este tiempo, Índigo siguió viendo a Rein, pero siempre era para sexo y para seguirle pidiendo libros, que él alegremente le daba, porque pensaba que era como un *hobby*, y en una nave de la que nunca vas a salir, todos deberían tener un *hobby*. Había cosas que Índigo no entendía y a Rein le gustaba explicarle las ecuaciones usando su piel, entre las sábanas, cuando la luz artificial nocturna, única de las naves, caía sobre sus pieles. Índigo no había desarrollado sentimientos por Rein, quizá porque sabía desde un principio que no era solo su chico o porque, más que nada, ella había estado con él, porque él era piloto.

Un día, Índigo se encontraba revisando una revista que había comprado en una de las tiendas de la sección de azafatas, cuando se le acercó un chico pelirrojo y lleno de pecas. La invitó a salir y ella le dijo que sí. Era uno de los ingenieros que se encargaban de arreglar la nave. Se sorprendió cuando se encontró con Rein esa

tarde afuera de su departamento. Ella lo notó diferente y quiso entrar a su departamento, pero él no la dejó.

“¿Por qué estás aquí?”, le dijo ella fríamente.

“¿Desde cuándo coqueteas con otros chicos?”

“Rein, no hagas esto”. Él la miró furioso y ella tomó aliento: “Nosotros no estamos en una relación. Tú sales con otras chicas cuando quieres y estoy segura que no sientes nada por mí. Nada que sea suficiente como para en realidad tener una relación. No creo que quieras meterte en problemas por una chica que tampoco tiene esos sentimientos por ti, solo porque eres posesivo. Estamos en una nave en medio del espacio, al menos deberíamos poder ser libres aquí dentro”.

Rein la miró extrañado, quizá esperaba otra cosa, que ella le gritara, tal vez. No había tenido idea de que ella supiera lo de las otras chicas y tampoco que ella no lo amara. ¿Cuántas veces las chicas del grupo le habían llorado para que él no las dejara? Una vez, incluso, una pasajera se ofreció a pagar por su libertad si él le prometía casarse con ella. Él había declinado, por supuesto. Esto era nuevo y aunque le entraron aún más ganas de hacerla suya, decidió dejarla libre. Tuvo la esperanza de que seguirían viéndose, pero después de ese incidente, a ella se le quitaron por completo las ganas de tener sexo con él. Además, ya se había convertido en amiga de muchas personas, y sabía que algunas de ellas le prestarían libros sin chistar. Raquel, una amiga que Índigo había hecho en el curso, no entendía su decisión. ¿Por qué había dejado de ver a Rein?, pero la apoyó con su decisión, especialmente por quién vino después.

Jean Pierre, el pelirrojo, resultó ser mucho mejor amante que Rein. Rein se concentraba solo en su placer. Jean Pierre quería que ella la pasara bien. Además, era mejor profesor. A Índigo, al final, le había parecido que sabía un poco más de Rein, aunque nunca lo mencionó, porque notaba cuánto disfrutaba él explicarle las cosas que ella no entendía o que se hacía que no entendía. Jean Pierre, en cambio, al ser ingeniero, podía explicarle un montón de cosas que

ella no había escuchado todavía. Su lección favorita era cuando él le explicaba cómo funcionaba la nave, cómo avanzaba tan rápido como la luz, como a pesar de esto, las personas en el interior apenas lo sentían. Además, era diferente salir con alguien que no era piloto, los pilotos creían firmemente estar en un escalafón más alto que todos los demás. Solo se sentían a la par que los clientes del ala VIP. Los pilotos la tenían fácil, ella pensó, pueden bajarse en diferentes planetas, después de jubilarse tienen la opción de decirle adiós a la nave, su salario es el más alto de todos y tienen el respeto de absolutamente todos.

Después de su graduación, Índigo, efectivamente, fue designada para el ala más exclusiva de todas, lo cual la decepcionó un poco. Le hubiera gustado un lugar donde podía pasar desapercibida más tiempo. Además, casi toda su vida en su planeta la había pasado sirviendo a personas ricas, y sabía cómo eran, creían que tú les debías todo. También, la habían despedido de su último trabajo, porque se había negado a tener relaciones sexuales con su jefe. Pero ella sabía que su posibilidad de salir al espacio era en las naves, y nadie querría llevarla si tenía un bebé. Índigo meneó la cabeza con aspereza, al menos le gustaba el sexo. Esperaba no tener que hacerlo con alguien particularmente viejo y feo. Lo mejor de la graduación era que ahora podía escoger con quien vivir y así, Índigo se mudó con Raquel.

El ala VIP era el lugar más lujoso para viajar entre galaxias. Constaba de un espacio ovalado que tenía cinco pisos. El techo, que se veía desde el patio central del primer piso, era como un domo transparente, por el cual se mostraba un holograma de un cielo terrestre en la mañana; las noches se podía ver las estrellas. Solo en el caso de que el 75% o más del ala estuviera rentado por humanos de un planeta en específico, cambiaban el cielo de la antigua Tierra por el de ese planeta. Cada piso tenía pasillos, que a la vez eran balcones por donde se podía ver o el techo o los jardines, junto con la piscina del patio. En el segundo piso se encontraban restaurantes, bares, cafeterías, cines y muchas cosas para que nadie

se aburriera. Las asistentes no podían acceder a estos sitios de entretenimiento; si querían ir al cine, tenían que ir a los de otras secciones de la nave. Los pisos de arriba contaban con las habitaciones, cada una tenía su propio baño, cocina pequeña y un hidromasaje. La mayoría no cocinaba, pero había quienes encontraban en cocinar una actividad relajante. Claro que había habitaciones con un solo cuarto, y otras que tenían más de uno. Había familias que viajaban con una docena de sirvientes.

Había un señor que parecía tener cincuenta años, casi siempre estaba hablando con alguien por su audífono. A Índigo le caía bien, porque siempre era amable, algo que faltaba mucho en el ala VIP. Él daba propinas a quienes le atendían y sonreía cuando pedía algo. Estaba en uno de los viajes largos, demoraría un año, tiempo estándar, en llegar a su destino final, pero casi siempre se bajaba en los planetas donde la nave paraba por dos días. La mayoría de personas viajaban un máximo de cinco meses, pocas personas iban a los planetas más lejanos. Un día que Índigo entró en la habitación, lo encontró estudiando unos planos en su escritorio. Ella se acercó a dejarle el vino que había pedido, y él le sonrió, le dio propina, pero también sacó una bufanda de color verde marino y se la regaló. “Estaba esperando a alguien que le quedara bien esto, lo vi en una tienda en Hera y no me quedó más que comprarlo.” Ella enrojeció levemente y le dio las gracias antes de salir.

Un día, mientras atendía como bartender en uno de los bares de la piscina, vio a uno de los pilotos encargados del mes asociándose con la gente. Era casi mágico, todos le tenían respeto, todos querían conocerlo. Índigo pensó que, sin las asistentes de vuelo, la nave no funcionaría igual; sin los conserjes que limpiaban las ploverías y la parte de la nave que nadie veía, la nave podía quedarse barada. Ella meneó la cabeza de un lado para otro mientras un niño vestido como marinero le pedía una foto al capitán de turno.

Al finalizar su turno, se paseó frente al capitán, que resultó llamarse Robb. Después de tener sexo en un pasillo casi abandonado, donde no había cámaras, Índigo, con cara inocente, le preguntó si

podía ir al centro de manejo de la nave. Él la miró como si estuviera loca, pero aceptó con una sonrisa. Quizá aceptó, porque como después le dijo, se había enamorado a primera vista, o porque tenía miedo de no volver a acostarse con ella.

Por un minuto ella temió que al entrar la vieran mal o la reportaran, pero solo había una persona adentro. Por suerte, era alguien que ella no conocía y él la miró como si fuera lo más normal del mundo. Índigo le sonrió al capitán y le dijo: “Entonces, ¿cómo manejas la nave?” Él apuntó a unos botones, a una especie de volante que parecía más control de consola, le comentó como regulaba la presión en la nave, la gravedad. “¿Y por esto tienes que estudiar tantos años?”, le preguntó sonriendo, él le sonrió de vuelta. “Bueno, muchas más veces de las necesarias, la nave hace algo que no debería hacer, y uno tiene que saber qué hacer para ponerla de vuelta en su rumbo.” Índigo pensó en los rumores, en si la nave tenía una consciencia propia o no. Algunas chicas habían escuchado cosas. Raquel decía que la nave estaba viva. Índigo no había hecho caso, tal vez si Raquel le dijera que la nave le estaba dando consejos de vida, pondría más atención.

Justo después de eso, la sacó del cuarto y la llevó a comer. Índigo se preguntó si no habría algo mal con ella después de ver cómo Robb la había tratado en el almuerzo. Se portó muy bien y pagó por todo. Todos los chicos que habían salido con ella habían tenido la esperanza de tener una relación seria con ella, pero ella nunca había sentido algo especial por ninguno de ellos. A parte de Rein, a quien ella sentía que había usado, sí había tenido sentimientos de cariño por los otros, los quería mucho y se emocionaba cuando los veía, pero ese amor que todas las chicas buscaban o sentían o habían sentido, no estaba ahí. No se sentía mal por Rein, porque sabía que él también la había usado. Y para ella no era un problema grande, pero ahora que lo pensaba en serio, por primera vez, sintió como si algo le faltara.

Una tarde, después de varios meses, convenció a Robb de llevarla al cuarto de controles nuevamente preguntándole si no que-

rría ser él, el primer chico en tener sexo dentro de ese cuarto. Fueron a una hora en la que él era el único capitán que debía estar ahí.

Índigo, desnuda, se sentó en uno de los asientos de capitán y tomó el gorro del uniforme para ponérselo. Robb le silbó desde su propio puesto e Índigo sintió sus mejillas ponerse rojas. Habían tomado una botella de vino antes de todo y se sentía ligera y desinhibida. “Creo...”, dijo, sintiéndose vulnerable, pero queriendo decirlo al mismo tiempo, “creo que quiero poder pilotear esta nave.” Robb la miró bajo sus pestañas largas. “Si quieres, podría guiarte en este momento”. Ella meneó la cabeza de un lado para otro, “Quiero ser piloto, no solo este rato, sino siempre.” Robb se rio, pero paró el momento en que se dio cuenta de como ella lo miraba, estaba siendo seria. “Por mí estaría bien, eres la persona más inteligente que conozco y podrías resolver ecuaciones en tu cabeza bastante rápido como para responder en momentos de emergencia. No sé...”, le dijo, bajando la mirada, “si otras personas estarían de acuerdo. No creo que haya ninguna otra mujer que pilotee una nave.” Índigo se paró y se vistió lentamente, no se sentía bien. No se despidió cuando cerró la puerta de la cabina tras de sí.

Una semana más tarde, Robb la encontró llevando una bandeja con el almuerzo para el señor Weisman, el señor que le había dado la bufanda. “Tengo algo que contarte”, le dijo mientras caminaban para que no llegara tarde. Ella alzó las cejas, “el señor al que vas a entregar la comida en este momento es diseñador de naves. Él tiene más poder que yo y quizá podrá ayudarte”. Le apretó el brazo para asegurarla y se dirigió hacia el otro lado.

Cuando ella se dio cuenta del poder de sus palabras, estaba ya entrando al departamento de Weisman. ¿Había diseñado él esta nave en específico?, ¿Qué tanto poder tenía? El viejo, que probablemente tenía muchísimos más años de los que aparentaba, le sonrió cuando entró. Ella puso la bandeja encima de la mesa de la cocina y se quedó parada junto a la misma. Weisman la miró un poco confundido, y ella se dio cuenta que se había congelado en

medio de todo- “Per... perdón señor Weisman, ya me voy”, ella murmuró y salió disparada de la habitación. Para la cena, Weisman había pedido que Índigo, específicamente, le llevara su comida y ella tuvo que botarse agua fría en la cara para poder pensar con claridad qué le diría. Su viaje de casi un año terminaría en dos meses y cuando trabajabas todo el día, había que aprovechar el tiempo.

Llegó llevando un estofado de cordero con zanahorias y pasas. Era un plato que solo estaba aprobado para el ala VIP; especialmente, porque el último planeta que había visitado la nave se había quedado sin carne de cordero de calidad y estaban usando la carne del anterior planeta a ese. Antes de que Índigo terminara de poner la bandeja en la mesa, su voz le sorprendió, “muchacha, qué querías decirme hoy en la mañana”. Resultó que era observador, pensó ella, aliviada. “Sé que usted diseña las naves”, ella dijo, apuntando a su alrededor con sus manos, “y usted probablemente sabe más sobre esto...”. Él la miró, apoyándola a que siguiera, “no sé si ha existido algún caso de una mujer que haya llegado a ser piloto”. Las mejillas de Índigo se sentían moradas, ya no rojas, creyó que se incendiaría espontáneamente. “Quería preguntarle qué cree usted sobre la probabilidad de que acepten a una mujer en la escuela de pilotos de la nave.”

“Oh, vaya”, dijo él, como si eso fuera lo último que se había esperado que ella dijese. “No estoy seguro, pero nunca he escuchado de precedentes respecto a esto. Por lo general, los pilotos estudian años antes de seguir los últimos dos años en la nave misma”.

“Estoy segura de que sé todo lo que los pilotos saben antes de venir a la nave”, dijo ella sin vacilación alguna.

Él la miró sorprendido, “eres como un baúl de sorpresas”.

“Mi punto es que puedo hacer todo lo que los pilotos hacen, y me gustaría mucho poder navegar esta nave”

El señor Weisman se rio bajito de su determinación. “Estoy seguro que una llamada mía a la escuela de pilotos haría que te acep-

ten, sin importar que eres mujer, sin importar que ya tienes un trabajo aquí. Pero...”

Índigo pensó que le diría que ella tenía que acostarse con él o algo por el estilo.

“Pero espero que de verdad tengas el conocimiento suficiente para poder graduarte de piloto”

Índigo se preguntó muchas veces después si el señor Weisman le hizo todo fácil, porque pensó que ella no podría lograrlo. O tal vez no, tal vez sí existen buenas personas en la vida.

La verdad fue, sin embargo, que entrar a la escuela de pilotos fue fácil y todo lo demás, lo más difícil de su vida. A diferencia de la escuela de asistentes, tan solo había tres estudiantes, y ella era parte de esos tres. Y nunca logró llevarse bien con sus compañeros, porque eran increíblemente competitivos, y por más que se esforzaran, ella siempre lograba tener las mejores notas. Alguna vez les quiso explicar que no era solo intelecto, que ella se había pasado, y todavía se pasaba tardes y noches solucionando ecuaciones y leyendo teorías, solo porque le parecía divertido, solo porque quería aprender, aunque no estaba segura de que ellos lo tomarían como una excusa válida. Entonces, totalmente aislada de sus compañeros, buscó la compañía de las chicas, como antes, pero muchas le dieron la espalda, porque decían que ella se creía mejor que ellas, porque decían que ella no quería ser una cochina asistente, aunque ella nunca había dicho esas palabras. Raquel seguía hablándole; tal vez porque a ella tampoco la querían, porque ya había estado con todos los pilotos posibles y muchos de los pasajeros, o porque ella la había querido desde siempre. Robb seguía viéndola con frecuencia, a pesar de que él también recibía insultos por estar con ella. Así que no solo se sentía explotada, se sentía sola. No se dio cuenta de lo mucho que disfrutaba el contacto social, hasta que las chicas que se sentaban con ella a tomar café, dejaron de hacerlo; hasta que podía contar con los dedos las personas que la saludaban por la nave. Y la verdad, no entendía por qué se portaban

así, ¿era envidia? No sabía envidia de qué, esos años no pensó casi nunca que valía la pena vivir.

“No sé en qué siglo estamos” le dijo ella a Robb mientras comía helado con él una tarde que tenía libre, “estamos literalmente viajando por el espacio, y todavía se cree que una mujer no puede hacer lo que ella quiere, como si tuviéramos limitaciones. Han existido reinas y presidentas, chicas que han hecho lo imposible. En esta industria... creo que nunca pasaron de siglo”.

“La verdad es que antes de conocerte creía lo mismo y sé que estuvo mal, porque no eres la única que puede ser piloto, pero por alguna razón siempre estuvo en mi mente. Quizá porque desde niño siempre supe que podía ser piloto, pero que ninguna de mis hermanas lo sería. Y mi familia tenía recursos económicos, entonces mis hermanas no tendrían que ser asistentes de vuelo. ¡Vaya! A parte de machista, crecí clasista”. Índigo se rio, apreciaba la honestidad de Robb, aunque cada vez se volvían más amigos y menos amantes.

A pesar de estar en la escuela de pilotos, Índigo tenía que continuar trabajando y casi no tenía tiempo para ver a sus amigos, para ella era mejor dejar lo íntimo de lado, al menos hasta graduarse. Esos fueron los dos años más cansados de su vida. Estudiaba, trabajaba, iba a sus citas obligatorias en los centros de belleza. Durante dos meses no durmió más de cuatro horas cada noche. Si no hubiera sido por las pastillas para recuperar el sueño, ella sentía que se habría muerto. Para mantener su apariencia, le obligaron a inyectarse una nueva sustancia desarrollada solo para las bolsas de los ojos. Le dijeron, mientras la aguja estaba dentro de la piel, que había chicas en los diversos planetas, que se privaban de comer para poder tener el suficiente dinero para inyectarse la sustancia. Ella pensó que preferiría comer y poder hacer lo que quisiera todo el día. Cada vez que tenía tiempo libre, rentaba tiempo en la sala más cercana a ella que ofreciera nadar en gravedad cero, era lo más relajante que ella había descubierto desde que vivía en el espacio y tenía suerte de poder acceder a ello.

Cuando finalmente se graduó, no la dejaron ser piloto. Una cosa era entrar en el instituto, hacer prácticas dentro de la cabina, otra diferente que la dejaran, de hecho, manejar una nave. Tenía lágrimas de rabia cuando Raquel la encontró. Su amiga la llevó a un bar donde tomaron margaritas celestiales hasta que se encontraron riendo por las cosas más triviales del universo. Índigo, al menos, había logrado estudiar lo que otras chicas no podían estudiar y no se dejaría ganar por todos los demás, no después de haber llegado tan lejos. “¡Lo hiciste!” le dijo Raquel, abrazándola casi hasta dejarla sin aire. “Somos esclavas, solo somos esclavas, malditas esclavas”, Índigo asintió, haciendo doble esfuerzo con su mente para poder concentrarse en lo que decía su amiga, “¿Sabes por qué no nos dejan bajarnos en otros planetas?, porque correríamos lejos, sin importar el planeta, para no tener que volver a la misma rutina de todos los días, con poco tiempo libre, viendo casi las mismas caras de siempre, sintiendo que la gravedad te afecta cada día un poquito más con el *ron ron* del motor tan grabado en nuestro cuerpo que ya es nuestro segundo corazón”. Índigo pensó que su amiga tenía razón. No sabía, si algún día llegaría a ser piloto, y no sabía si ese día le permitirían bajarse en los planetas que la nave se estacionara. Pensando en cómo la habían hecho sufrir, se dijo a sí misma que nunca tuviera la esperanza de volver a pisar tierra, de llegar a tocar el agua del mar, de sentir la gravedad tan natural en la forma de caminar.

A veces pensaba que le gustaría que el señor Weissman volviera a subirse en la nave para pedirle que la dejara pilotear, pero otras veces pensaba que no, que mejor así. Si lograba algo nuevamente, sería por su esfuerzo. Y a quién quería engañar, que el mismo pasajero se subiera dos veces en la misma nave era tan raro que si alguna vez pasaba, hacían un pequeño evento de celebración. En todo el tiempo que ella había estado en la nave, nunca había pasado. Y cuando le preguntó a una de las asistentes ya retiradas sobre ello, tampoco había sucedido en su tiempo de estancia en la nave.

Así que nunca se perdió una clase de actualización, una conferencia de matemáticas o física. Y se sentía bien mientras tuviera a su lado a Robb y Raquel. Sus relaciones de amistad la llenaban más que cualquier relación que pudo haberse tornado romántica. De vez en cuando se convertía en amiga de alguno de los pasajeros, pero siempre se olvidaban de ella después de desembarcar en su planeta de destino. Claro que seguía teniendo necesidades, y era relativamente fácil encontrar con quien relajar su cuerpo. Sin embargo, no necesitaba alguien con quien despertarse. Raquel la admiraba, pero Índigo le decía que no era algo que admirar, porque ella no había escogido ser así, solo era así.

Índigo tenía cuarenta y siete años cuando le contactaron para decirle que se requería un piloto para reemplazar a alguien. Con el uniforme puesto y la gorra en la mano, Índigo derramó lágrimas de alegría, sin importarle lo que dijeran sus compañeros de viaje; ya la habían tachado de sentimental algunas veces, y eso no la había ser hecho menos que ellos; de hecho, ella siempre era más. Se puso la gorra antes de entrar en la cabina.

JEANETTE REALPE CASTILLO

(QUITO, 1980)

Maestra en Creación Literaria por la Universidad Internacional de Valencia. Su práctica literaria se vuelca hacia la ficción especulativa, anclada en las vivencias de la autora, la memoria colectiva, familiar y el entorno político-social del presente y el pasado de su tierra natal, Ecuador. Ha colaborado con distintas publicaciones periódicas latinoamericanas con los relatos ***Ella canta para Antonio*** (Revista *Lesparragusanada*, Ecuador); ***El Gobierno de los Exce-lentes*** (Revista *Crononautas*, Perú); ***Avión o verdadero OVNI*** (Revista *Supraversum*, Argentina); ***Lote 23*** (Revista *Fémica Incógnita*, México) y ***Apuntes sobre el Tratado de Vuelo Libre (tres probables evidencias)*** (Revista *Penumbria*, México). Su cuento ***El reino del columpio pequeño*** integra el libro compilatorio ***Relatos en femenino***, editado por *Buik Editorial* (España, 2020). Asimismo, su relato ***En donde están los que quiero*** aparece en ***El día que regresamos***, antología publicada por *Pandemonium Editorial* (Perú, 2020). Su publicación más reciente ***Una araña en el cajón***, que forma parte del libro homenaje a la microficción contemporánea ***Historias Mínimas***, publicada por *Dendro Ediciones* (Perú, 2020). Mantiene un blog experimental: www.vuelolibre.org.

APOLIÓN 2.0

Y sucedió que aquel hombre de viciada aura se incluyó, sin razón aparente, en lista de espera.
Del Libro de las Desventuras (era 3600)

La presente transcripción constituye un documento único y de carácter clasificado, con acceso exclusivo al que fuera el Gran Consejo en Pleno, para efectos de la ejecución del veredicto en contra de la tríada de Veedores que seleccionó, de forma aventurada y carente de perspicacia, al postulante X* para una intervención bioangelar** que traería la ruina casi definitiva de nuestra especie.

Los efectos de este lamentable desatino son de sobra conocidos por lo que queda de la humanidad. La sentencia de muerte de los tres Veedores nada pudo hacer para evitar el cumplimiento de la infame voluntad de los Altísimos, ejecutada de espaldas a nuestra

* Nombre clasificado. A posteriori, el *Libro de las Desventuras* deduciría su nombre, extraído del último libro de las arcaicas escrituras, capítulo 9, versículo 11: Apolión.

** En acuerdo con los Altísimos, la intervención bioangelar contribuiría con la elevación anatómico-espiritual de ciertos especímenes de la raza humana (dotados de una liviana estructura ósea, producto de un aura prístina y vacía de impiedad o falta), para la ejecución de elevados servicios a nuestros benefactores cósmicos, de cuyas minucias las autoridades humanas permanecieron ignorantes, hasta el fin de sus tiempos.

sincera disposición a establecer relaciones fraternales con aquellos entes siderales, tan mentados en las arcaicas escrituras de eones anteriores al que ahora conocemos como Penúltimo Exterminio; escrituras estas que debieron ser interpretadas de forma literal y no metafórica, a nuestro pesar.

Luego de sucesivas eras de satisfactoria colaboración entre Altísimos y humanos, que erradicaría de nuestro planeta la enfermedad y la guerra —que no otras faltas inherentes a la naturaleza terrícola—, los remanentes de la especie humana, y aun quienes perecieron en el hecho (a excepción, quizás, del Veedor Par), nunca lo vimos venir.

Transcripto de la deliberación del Consejo Selector de candidatos a la intervención bioangular (era 3560, cálculo aproximado)

Veedor Primo: Nos encontramos en la sala adjunta del Consejo Selector, con la finalidad de discutir el caso del hermano X, quien, desde ahora en adelante, será denominado *el postulante*. Completan este Consejo el Veedor Par y el Veedor Terna, hermanos todos que sirven al Departamento de Ingeniería Bioangular.

Veedor Par: Doy fe de mi presencia en esta sala, para efectos de su grabado en imprenta.

Veedor Terna: ¡Sea!

Veedor Primo: Lo que nos ocupa en este momento, estimados hermanos, atañe a la solicitud del postulante, de cara a la intervención bioangular solicitada en pasados períodos. Los veedores han de confirmar la revisión de su aplicación y el respectivo expediente.

Veedor Par: Doy fe.

Veedor Terna: ¡Sea!

Veedor Primo: Confirmado este hecho, procedemos, sin más demora, a la deliberación.

Veedor Par: Si se me permite tomar la palabra, hermano Veedor Primo.

Veedor Primo: Con mi venia.

Veedor Par: Verán ustedes. El expediente presentado por el postulante, resulta, bajo mi criterio, insuficiente para calificarlo como apto, ni siquiera como candidato a lista de espera para tan importante intervención.

Veedor Primo: Afirma usted, Veedor Par, que el postulante...

Veedor Par: No es digno, hermano mío.

Veedor Terna: Si bien se trata de un aspirante sin ningún acervo conocido en nuestro campo...

Veedor Primo: Ya vendrá su tiempo para intervenir en el debate, Veedor Terna. Dígame, Veedor Par, ¿de qué manera podría usted sostener tan sentenciosa afirmación?

Veedor Par: Verá, su bagaje resulta ser, ¿cómo decirlo en una adecuada selección de palabras?, demasiado mundano para nuestros intereses.

Veedor Terna: Se podría enumerar un expediente aparte dedicado a sus exabruptos, hermanos míos. Sin embargo, yo sugiero...

Veedor Primo: Esperar su turno, mi estimado hermano. Si cabe.

Veedor Terna: Sea, hermano. Con sus disculpas.

Veedor Par: Nada demuestra, al menos en documentos, que el postulante haya presentado inclinación alguna hacia nuestras prácticas y tendencias, hermano.

Veedor Primo: Podría ser, Veedor Par, porque jamás hubo manera de que éstas fueran documentadas.

Veedor Par: Ningún testimonio de familia o allegados, que dieran fe de vocación alguna, ni aun de indicios de ella.

Veedor Primo: Por las mismas razones que ya he descrito.

Veedor Par: Sus análisis óseos arrojan, como resultado, la presencia de un tejido saludable para un humano promedio de su edad, incompatible del todo con la constitución molecular de médula porosa, de la que no se presenta evidencia.

Veedor Terna: Indicio inequívoco de que su médula ósea no se halla influenciada por los efectos de pérdida de densidad, producto de un aura prístina.

Veedor Primo: Ha de esperar su turno, hermano, si nos permite.

Veedor Terna: ¡Sea!, ¡sea!

Veedor Par: Aunque su voluntad acusase de cierta disposición a nuestras maneras, las posibilidades de éxito para una transferencia médula-angelar en su tejido óseo, es altamente improbable, dada la incompatibilidad entre ambas naturalezas de tejido.

Veedor Primo: Sin duda.

Veedor Terna: ¡Sin duda!

Veedor Par: Por la misma razón, existe un elevado riesgo de que su organismo rechace las prótesis alares, así como los implantes de zirconio y keratina para el brote de plumaje sintético.

Veedor Primo: No hay manera de negarlo.

Veedor Terna: Siempre cabe esa perspectiva.

Veedor Par: Las posibilidades de que supere con vida la intervención, se recrudecen, con lo dicho, de forma considerable.

Veedor Primo: Sin embargo, Veedor Par, ése, para usted, no parece ser un problema.

Veedor Par: ¿Le ruego me disculpe?

Veedor Primo: Se trata, hermano mío, y sin ánimo de incurrir en una afrenta, de una excusa para evitar acercarse al postulante, siquiera, a la sala de intervención.

Veedor Par: Me malentiende, hermano. Sólo espero la salud más próspera para el postulante y, cómo no, el éxito y la buena fortuna para este Consejo. ¿Se puede aspirar a ambos, sin incurrir en dolo alguno?

Veedor Primo: Con dificultad, hermano mío. Con harta dificultad.

Veedor Terna: Ejem...

Veedor Primo: Se ha escuchado el reclamo del Veedor Par, de modo que corresponde mi descargo.

Veedores Par y Terna: ¡Sea!

Veedor Primo: Sabido es que el postulante peca de omisión en, quizás, la totalidad de requisitos para ser adecuado a la intervención bioangelar en escenarios habituales. Sin embargo, es necesario recordar a los miembros del Consejo que las circunstancias de esta convocatoria exceden, en toda regla, a las de cualquier convocatoria ordinaria.

Veedor Par: Conocemos, en la medida en que los Altísimos lo permiten, las condiciones de este llamamiento extraordinario, hermano. No comprendo, entonces, la naturaleza de su puesta en contexto.

Veedor Primo: No he terminado, hermano, si me lo permite.

Veedor Terna: ¡Sea!

Veedor Primo: Es probable que se precise de un espíritu mundano como su portante, para la tarea que se le será asignada. No es una idea descabellada, si lo pensamos con detenimiento.

Veedor Par: Pero hay niveles de tolerancia entre lo permitido y lo irresponsable, hermano mío. Me temo que una decisión favorable hacia la intervención bioangelar sobre un cuerpo dotado de aura tan impura y, en consecuencia, de una pesada estructura ósea, declíne en lo segundo.

Veedor Primo: No existen, sin embargo, postulantes con perfil más ambiguo que el que nos ocupa en este instante.

Veedor Par: Ello no significa que no puedan demostrar la entereza necesaria para llevar a cabo la tarea encomendada que, dicho sea de paso, sugiere ser más de orden operativo que intelecto-espiritual.

Veedor Primo: Una tarea mundana demanda, para su ejecución, un espíritu de la misma ralea. Tal es mi sentir.

Veedor Par: Así las cosas, será mejor dar la palabra al Veedor Terna, llamado en exclusiva para inclinar la balanza a favor o en contra del postulante, según su criterio y temple. ¿Veedor Terna?

Veedor Terna: Si se me concede la palabra, estimados hermanos, es mi solicitud hacerla breve.

Veedor Primo: Concedida, hermano. Continúe.

Veedor Terna: ¿No es cierto, acaso, que el postulante adolece de, precisamente, todas las características requeridas para un candidato idóneo a la intervención bioangelar, solicitadas, en circunstancias comunes, durante las convocatorias ordinarias para la ejecución de tal procedimiento?

Veedor Primo: Es verdad, sin duda, hermano.

Veedor Terna: ¿Me equivoco, asimismo, al afirmar que, la convocatoria extraordinaria para la que el Consejo Selector se ha reunido, fuera de su itinerario normal, exige, de igual manera, otro tipo de tasadores de méritos para el candidato en cuestión?

Veedor Par: No se equivoca hermano. En absoluto.

Veedor Primo: Sin duda. Pero, a lo que nos atañe, hermano mío, que la respuesta nos es requerida de inmediato por el Gran Consejo.

Veedor Terna: A eso voy, hermano, paciencia.

Veedor Primo: ¡Sea!

Veedor Terna: ¿Y no será acaso factible la posibilidad de que el postulante, en pleno goce de sus facultades, acepte por voluntad propia la intervención bioangelar, aun a sabiendas de las ingentes posibilidades de no superar con éxito la intenta y dejar en el quirófano su vida?

Veedor Par: Lo que sería una mancha infame en nuestra impoluta trayectoria, hermanos. Que no se nos olvide.

Veedor Primo: Jamás, en la historia reciente y con la biotecnología angelar disponible, ha sucedido, para nosotros ni para ningún otro consejo, semejante desgracia. ¿Por qué habríamos de esperar que eso ocurriera?

Veedor Terna: Porque si las cosas pueden suceder, hermanos míos, sucederán. Existe, sin lugar a dudas, para ello o para cualquier otro evento, una mínima posibilidad.

Veedor Par: ¡Que los Altísimos nos amparen! ¡Que no quieran!

Veedor Primo: Nunca lo querrían, hermano, ¡compostura!

Veedor Terna: Un llamado a la calma, hermanos; no nos adelantemos a los hechos. Ahora bien, pensemos, a la luz de la lógica y la

razón, como quien juega esa arcaica partida olvidada hace ya eones, sobre todas las probabilidades de nuestra jugada.

Veedor Par: ¿Qué insinúa, hermano? Sea claro, si la molestia no es tanta.

Veedor Terna: Terminaré enseguida, hermanos míos, si su disposición me lo permite.

Veedor Primo: ¡Sea, hermano!, que tenemos menos que la luz del día.

Veedor Terna: Pues entonces, es necesario recordar las poco claras circunstancias que llevaron a un postulante de tal calaña a interesarse por la convocatoria; así como el aún más incierto interés de los Altísimos en su expediente.

Veedor Primo: Sabrán los Altísimos el porqué, hermano. Se le pide concreción.

Veedor Terna: Es ya conocido el celo levantado en torno a su figura y su aura en nuestro entorno, la escasa información que sus vecindades y allegados tienen de él, si es que tales términos caben.

Veedor Primo: Veo a dónde quiere ir hermano. Y déjeme decir que...

Veedor Terna: Es ahora que, si me disculpa la interrupción, debo ser yo quien deje en suspenso su palabra.

Veedor Primo: Ejem...

Veedor Terna: Es tan claro como el cielo que nos cobija, hermanos. El postulante es nada más que un forastero, un advenedizo sin bagaje ni virtud.

Veedor Primo: Lo sabemos, pero...

Veedor Terna: Esta es, si se quiere, nuestra oportunidad. La oportunidad de toda nuestra especie. Si a un aura impura se le permitiese aceptar trasplante y prótesis, es señal inequívoca de que todos podríamos, eventualmente...

Veedor Par: A riesgo de poner en entredicho sus aspiraciones de abolengo, Veedor Terna, ha de permitirme recordarle que, de haber existido algo parecido a una estirpe de ancestros, mestiza entre

Altísimos y humanos, ésta se ha extinguido hace eras. Eones, incluso.

Veedor Terna: Tal cosa no se ha comprobado más que por estudios de dudosa procedencia empírica. Conjeturas filosóficas, si acaso.

Veedor Primo: Se sospecha durante eones que una liviana estructura ósea podría ser, sin embargo, la única evidencia probable de un lejano linaje que une a cierta rama humana con los Altísimos.

Veedor Terna: De ahí que, el deseo de los Altísimos por expandir las posibilidades de intervención bioangular a especímenes alejados de su stirpe, sólo puede ser señal de albricias para todo el género humano. Esperanzas de ascensión en vida, hermanos. ¿Acaso lo dudan?

Veedor Par: Mas, de acuerdo con nuestros principios inmanentes: *contrición, contemplación y templanza*, nada más hay entre nuestras aspiraciones. Todo intento por transgredir los tres mandatos, sobra. La intervención bioangular es privilegio de selectos. El resto ascenderá al dejar la vida.

Veedor Primo: Entiendo hacia donde camina Terna, y debo decir que, quizás no por las mismas razones —que se me antojan, si se quiere, peregrinas— concuerdo con su razonamiento y respaldo su decisión.

Veedor Par: ¿Decisión?, pero, ¿a qué se refiere, hermano? En este momento, todavía no se ha fijado dictamen alguno.

Veedor Primo: Se equivoca, hermano. La función de Veedor Terna es la de inclinar la balanza a favor o en contra de las dos posturas. Y tal función se ha hecho efectiva hace algunos micro períodos atrás. De modo que, si me permite, es menester redactar el acta de resolución final sobre nuestros pareceres.

Veedor Par: ¡Inconcebible! Desconocemos la naturaleza de la misión encargada al postulante, Veedores Primo y Terna.

Veedor Terna: Y no necesitamos conocerla. Los Altísimos entregaron, como es su costumbre, un listado de atributos que el selec-

cionado debe cumplir, de cara a su misión. Y el postulante en cuestión los tiene todos e, incluso, de sobra.

Veedor Primo: No le corresponde al Consejo Selector hacer preguntas, sino dar respuestas, hermano Par. Ahora, si nos lo permite...

Veedor Par: Con tan poca información a nuestro alcance, las posibilidades de errar en esta selección son elevadas, cuando no inevitables. Hago el llamado a una reflexión extensa, hermanos.

Veedor Terna: Comprendo sus recaudos, Veedor Par. Pero, déjeme decirle: nadie hay más humano que el postulante X. De volverse en nuestra contra, los Altísimos se encargarían de mitigar su hipotético conato de sedición.

Veedor Par: A menos que los Altísimos así lo hayan dispuesto, en primer lugar, hermanos.

Veedor Primo: ¡Blasfemia!

Veedor Terna: ¡Sacrilégio!

Veedor Par: Lo único que sugiero, hermanos míos, es que reconsideremos la selección. Un postulante sin un aura tan impura nos vendría mejor, para recaudo nuestro, y aun de los Altísimos.

Veedor Primo: La decisión está tomada, Veedor Par. Dos de tres hemos decidido otorgar al postulante, la gracia de la intervención bioangelar.

Veedor Terna: ¡Sea!

Veedor Par: Se comete un error. Pero nada puedo hacer por propia cuenta. A mi despecho, ¡sea!

Transcurridas cuarenta eras desde el Último Exterminio, el remanente humano se pregunta, todavía, entre sus cantos:

¿Por qué?, ¿con qué motivos?

¿Qué hicimos, aliados, adeptos, amigos,

o qué dejamos de hacer?

¿Por qué un hijo de hombre fue elegido?

Y clamamos, ¡oh, Altísimos!

¿Volveremos, o no, a caer?

Transcurridas cuarenta eras desde el Último Exterminio, todavía esperamos su respuesta.

Del Libro de las Desventuras (era 3600)

RICARDO VILLAMIZAR RODRÍGUEZ

(QUITO, 1973)

Nació en Quito, de padres colombianos. Estudió fotografía en la Universidad Nacional de Colombia y después en la Alianza Francesa de Quito. Estudió Psicología Clínica. Toca el charango y el cuatro. Hace ciclismo de montaña desde 2003. Realiza artesanías. Escribe ciencia ficción. Ha publicado los cuentos ***La última comunión***, ***Basura espacial*** y ***El petricor*** en la revista *Teoría Ómicron*.

CARGA ONÍRICA

“Es el típico trance de los doce coma ocho”.

Con esta frase atípica, Javier entendió que se encontraba en un sueño. La hora oscura de las arbitrariedades de la imaginación había llegado, y no pudo reprimir una risita.

¿Y si había hablado en sueños? Podía haberle pasado antes pero su esposa ya le habría contado algo. Entonces no.

Pudo verse por fuera de su cuerpo. La vista de pájaro ahora le mostraba su cuerpo relajado bajo una tenue sábana. Tenía frío en los pies y la temperatura bajaba rápidamente en el resto de su cuerpo. Solo el calor del pecho y cabeza podía sentirlo como un cosquilleo de mariquitas amarillas. Deseó que se fueran y alzó la mirada; el enjambre voló hacia el cielo de color de helado con sabor a chicle.

*

—Le digo de nuevo, mi Mayor, que el robot habló mientras agonizaba. Me miró y dijo claramente “me das asco, humano”. Después se quedó quieto.

—Pero primero le disparaste.

—Sí. No podía perder la oportunidad con lo lenta que iba esa máquina.

—¿Te das cuenta de lo que estamos viendo aquí?

—No.

—No me extraña, entonces, que estemos perdiendo la guerra... Aquí, en la carcasa dice “JVR”, no “UJR”. A la distancia se percibe mal. Este modelo de robot es diferente a los otros.

*

Pasaron eternidades que no sintió ni extrañó. En el último día del Juicio por la tarde, Javier se supo dormido con la certeza de haber soñado ya esta escena, y la memorizó para recordarla al despertar. Hay una red de ensoñaciones que solo recordamos al dormir; rara vez, alguna de ellas, se queda en la mente consciente y podemos evocarla en la mañana.

O, tal vez, solo creemos que recordamos un sueño anterior mientras soñamos otra cosa, de la misma manera que nos parece conocido un lugar imaginado sin haberlo visto nunca (siempre dentro de un sueño). Cuando la mente pierde temporalmente esa capacidad de dar familiaridad a lo desconocido, surgen las pesadillas. Javier sintió miedo y su cuarto oscuro ahora era una covacha sucia de madera. Recordó haber soñado antes que sentía frío.

*

—Este no es uno de los que llamamos “Ujier”, de esos que en la armadura tienen las letras “UJR”. Este es algo especial: ya desde hace tiempo, el Alto Mando había notado que un porcentaje pequeño, casi despreciable de robots, podía sobrevivir a los disparos de neutrones. Cualquier soldado pudo redactar el parte diario con esa novedad; miles de reportes más y se conforma una muestra estadística bastante confiable. Pero claro, ya lo sabes: “inteligencia militar” son palabras incompatibles —el joven soldado no entendió el antiguo chiste.

—¿Qué quiere decir, mi Mayor?, ¿que estamos ante un descubrimiento?

—Bueno, veo que pasar a mi lado durante estos meses te ha quitado lo soldado y comienzas a pensar como científico. Lástima que no sepas leer todavía. En fin: observa este voltaje aquí...

*

La realidad tuvo un ligero bajonazo con sabor a banditas de caucho multi-color. Su ser se revolvió de adentro hacia afuera y la mente ocupó el lugar del espacio. Después todo estuvo normal y le pareció que estaba despierto. Solo un dejo de irrealidad permanecía suspendido detrás de la brillante sombra nocturna proyectada por su espalda; sus ojos pugnaban por abrirse pero seguía mirando la oscuridad. Comenzó a sentir algo de parálisis terrorífica.

*

—Yo creo que vamos por buen camino. Si estoy en lo correcto, ganaremos la guerra.

*

Comenzó a clarear en un horizonte violáceo. Brillantes nubes grisdoradas por el contraste del todavía no-naciente sol herloseaban el paisaje. Debería estar sonando alguna pieza musical acorde al momento (por ejemplo, “La mañana” de Edvard Grieg; ¿era la opus 23?). Sin embargo, Javier solo escuchó los chillidos de los monos y tuvo que subir a un árbol de acacia, a intentar espantarlos con una larga hoja de palmera. Los rítmicos chillidos continuaron in crescendo y las arenas del desierto se fugaron por miles de sifones que desembocaron en el infinito, por alcantarillas infinitas que eran saxofones.

*

—Me imagino que te suena conocido el “trance del robot”; cualquier soldado raso con algo de batalla a sus espaldas lo ha visto: es ese pequeño instante en el que las máquinas dejan de combatir y se lanzan de un salto a correr en cualquier dirección sin motivo aparente. A veces se les puede atinar pero su movimiento es tan aleatorio que es casi imposible de predecir. Antes creíamos que se

trataba de una característica táctica planeada, pero después de muchos análisis de las chatarras, ahora sabemos que es un fallo de diseño que ni las máquinas pueden evitar.

*

La casita en el árbol le dio cierto cobijo contra el ruido del chillido del gigantesco simio. Gritaba a intervalos perfectamente regulares y Javier supo que iba a despertar: era la alarma del despertador de mesa. Tenía que ser muy temprano; de lo contrario hubiera esperado a que llegara la señal de radio que despertaba a todos por igual, para cumplir con sus labores de exterminio diarias.

*

—De no ser porque esta es solo la placa del circuito impreso mental de esta máquina, estaría preocupado.

—¿De qué?

El viejo militar no respondió. Contuvo la respiración. Habló después de unos minutos de intensa concentración en los que manipuló con cuidado dentro del conjunto de componentes electrónicos que tenía en el escritorio.

—Te decía: me hubiera preocupado que tuviéramos aquí el cuerpo del robot, porque éste hubiera producido una pequeña explosión atómica al activarse el sensor de formas biológicas, dado que todo lo vivo produce algo de vapor de agua y amoníaco.

“Los robot-soldados usan una batería de iones de litio, que no puede ser cargada sin el uso de una computadora. La celda nuclear (que es la que hubiera estallado) produce corriente eléctrica hasta que la batería se excede muy ligeramente del voltaje necesario, pero para darse cuenta de dicho límite se necesita una computadora verdadera. Mientras sucede esa detección aparece el trance robótico, que apenas unos microsegundos de falsas señales internas. Si al robot se le atina en esas circunstancias, su destrucción es segura;

hasta dan una medalla al soldado que lo logre. Pero claro, debido a que tales movimientos al azar protegen a la máquina de nuestros ataques, jamás fueron quitados por la Inteligencia Artificial que diseña a estos aparatos. Tal y como sucedía en la naturaleza antes de la guerra: ni siquiera estamos seguros de que ese fallo haya sido tomado en cuenta por las computadoras diseñadoras de robots. Se puede considerar como una especie de mutación beneficiosa, si tales palabras se pueden aplicar a una máquina.

“Pero esta máquina es diferente: usa una batería mucho más antigua, más pesada y, eso sí: muchas veces más simple de mantener cargada. Más simple también quiere decir más confiable y barata, pues ni requiere de un computador dedicado: Son baterías recogidas de entre la chatarra de motos, autos o camiones.

*

El antropoide, sin dejar de gritar, mostraba sus dientes a través de las pequeñas ventanas de la casita del árbol. Javier solo podía sentir más y más terror. Un peso profundo en el pecho le mantenía pegado a las tablas del piso. La bruja, sentada a horcajadas sobre su tronco le asfixiaba con una maraña de pelo. Quería apartar de su rostro la sensación horrorosa de cosquillas que le impedía respirar, pero la bruja comenzó a besuquearlo.

*

“Mira: antes de la guerra yo tenía en casa una pequeña instalación para recoger algo de energía solar. Nada especial; solo cuatro paneles fotovoltaicos, un controlador de carga pequeño y siete baterías canibalizadas de sendas motocicletas. Con eso podíamos iluminarnos durante un par de horas; después había que apagar todo. Sin embargo, cuando había reuniones del Alto Mando en mi búnker, teníamos que trasnochar bastante para sopesar todos los informes, definir tácticas y establecer estrategias.

“Las baterías nos podían iluminar toda la madrugada de ser necesario, pero al otro día ocurría un fenómeno extraño: si había suficiente luz solar, el controlador de carga mostraba que el voltaje subía al ritmo de siempre, pero se detenía durante unas horas al llegar a los 12,8 voltios... nunca lo entendí. Era algo que sucedía. De pronto, el voltaje comenzaba a aumentar rápidamente y las baterías terminaban cargadas, como si nada. Yo lo empecé a llamar ‘el trance de los 12,8’. Después lo olvidé; la guerra lo cambió todo y ya han pasado muchas décadas.

“Es inútil disparar neutrones a un sistema como éste: la batería es de plomo y los absorbe, no sin antes descargarla hasta hacer que el robot se desplome por falta de corriente en sus motores. Pero la celda nuclear continúa funcionando y la batería se cargará después de unas horas. El robot seguirá inmóvil dando la impresión de estar muerto; ni siquiera estallará porque sus sensores no funcionan durante un buen rato. Es entonces cuando nos retiramos del campo de batalla y dejamos los restos, que son perfectamente funcionales después de unas horas, listos para combatir de nuevo. Conociendo esto, ya podemos cambiar de táctica, de vuelta a las armas convencionales: pólvora, plomo y fuego. Robot que yazga en el suelo, es robot destruido de un tiro de gracia, o con explosivos o rociándole gasolina. No podemos permitir que un nuevo fallo de diseño se convierta en una mejora que nos exterminen otra vez.

“Ah, vaya: ya despertó. Se dio cuenta de nuestra presencia, pues los sensores biológicos se activaron. Observa los voltajes que llegan al chip de memoria. Doce coma nueve, trece, trece coma uno; sí, va bien. Si este circuito estuviera ensamblado en un exoesqueleto robótico, diría que a éste se le pasó el trance. Por supuesto, ya estaríamos muertos...

El viejo introdujo una pinza en el circuito y agarró algo:

—...chip de memoria que, por cierto es el que nos interesa. A ver... ya está: bien envuelto en papel de aluminio y directo al Alto

Mando, ¿entendiste? Esa es tu misión: entregar este paquete —el anciano escribió en la envoltura “JVR” con un marcador negro.

—Sí, Mayor.

—Cúidalo bien. Con tu vida, si es necesario. Quién sabe qué cosas interesantes guarda esta máquina.

*

Al fin, después de tanta pesadilla, Javier sintió que estaba realmente dormido.

*

El mayor miró como se alejaba el muchacho, y sintió cierta lástima. Había sido un buen aprendiz pero también era un soldado y éstos mueren en la guerra. El chico también lo sabía: había un 99,99% de probabilidades de que fuera aniquilado mientras se dirigía al cuartel del Alto Mando.

Alto Mando que, de paso, no existía: era una ilusión (por no decir una sarta de mentiras convincentes) forjada por el Mayor en las mentes de los soldados jóvenes para darles alguna esperanza de luchar por la existencia de la especie humana. Ese muchacho sería exterminado de un solo golpe certero por algún robot oculto entre la chatarra y las piedras. El cuerpo sería minuciosamente despedazado para encontrar fallos que dieran alguna ventaja a las máquinas. Éstas, al encontrar el chip de memoria, se darían cuenta de estar siendo a su vez analizadas. Cambiarían de diseño a los robots combatientes para hacerlos más inmunes a los disparos de neutrones o a las antiguas balas, pero sería una modificación costosa: los metales cada vez estaban más escasos; por eso habían tenido que escarbar entre los automotores desechados, para encontrar piezas de utilidad como las baterías.

Entonces, la Inteligencia Artificial, la Madre Creadora de Robots, tendría que parar sus operaciones de ensamblaje por un

tiempo hasta pensar en algo nuevo. Ese lapso daría a los pocos humanos restantes el descanso necesario para reagruparse, armarse, pensar, planear los pasos siguientes y, sobre todo, reproducirse, que tanta falta hacía en estos momentos.

El mayor estaba cansado. Las heridas de tantas batallas ahora estaban combinadas con sus numerosos achaques y los rezagos de enfermedades mal curadas durante cincuenta años de guerra continua. Se recostó en el catre mugriento. Si moría ese día, sería un premio a tantas décadas de sufrimiento.

Se durmió por menos de un minuto. No soñó con nada, pero un pensamiento súbito le despertó:

“El muchacho sobrevivirá: es terco, obediente e inteligente. De los pocos sobrevivientes del bombardeo atómico de Neoguayaquil; criado entre ratas de alcantarilla, comiendo carne de perros flacos. Prácticamente un robot humano; un humano robotizado por la guerra. Un experto en supervivencia, camuflaje, guerrilla, sabotaje, decepción, espionaje. Él mismo puede convertirse en la bomba, el misil y la ametralladora más inteligentes, comandadas por su mente humana capaz de retrasar o adelantar sus decisiones, planear y adaptarse. Sí, sus probabilidades de vivir son mucho más altas, quizás del 50%, pero como no va a hallar a ningún Alto Mando en ninguna parte, buscará más gente y con ellas creará su propio Mando. La esperanza hará que ellos continúen con esta guerra hasta ganarla. Esa es el arma más poderosa contra los robots...”

“En fin: los sueños, los sueños... si hay oportunidad de triunfar, será porque un organismo inteligente va a continuar soñando...”

Tranquilizado por la perspectiva de ese porvenir, el Mayor se durmió y tuvo agradables sueños.

*

La programación mental completa de Javier, el recientemente caído robot-soldado, nuevo modelo JVR, había sobrevivido al desguace y ahora se dirigía a

quién sabe dónde, bien protegida dentro del chip de memoria y cuidada nada menos que por un ser humano; saber eso lo tranquilizó. También sintió que hoy no tendría pesadillas porque, un instante antes de dormirse, pensó que, mientras hubiera un organismo inteligente que continuara soñando, habría oportunidad de triunfar.

**AGRADECEMOS TU LECTURA.
PUEDES CONOCER MÁS DE
NUESTROS LIBROS EN:**

WWW.TEORIAOMICRON.COM

Y

WWW.LIBROSDUENDES.COM



**Libros
Duendes**